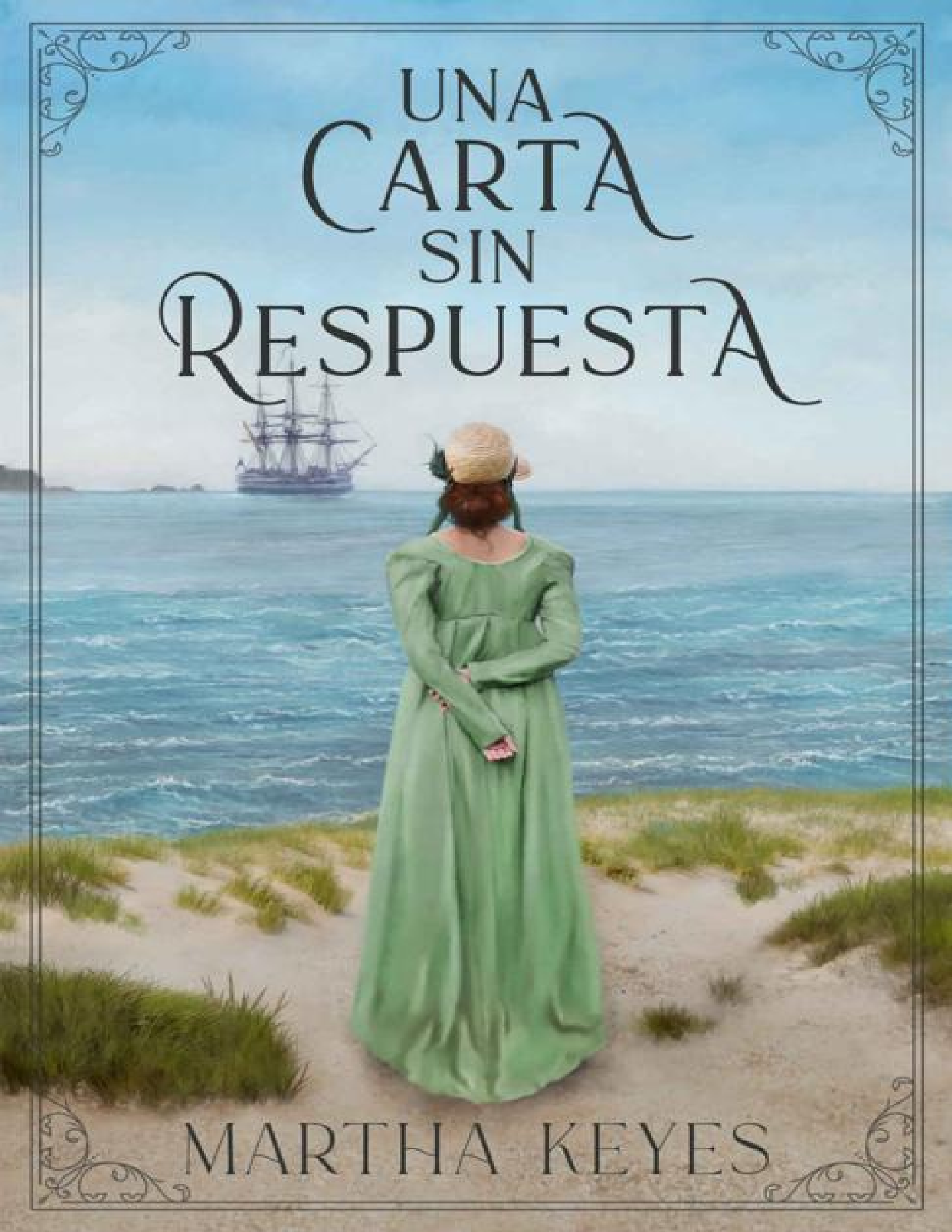
UNA CARTA SIN RESPUESTA



MARTHA KEYES

Una carta sin respuesta

Martha Keyes

Contenido

Página del título
Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Sobre la autora

Copyright

Título original: Unrequited © 2022 de Martha Keyes.
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización por escrito de la autora. La única excepción la constituyen los reseñadores, que pueden citar breves extractos en sus reseñas.
Diseño de la portada de Martha Keyes.
Traducción de Isabel Mª Garrido Bayano

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.
Martha Keyes
http://www.marthakeyes.com

Capítulo 1

Kent, Inglaterra 1816

Mi cabello largo castaño, que nunca fue especialmente manejable, colgaba como la melena de un león. Cada pelo brotaba hacia una dirección distinta en una combinación salvaje de ondas, rizos y tramos lacios, como si no quisiera pasar desapercibido.

Siempre se ponía así cada vez que visitaba la cala, el único lugar que podía calmarme los nervios últimamente, y justo hoy había pasado bastante tiempo allí antes de volver a la finca de los Donovan poco antes de la llegada.

De *su* llegada. La que había estado temiendo y deseando durante años. Siete años, para ser exactos.

Diana se me acercó por detrás con el cabello ya arreglado favorecedoramente y empezó a jugar suavemente con el mío.

—María Antonieta habría dado cualquier cosa por tener tu pelo, Elena. No se necesitan pelucas con una cabellera como la tuya.

Soplé hacia arriba con el labio inferior haciendo que un rizo volara en el aire unos instantes antes de posarse sobre la frente.

—Una lástima que naciera medio siglo más tarde.

La entonación escocesa de mis palabras siempre sonaba más marcada cada vez que Diana estaba cerca, mientras que la suya era tan naturalmente elegante que parecía haber nacido y crecido en Almack's. Nadie pensaría que nos educaron en el mismo seminario, pero ella sabía mejor que cualquiera maldecir como un marinero en determinadas circunstancias. Al fin y al cabo, ella había crecido rodeada de ellos.

—No importa —dijo—. Le diré a Tait que se encargue de él.

Miré a través del espejo a mi sirvienta, Hitchen, y vi en sus ojos que le había dolido. La compadecí, pues le habían encargado una ardua tarea, la de hacer de una joven mujer como yo algo presentable. La elogiaba cada vez que podía y no solía ser demasiado exigente con el cabello. No obstante, esta noche… esta noche tenía que someterme a la sirvienta de Diana a la espera de que pudiera hacer un milagro.

—Tienes que lucir lo mejor posible para el señor Bailey —continuó Diana mientras se iba a mirar mis vestidos—. Ah, sí, este verde es perfecto.

Parpadeé. El señor Bailey. Sí, sería para él. Y también debería pensar en él y no en Theo cuando me imaginase haciendo mi entrada en la cena.

—¿Puedes ir a por Tait, Hitchen? —preguntó Diana a modo de orden infundida con la seguridad que siempre utilizaba al hablar, al igual que su padre. Si fuese ella la que le sucediera como almirante Donovan, recibiría la misma estima y obediencia de los marineros, pues hablaba a sabiendas de que la escucharían.

Pensar en el padre de Diana hizo que se me agitara el estómago con nerviosismo. Mi padre, que en paz descanse, no podía haber elegido para mí un padrino que intimidara más. Con los años solo había visto al almirante Donovan unas pocas veces y estaba en deuda con él por permitirme vivir en Blackwick Hall después de terminar hace cuatro años el seminario para señoritas de la señora Westwood. Sin embargo, jamás me sentí completamente cómoda en su

presencia. Es posible que me resultara más fácil estar más segura de mí misma ahora que era mayor.

Tait llegó enseguida y reí entre dientes a modo de disculpa cuando vi que abría los ojos como platos al verme el cabello.

—Ayúdame —supliqué medio en broma.

Una hora más tarde, me senté frente al mismo espejo, pero esta vez fui yo la que abrió los ojos de par en par al verme el cabello. Lucía completamente distinta. Mi cabello era irreconocible, una mezcla de tirabuzones perfectos y elegancia moldeada. Los mechones se habían unificado de una forma que nunca había visto y que jamás pensé que fuera posible.

Debajo seguía siendo la misma Elena y, aunque pudiese hablar como una verdadera señorita inglesa, me costaba. Mi acento escocés no cedió a los esfuerzos de la señora Westwood. Nunca lo permití, pero esta noche me sentí arrepentida de mi terquedad.

La forma de hablar de la mujer debe ser como la música: compuesta, melódica y precisa.

Es posible que la señora Westwood no haya tenido éxito al intentar quitarme el acento, pero las máximas que repetía se me quedaron grabadas en la memoria para siempre y me recordaban que me quedaba corta del ideal. Demasiado corta.

Cuando Diana volvió del vestidor con mi sirvienta, me inspeccionó el cabello con admiración y alabó a Tait. La chica lo aceptó con cara inexpresiva y con las manos cruzadas delante, como si estuviera acostumbrada a trabajar con el pelo de bestias salvajes y no el de mi amiga.

Con la ayuda de todas, me puse el vestido de noche que había elegido Diana para mí. Estaba hecho de tafetán verde oliva con un volante doble fruncido y manga plisada.

—El señor Bailey se va a quedar estupefacto —Diana sonrió y me tiró de los brazos para sacarme de la habitación.

No dije nada, pues no le veía sentido seducir a un hombre que solo estaría allí dos noches, aunque Diana estaba convencida de que hoy sería el comienzo de algo nuevo en mi vida.

Por mi parte, prefería que fuera ella la que le dejara estupefacto. Nuestra amiga Emmeline Aldridge también me valía. Yo era atractiva, por supuesto, y mi dote considerable, pero carecía del porte digno de una dama inglesa bien educada. Me pasé toda la infancia gastando bromas y cogiendo peces con las manos en los arroyos de las Tierras Altas de Escocia, y no cosiendo ni tocando el piano.

Sin embargo, Diana cortó de raíz cualquier idea de que fuera ella la que sedujera al señor Bailey la última vez que se lo sugerí, y la conocía lo suficiente como para saber que hasta su padre tampoco lo conseguiría, aunque la forzase. Ella no tenía pensado casarse, y con la gran fortuna de su padre tampoco tenía la necesidad si no lo deseaba.

Mientras bajábamos las escaleras, ignoré la forma en que el corazón me golpeaba el pecho. Llegamos al salón, donde se habían reunido todos, y me fijé primero en el almirante Donovan, con su cabello canoso y su elegante esmoquin. Estaba junto a la chimenea conversando con un hombre que me daba la espalda. Por encima del cuello del frac azul marino bien entallado pude ver un atisbo de su chaleco gris, sobre el que caían algunos mechones de pelo castaño oscuro.

Diana me sujetó con más fuerza el brazo y me dirigió una mirada cómplice, que no dejaba lugar a dudas sobre la identidad del hombre: el señor James Bailey, hijo del barón y almirante John Bailey. Sonreí a Diana, que tiró de mí hacia su dirección mientras mis ojos escaneaban la sala en busca de Theo.

Se habían reunido muchas familias en Blackwick Hall para celebrar el final de la guerra y el regreso del almirante Donovan y su hijo. Me sentí muy decepcionada cuando no lo encontré por

ninguna parte. ¿Habría venido? Tal vez estuviera demasiado cansado por el viaje.

Mi cabello no iba a lucir así a la mañana siguiente si mi primera interacción con él se posponía hasta el desayuno. Sería un destino demasiado cruel. Necesitaba que nuestro primer encuentro superara el mortificante recuerdo con el que dejé a Theo: la carta.

Fingiría no recordar aquella carta tan maldita como miserable. Se me encendían las mejillas cada vez que pensaba en ella.

La comunicación clandestina con el sexo opuesto es quizá el error más atroz de todos, pues deja tras de sí pruebas incriminatorias tangibles de la depravación de su autoría.

Estas palabras, que venían precedidas de mi propia infracción, me habían estado persiguiendo durante años. A ninguna niña de catorce años se le debería permitir dejar constancia escrita de sus pensamientos, y mucho menos enviarla al hombre al que iban dirigidos. Fue un descuido imperdonable en la supervisión que se me debía como joven con posibilidades de cometer semejante ofensa contra mi futura yo. La carta estaba repleta de las ridículas divagaciones de una joven encaprichada, desesperada por ser correspondida, hundida en el dolor por la muerte de su padre y asombrada por la experiencia vital y la relativa sabiduría de un apuesto joven cinco años mayor que ella. Y fue lo último que recordaría de mí.

Diana no sabía nada de la carta que envié a la guerra con su hermano. Nadie lo sabía, salvo Theo y yo, y recé para que se hubiera olvidado de ella por completo. Desde luego, ni siquiera se molestó en contestarme, a pesar de las súplicas que dejé plasmadas para que respondiera y así me diera esperanzas para el futuro o me rompiera el corazón para que pudiera sanar. En su lugar, me abandonó a la lenta y mortificante comprensión de que ni siquiera le había importado lo suficiente como para hacerlo.

Habían pasado siete años desde entonces y, si lo recordaba... bueno, esperaba que al menos sintiera una pequeña -o quizá un poco más grande- pizca de arrepentimiento por haberme prestado tan poca atención todos estos años.

Volví al presente mientras Diana llevaba a cabo la necesaria presentación entre el señor Bailey y yo. A lo largo de los años, había visto cómo reaccionaba la gente ante mi acento y tomé una decisión rápida.

—Buenas tardes, señor Bailey. Bienvenido a casa, almirante —Dije con el acento que la señora Westwood me había inculcado todos los días de mi estancia en su seminario.

Diana me miró inquisitivamente, pero evité el contacto directo con su mirada.

El señor Bailey clavó los ojos en mí y vislumbré en ellos un brillo de admiración. Mi confianza aumentó y en un par de minutos Diana consiguió apartar a su padre para dejarme a solas con el caballero.

Era un hombre agradable de sonrisa y conversación fáciles. Me sentí cómoda en su compañía y, por lo que pude ver, era recíproco.

Sonó el timbre de la cena y miré hacia la puerta con el corazón parado cuando mi mirada se cruzó con la de Theo.

En los últimos siete años me convencí más veces de las que podía contar de que la fascinación aniñada que sentía por él había hecho que Theo Donovan fuera más guapo de lo que en realidad era y lo convirtiera en un dios griego.

Qué equivocada estaba.

Si ya me parecía guapo cuando tenía diecinueve años y acababa de examinarse de teniente, definitivamente no estaba preparada para el capitán Theo Donovan con veintiséis. No era el muchacho con el que había trepado a los árboles y construido fuertes de ramas y casas de hadas. Ahora era un hombre hecho y derecho, con el cabello rubio brillando a la luz de las velas, unos

ojos azul claro capaces de perforarme desde el otro lado de la habitación, unos hombros que apenas cabían en el frac oscuro y una mandíbula cincelada por todas las órdenes que había dado bajo su dirección hasta ser tan afilada como para cortar a cualquiera que se atreviera a tocarla.

Se quedó de pie justo dentro de la habitación, con los ojos clavados en mí tan fijamente como los míos en él. Era innegable la secuencia de expresiones que pasaron por su rostro: confusión, reconocimiento y luego admiración.

—¿La acompaño a la cena, señorita MacKinnon?

Sentí cómo el pulso de la victoria me llenaba el pecho y miré al señor Bailey con una sonrisa.

—Me encantaría.

Me ofreció el brazo, me aferré a él con gusto y me sentí más segura que nunca de mí misma.

Sí, esto era mucho mejor de lo que había esperado, mucho mejor que entrar en una sala del brazo de Diana. Que Theo viera que yo era la primera en la habitación con un caballero que ofrecía su escolta, que el señor Bailey podía provocar mi sonrisa y mi risa con facilidad y que había sido un error ignorarme todos estos años. Porque ya no tenía catorce años, el cabello despeinado, un acento difícil de entender y un corazón que vivía y moría por las atenciones de Theo Donovan.

Ahora tenía veintidós, y esta noche sería la dama inglesa que la señora Westwood siempre quiso que fuera.

Capítulo 2

Aquella noche, entre la familia Donovan y los numerosos vecinos que estaban invitados a la cena no había ni una sola silla vacía en la gran mesa del comedor de Blackwick Hall.

El señor Bailey me llevó a una silla a mitad de la mesa y me ayudó a sentarme antes de ocupar la suya a mi lado. Me encontré con Diana, que me sonrió con complicidad mientras también la ayudaban a sentarse.

En ese momento, vi a Theo sacar una silla para Emmeline Aldridge y sentí una punzada de celos que se remontaba a siete años atrás, así que miré a otra parte. No quería bajo ningún concepto dar a entender a nadie que miraba a Theo con un sentimiento distinto a la amistad. Representaría la viva imagen de la despreocupación amable, y si él sacaba a relucir el pasado -que el cielo no lo permitiera- me reiría de ello como si se tratara de una reliquia de antaño, o moriría en el intento. Además, Emmeline era mi amiga, estuvimos juntas en casa de la señora Westwood y me tendría que alegrar por ella si se casaba con Theo.

Theo me miró varias veces durante la comida, y cada vez que lo hacía me recorría una ráfaga de energía por las venas. Sin embargo, la mayor parte del tiempo estaba atento a las personas sentadas cerca de él, conversando y riendo con ellas como es debido. Todos los Donovan recibieron una educación de etiqueta muy estricta, aunque Diana y su libertino hermano Valentine no siempre respetaban el protocolo. Este último estaba sentado lo más alejado posible de su padre y parecía estar ansioso por terminar con todo este suplicio. Estaba segura de que solo celebraba el regreso de su hermano mayor, Theo, pues sus ideas y las de su padre eran muy dispares. Phineas se sentó frente a mí con su habitual serenidad y tranquilidad. Los tres hermanos no podían ser más diferentes.

—Tengo entendido que nació en Escocia, señorita MacKinnon —dijo el señor Bailey—. ¿Aún tiene familia allí?

—En estos momentos no —respondí—. Mis padres fallecieron y todos mis hermanos sirven en el ejército desde hace algunos años.

Era posible que alguno de ellos -o los cuatro- estuvieran ya en casa al haber terminado la guerra, pero tenía mis dudas porque no había recibido noticias de ninguno de ellos. Me sentía muy desconectada de mis hermanos después de tantos años separados. Desde que murió mi padre, solo había visto a mi hermano mayor, Arthur, cuando vino a Blackwick Hall para recuperarse de una herida de bala en el brazo. El cirujano le desaconsejó hacer el largo y accidentado viaje en carruaje de regreso a Escocia, pero de eso hacía ya tres años.

—Entonces, supongo que ha pasado mucho tiempo desde su última visita.

Asentí con la cabeza mientras intentaba controlar el acento, que se me resistía especialmente cuando se hablaba de Escocia.

—Vine a Inglaterra justo después de la muerte de mi padre; sin embargo, con la guerra y la enorme distancia no he tenido la oportunidad de volver.

A pesar de regresar a menudo a Benleith en mi mente y en mis sueños, Escocia me parecía cada vez más un recuerdo lejano. Gran parte de mi vida había transcurrido lejos de allí, primero en el seminario de la señora Westwood y luego aquí, en Blackwick Hall.

—Una pena —dijo—. He oído muchas historias sobre Escocia y su belleza.

Detuvo la mirada en mí un instante más de lo necesario.

Sonreí cortésmente y dirigí la mirada de nuevo al plato. Me sentía incómoda hablando de mi tierra natal. Los ingleses tenían una visión extraña de ella -tanto romántica como despectiva-,

pero me sentía incómoda con ambos enfoques. Para mí, era tan solo mi *hogar* y todo lo que esa palabra conllevaba.

—¿Cuándo veremos a su madre? —le pregunté. El señor Bailey y la señora Bailey se quedarían en Blackwick antes de continuar su viaje para visitar a unos amigos en Sussex.

—Mañana, espero —dijo con su bella sonrisa—. Estoy deseando que la conozca.

Se me sonrojaron las mejillas y se me llenó el estómago de nervios ante la idea de actuar para la señora Bailey tal y como la señora Westwood me había enseñado a hacer. No sabía si sentirme aliviada o arrepentida cuando la persona que estaba a su izquierda requirió la atención del señor Bailey.

Me resultaba extraño mezclarme con tantas personas a la vez. Hacía mucho tiempo que en Blackwick Hall no había tanta gente. Con el almirante y sus hijos lejos y desde la muerte de la señora Donovan dos años atrás, la única compañía que Diana y yo habíamos tenido eran las breves visitas de los vecinos. No habíamos estado en condiciones de agasajar a nadie y nuestras salidas se habían limitado al pueblo cercano, sobre todo durante la prolongada enfermedad de la señora Donovan y el periodo de luto que siguió a su muerte.

En ese mismo instante, descubrí que prefería las cenas tranquilas e informales.

El almirante Donovan expresó hace tiempo su deseo de que Diana aceptara que su anciana tía viniera a hacer de dama de compañía, pero Diana ignoró la sugerencia, al igual que había ignorado cualquier cosa que no le apeteciera especialmente. Si su padre hubiera estado en condiciones de comprobar fácilmente su obediencia o de asegurársela, tal vez le habría hecho caso, pero estaba lejos y sus cartas eran poco frecuentes y, además, llegaban con retraso. En cambio, yo no podía imaginarme haciendo nada en contra de las órdenes del almirante, aunque me gustaba más seguir el ejemplo de Diana. Nunca le importó que desapareciera durante dos o tres horas seguidas cuando me iba a pasear por la finca o la cala.

Cogí el cuchillo para cortar la carne del plato, pero enseguida me apresuré a retirar las manos. Por suerte, el señor Bailey estaba enfrascado en una conversación. Esperaba que no se hubiera dado cuenta de cómo llevaba las uñas. Coloqué las manos debajo de la mesa y con el índice intenté quitar la arena que tenía bajo la uña del pulgar.

El almirante Donovan se puso de pie en la cabecera de la mesa y los invitados se quedaron en silencio mientras le prestaban atención. Esperó a que se hiciera el silencio absoluto antes de hablar.

—Gracias a todos por su presencia —dijo mirando al grupo—. Es un placer ver a amigos y vecinos después de tantos años y celebrar con ustedes el final de la guerra y nuestra victoria.

Algunos comensales aplaudieron, entre ellos Diana.

—Sí, sí —continuó el almirante—. Me siento afortunado de haber participado.

Puso una mano en el hombro de Theo, que estaba a su lado, y estiró la boca hasta que se transformó en una sonrisa—. Y mi hijo también. *Capitán* Theophilus Donovan.

Los labios de Theo se curvaron entre una sonrisa y una modesta mueca, pero pude ver la gratificación en sus ojos cuando miró a su padre.

—Nada menos que a los veintiséis años —dijo su padre—. Llegará a almirante antes de que nos demos cuenta.

La sonrisa de Theo vaciló ligeramente, pero la reforzó y soltó una risita mientras aceptaba los elogios y las felicitaciones de los más cercanos asintiendo con agradecimiento.

El almirante esperó un momento a que la gente se calmara y levantó la copa.

—Por el final de la guerra. Y por el capitán Donovan.

Levanté la mía y sonreí mientras el señor Bailey me acercaba la suya, haciendo un pequeño

chinchín antes de que las lleváramos a los labios y bebiéramos.

Una vez terminada la comida, los hombres se fueron y sentí que se me quitaba un poco el peso de encima cuando las puertas del comedor se cerraron. La elegancia no estaba en mi naturaleza, y lo afirmé con más intensidad que nunca en compañía de tantas personas para quienes sí lo estaba: gente que se había criado mirando a través de los balaustres a los invitados con sus mejores galas y soñando con el día en que pudieran unirse a ellos. Yo, por el contrario, había pasado la mayor parte de mi infancia corriendo por los pantanosos campos de turba, ordeñando leche de las vacas de los inquilinos y batiendo mantequilla.

Dos años en el seminario de la señora Westwood no podían deshacer semejante infancia. Y la verdad es que no quería que así fuera, echaba de menos tanta libertad. Mi mundo parecía mucho más grande entonces que ahora, confinada como estaba en Blackwick Hall y sus alrededores durante tanto tiempo.

Diana me buscó inmediatamente en el salón, junto con Emmeline y Amy Crosland. Todas habíamos estado juntas en casa de la señora Westwood, donde Diana nos había acogido bajo sus alas como una gallina. Entre las mujeres, la belleza solía ser el factor decisivo en la elección de una líder, pero, aunque Emmeline era indiscutiblemente la más bella del grupo, no podía competir con la personalidad dominante ni la vasta experiencia de Diana. Esta última se había formado y educado en el vientre de un buque de línea de tercera categoría y todas nos habíamos sentido naturalmente sobrecogidas por su relativa sabiduría y su conocimiento de un mundo que iba más allá de los confines de las paredes empapeladas de la señora Westwood.

—¿Y bien? —dijo Diana expectante y con el brazo entrelazado con el de Emmeline.

Pensé fingir que no me había dado cuenta, pero sabía exactamente lo que me estaba preguntando.

—Es... muy simpático —Mi acento fluctuaba entre el westwoodiano, como yo lo había bautizado, y el escocés.

—Parece que pensáis lo mismo el uno del otro —dijo levantando un poco una ceja.

—Es decir —dije volviendo plenamente a mi acento natural—, es un caballero que sabe cómo entablar conversación con una mujer.

—*Conversación* —repitió Diana en un valiente intento de imitar mi acento. Se rio a sabiendas de que no lo había conseguido—. ¿Volvemos a ser escocesas entonces?

—¿Volvemos?

Agitó una mano.

—Nunca podré imitarte, mi lengua es incapaz de hacerlo. No obstante, la señora Westwood habría estado muy orgullosa de ti esta noche. Es una lástima que nunca mostraras tu talento cuando estuvimos allí. Creo que la ponías de los nervios.

Apreté los labios y me sentí un poco culpable.

—Fue un error hacer que se sintiera tan molesta.

—¿Y cómo nos habríamos divertido entonces? —intervino Emmeline—. Nada la horrorizaba tanto como cuando te salía algún *och* y otras palabras en gaélico.

Sonreí de mala gana y negué con la cabeza. Empecé en el seminario poco después de la muerte de mi padre y no valoraba los esfuerzos de la mujer por sanarme de mi *escocesismo* e inculcarme el decoro y el comportamiento que se esperaba de todas sus alumnas. La pérdida de mi padre me había hecho aferrarme con fuerza al hogar y al linaje y canalicé la terquedad de mi abuela, Elizabeth MacKinnon, que estuvo viviendo con nosotros hasta que falleció, cuando yo tenía trece años. Fue una mujer obstinada hasta su muerte y a la que admiré toda la vida. Por eso no me podía resistir a forzar el acento o a contar historias de mutantes y *kelpies* para entretener a

las otras chicas y enfadar a la señora Westwood.

Desde entonces había madurado lo suficiente como para sentir remordimientos por mi comportamiento, aunque el recuerdo aún me provocara una sonrisa. Al menos, para la señora Westwood educar a sus otras alumnas sería un juego de niños después de tratar conmigo.

—Hoy me arrepiento de mi conducta, no me gustaría que tu padre la amoneste por fallar en mi educación.

Me enderecé y junté las manos justo debajo del pecho como la señora Westwood siempre nos había indicado que hiciéramos.

—Seré una alumna modelo de la señora Westwood.

Diana arrugó la nariz.

—Qué aburrido.

Se abrió la puerta y entró el almirante, seguido del resto de hombres.

—Diana —dijo cuando nos vio—. Toca algo para nosotros en el piano.

La miré y me pregunté si se resistiría a la orden perentoria de su padre, pero sonrió y accedió, inclinándose hacia mí.

—Tengo que demostrar al almirante que he mejorado durante su ausencia, o me ordenará que vuelva a casa de la señora Westwood.

Me miró con una ceja arqueada, juntó las manos como las mías y se dirigió al piano. Los demás invitados tomaron asiento.

Todos excepto Theo, que estaba de pie justo detrás de la puerta con las manos entrelazadas en la espalda. Tenía el aspecto de un capitán: apuesto, erguido, con una mirada clara que resultaba aún más penetrante por sus vivos ojos azules. ¿Me evitaría siempre que fuera posible? ¿Me mantendría a distancia por miedo a que renovara los sentimientos que expresé en la carta?

La idea me hacía gracia. Aun así, aparté la mirada y volví a centrar mi atención al frente. El señor Bailey se sentó junto a Emmeline, lo cual me hizo preguntarme si había acertado al decir que me prestaba atención. Era el tipo de hombre que derrochaba simpatía con todo el mundo y se aseguraba de no descuidar a nadie.

Intenté no ponerme tensa cuando noté de reojo que Theo venía hacia mí, pero me resultaba imposible no sentirme nerviosa. Cuando dejé la carta en su baúl hacía tantos años, me imaginé el momento en que los dos nos reuniríamos. No obstante, en mi mente la guerra solo habría durado dos años, no siete, y yo le estaría esperando en el muelle mientras él se mecía sobre la cubierta del barco, impaciente por que bajaran la pasarela y venir a abrazarme. Lo que no estaba en nuestro reencuentro imaginario era la experta interpretación de Diana.

Reiteré en silencio mi intención de sustituir cualquier recuerdo mío que quedara en su mente por una impresión fresca y abrumadoramente positiva.

—Elena —dijo en tono bajo para no interrumpir la actuación de su hermana—. O quizá debería decir señorita MacKinnon —Sus bellos ojos me observaron e hizo una reverencia sutil, aunque demasiado perfecta.

La expresión de mi boca se tornó sombría e incliné la cabeza con igual medida de formalidad.

—Capitán Donovan —La señora Westwood aprobaría mi forma de hablar, y me convencí que era por la conversación con Diana de hacía unos minutos y no por querer impresionar a Theo.

Su nariz se arrugó ligeramente, una expresión que solía hacer con frecuencia cuando era más joven. No era el recuerdo que necesitaba cuando intentaba valientemente olvidar las cosas que me gustaban de él. Ahora la situación era diferente.

—Theo, por favor —dijo sentándose a mi lado.

Miré al almirante Donovan, que observaba a Diana con orgullo y tenía la barbilla muy por encima de la corbata.

—Creo que a tu padre no le agradaría nada oírte pedir a la gente que prescinda del título.

Soltó una risita y dirigió su atención hacia su padre.

—Cierto, pero no creo que le importe contigo.

Mi corazón dio un pequeño vuelco. Habría sido preferible que me *hubiera* tratado con civismo estricto. ¿Se habría olvidado de cómo me humillé hacía tantos años? ¿Por qué tanta cercanía? Me solía preguntar si había pensado en mí a lo largo de estos años -como joven enamorada de él- y si había leído mi carta en voz alta a sus compañeros tenientes para reírse a mi costa en la sala de oficiales.

Sin embargo, ahora no había ni rastro de condescendencia en su comportamiento. Tampoco era propio de Theo reírse maliciosamente de nadie.

Debería haberlo sabido. Era demasiado íntegro y caballeroso para actuar de una forma impropia de un caballero. Y si pretendía fingir que nunca había sucedido, estaba más que feliz de complacerle. Estaba teniendo piedad, lo presentía.

Me miró unos instantes antes de volver a apartar la vista.

—Me costó reconocerte antes.

Llevé las manos a la cintura y las apreté con más fuerza, temiendo que la arena bajo las uñas me delatara, aunque los guantes las ocultaran. ¿Le habría costado tanto reconocerme si me hubiera visto entrar en la cocina recién llegada de la cala con arena por toda la falda y el pelo revuelto para evitar el carruaje que les había traído a su padre y a él a Blackwick?

—¿Tan cambiada estoy? —pregunté, temiendo oír la respuesta.

Diana se levantó del banco del piano e hizo una reverencia, y Theo y yo aplaudimos. Me miró mientras aplaudía y asentía con la cabeza.

—Sin duda.

Sonreí cortésmente y aparté la mirada. Eso era lo que yo quería: que admirase los cambios, que se arrepintiera de haberme ignorado todos estos años cuando viera en la mujer en que se había convertido aquella jovencita tan entusiasta. Estaba bastante segura de que le gustaba lo que veía.

Pero, ¿hasta qué punto le gustaba la Elena westwoodiana cuando la verdadera versión de mí no era ni de lejos tan refinada?

El almirante Donovan estaba conversando con la madre de Emmeline en los asientos del fondo, los más cercanos a nosotros, pero de repente miraron por la sala y los ojos del almirante se posaron en Theo y en mí. Se quedó allí un momento, pasando de uno a otro.

—Capitán Donovan —dijo finalmente—. Justo le estaba hablando a la señora Aldridge de su estancia en el *Conquest*. Tiene un primo que cree que estuvo a bordo del mismo barco.

Theo me miró con un destello de ironía en los ojos, supongo que por la forma que había elegido su padre para dirigirse a él.

—Me alegro de volver a verla, señorita MacKinnon. La veo muy bien.

—Elena, por favor —le dije.

Me sostuvo la mirada un momento más, asintió y luego se reunió con su padre y la señora Aldridge, dejándome preocupada por cómo había manejado las cosas hasta que llegó el señor Bailey y reclamó mi atención..

Capítulo 3

Cuando me desperté por la mañana, la melena de león había regresado, la trenza que me había hecho antes de acostarme fue incapaz de contenerla mientras daba vueltas en la cama. Llamé a Hitchen y le pregunté si Tait estaría dispuesta a enseñarle las técnicas que había utilizado para domar mi cabello la noche anterior.

—Prefiero que me lo arregle alguien que conozco y en quien confío —le dije para atenuar la ofensa que pudiera resultar de mi petición.

Tait accedió misericordiosamente y estuvo un cuarto de hora instruyéndola, tras lo cual Hitchen puso en práctica sus recién aprendidas habilidades. Y aunque mi cabello no estaba tan arreglado como la noche anterior, sí que estaba mucho más contenido que de costumbre. Me aseguré de alabar a Hitchen. A decir verdad, le pedía muy poco y distaba mucho de ser una señora exigente en la mayoría de las cosas. Solía preguntarme por qué me molestaba en emplear a una doncella, pero si mi futuro me deparaba más compromisos como el de anoche, no tendría más remedio que hacer un mejor uso de ella.

De los hombres de la familia Donovan, solo el almirante estaba presente en la mesa del desayuno cuando Diana y yo aparecimos. Tenía un periódico junto al plato y parecía estar hablando sobre él con el señor Bailey, aunque hicieron una pausa de cortesía a nuestra entrada.

—¿Acaso van a volverse mis hermanos unos gandules? —preguntó Diana mientras se servía del bufete.

El almirante frunció el ceño.

—El capitán Donovan desayunó temprano y salió, Phineas está enterrado en sus libros y solo Dios sabe dónde está Valentine. Supongo que aún en la cama.

Diana tomó una silla y me indicó que me sentara entre el señor Bailey y el almirante, con quien aún no había hablado desde su regreso, más allá de un breve saludo. Sin embargo, el momento no parecía propicio para la interacción y no hice ademán de interrumpir su lectura. En cambio, acepté de buen grado la conversación del señor Bailey cuando me la ofreció amablemente.

No duró mucho y tuvo que irse pronto para preparar el transporte para la llegada de su madre más tarde ese mismo día. Cuando salió de la habitación, entró Valentine Donovan.

A primera vista, no se parecía mucho a Theo, pues Valentine era moreno y tenía los ojos castaños. Aunque era innegablemente guapo, también era indudablemente menos cortés. Pero eso no le impedía relacionarse y conquistar al sexo débil. Tanto él como Theo tenían seguridad en sí mismos, pero la de Theo estaba arraigada en su integridad, mientras que la de Valentine parecía más arrogante. No es que me cayera ni me tratase mal, simplemente sus modales eran bruscos y su semblante a menudo algo taciturno, sobre todo en compañía de su padre.

Valentine se apresuró a sentarse, ocupó la silla vacía que había a mi lado y se puso a desayunar mientras yo sorbía mi té.

De repente, el almirante dobló el periódico y lo dejó junto a su plato vacío. Abrí la boca para hablarle, pero se levantó de la silla, nos dio los buenos días y se marchó.

—No hagas caso a los malos modales del viejo almirante —dijo Valentine mirando hacia la puerta que acababa de cerrar su padre—. No le sobra precisamente conversación cortés, y ayer gastó también la de hoy elogiando a Theo.

Me mordí el labio y lo miré. Me resultaba extraño oír a Valentine criticar a alguien por su descortesía, pues él mismo podía ser muy maleducado a veces, pero me dedicó una rápida

sonrisa antes de llevarse un trozo de cordero a la boca.

Era muy amable por su parte que le quitara importancia a las cosas, aunque hubiera una pizca de resentimiento en la broma. No pude evitar preguntarme qué opinión tenía realmente el almirante hacia mí. ¿Lamentaba que hubiera abusado de su amabilidad durante tanto tiempo? ¿Le suponía mi presencia un inconveniente?

En cuanto tuviera noticias de mis hermanos, tendría que hablar sobre la cuestión de mi regreso a Escocia. Con suerte, llegaría más pronto que tarde.

Capítulo 4

A primera hora de la tarde, todos los que deseaban pasar un rato al aire libre se dirigieron a los terrenos de Blackwick Hall, tras lo cual planificamos disfrutar de un té y un pequeño almuerzo en el jardín sur.

El señor Bailey y yo dimos un paseo juntos. Como fue él el que me buscó, volví a evaluar de nuevo mis conclusiones acerca de él y de cómo me veía. ¿Tenía razón Diana al suponer que estaba ansioso por casarse?

Y, lo que es igual de importante, ¿cómo me sentía *yo* al respecto? A pesar de toda la formación que recibí en casa de la señora Westwood, había tenido pocas oportunidades de exhibir mis escasos logros en compañía de caballeros o, por consiguiente, de pensar seriamente en el matrimonio. Tal vez había llegado el momento de que cambiara.

El *cambio* era justamente lo que quería. Al menos me sentí útil cuando la señora Donovan estuvo enferma y Diana necesitaba compañía en Blackwick. ¿Pero ahora qué? Anhelaba algo nuevo: libertad. Un hogar, quizá. Hacía tanto tiempo que no iba a Escocia que ya no sabía si llamarla hogar. Pensar en ello me deprimía y me hacía sentir desamparada.

—Su casa está en Bedfordshire, ¿no? —le pregunté al señor Bailey mientras dábamos una vuelta por el largo estanque del lado oeste de la finca. El sonido de la fuente parecía música mientras el sol se reflejaba en el agua brillante.

Asintió con la cabeza.

—Así es, ¿ha estado allí alguna vez?

—No. Lamento que mi conocimiento de esta isla se limite a mi casa en las Tierras Altas, el seminario de la señora Westwood y, cómo no, Blackwick Hall.

—Creo que tener un solo lugar en el que vivir es lo mejor. No hay ningún otro sitio en el que me gustaría estar más que en mi casa de Bedfordshire. Mi madre me suele animar a irme a Londres o Brighton, aunque soy más feliz allí.

Sonreí, pero mi mente estaba ocupada divagando sobre cómo sería casarme con el señor Bailey y verme obligada a convencerle de que abandonara su finca, sin tener siquiera el mar cerca para dar rienda suelta a mi imaginación con los maravillosos lugares que había más allá.

Un lacayo corrió hacia nosotros y nos detuvimos.

—Señor Bailey, el carruaje de su madre acaba de llegar.

—Muy bien —dijo—, gracias —Se volvió hacia mí y me ofreció una sonrisa a modo de disculpa—. Con su permiso, señorita MacKinnon.

—Por supuesto. Observé por un momento cómo se dirigía hacia la parte delantera de la finca. No pude encontrar ningún defecto en el señor Bailey. Era apuesto, atento, de conversación fácil y estaba bien posicionado, algo que la señora Westwood siempre había valorado mucho. No obstante, tampoco pude encontrar en mi interior un deseo de tener algo más que amistad entre los dos.

Quizá esperaba demasiado, después de todo, ya no tenía catorce años. La amistad era más de lo que muchos esperaban al empezar un matrimonio.

—Vas a juego.

Me di la vuelta y encontré a Theo a mi lado.

—¿Perdón?

Señaló con la cabeza lo que llevaba puesto, un viejo vestido que perteneció a Diana, y observé la muselina blanca que llevaba con un estampado de pequeñas flores moradas. Ni

siquiera me había fijado en su color hasta ahora, pero el arbusto de lilas que florecía a mi lado lo puso de manifiesto.

Theo se acercó al arbusto e inclinó la cabeza para inhalar las flores. Levantó la boca y lo miré mientras me preguntaba en qué estaba pensando.

Clavó los ojos en mí y su sonrisa se ensanchó.

—Hacía tiempo que no olía algo tan dulce y fresco.

—¿Qué quieres decir? ¿No hay arbustos de lilas a bordo del *Conquest*?

—Lamentablemente no. Es algo que echo de menos cuando navego2: el olor de plantas como esta.

Dejó que las flores se deslizaran entre los dedos y algunos pétalos cayeron flotando hasta el suelo.

—¿Cómo te sientes al regresar a tierra? ¿Como en casa?

Se apartó de las lilas para que estuviéramos frente a frente y, mirándome un momento, ladeó la cabeza.

—Aún no he pensado en ello —Su mirada se dirigió a algún lugar detrás de mí—. Creo que nos tenemos que ir a la carpa —Extendió un brazo—. ¿Vienes conmigo?

Lo acepté con el corazón dando botes sin necesidad y dejando que fuese él quien marcara el ritmo, un ritmo lento y pausado que hizo que nos quedáramos rezagados respecto al resto del grupo.

—Me resulta raro estar de nuevo en tierra —confesó—. Se suele hablar de acostumbrarse al mar, pero he de confesar que ahora me está costando acostumbrarme a estar en tierra —Pisó la hierba con más fuerza de la necesaria—. Cada vez que la piso se siente tan sólida, tan... firme.

Le miré, incapaz de reprimir la sonrisa.

—Pero esto es hierba. Si quieres algo más blando, tienes la arena.

Se rio.

—¿Adónde crees que he ido esta mañana? Suena raro, lo sé, pero el suelo de aquí se siente muy implacable y me desconcierta su estabilidad.

Le envidiaba esa experiencia, saber lo que se siente cuando te arrulla el sonido y el movimiento de las olas. Blackwick Hall estaba muy lejos del agua y no la podía oír desde mi ventana.

—Entonces, caminar por los suelos de mármol del interior te resultará agónico.

Me sonrió de una forma que me resultó inquietantemente familiar.

—Es insoportable.

Su sonrisa era la parte de él que menos había cambiado, la más parecida a la que me dedicó en mi primera visita a Blackwick Hall cuando tan solo tenía nueve años. Verla me hizo sentir un pequeño ramalazo de nostalgia en el corazón. Antes de que Theo fuera como un ídolo para mí, fue mi amigo. Echaba de menos esa amistad.

—Ya no tienes acento —dijo al cabo de un momento. Tragué saliva con las tripas revueltas —. Recuerdo estar convencido de que hablabas en otro idioma cuando tu padre y tú llegasteis aquí.

Sonreí al recordarlo.

—No entendías nada de lo que decía.

—Al principio no, pero no tardé mucho.

—No te costó nada —dije. Fue el primero en empezar a entenderme—. Diana te exigió que me tradujeras al menos durante una semana.

Me miró, me di cuenta de que era algo que hacía con bastante frecuencia. Posiblemente

todavía dudara de mí, dado lo diferente que estaba desde nuestro último encuentro.

—Veo que ya no necesitas mis servicios de traducción —dijo.

Llegamos a la carpa y me libré de la obligación de responder. Mi acento se había suavizado con los años, pero distaba mucho de haber desaparecido, y si hubiera hablado con naturalidad, seguramente habría tenido que repetir una o dos cosas a los que no estaban acostumbrados a oírme hablar así.

Una gran carpa blanca daba cobijo a las dos mesas de madera que habían sacado los criados. Una de ellas estaba repleta de pan, mantequilla, tartas, dulces y limonada, que ya estaba servida en pequeños vasos de cristal. La otra estaba cubierta con un mantel y rodeada de sillas.

Theo me dio un vaso y noté que el almirante Donovan nos miraba con expresión impasible pero fija.

—Señorita MacKinnon.

Me di la vuelta y vi al señor Bailey acercándose despacio con su madre del brazo. La mirada penetrante de la señora se clavó en mí, lo cual hizo que me preguntara qué le habría dicho su hijo para que me observara de esa forma. Era una mujer regia, con un porte que la señora Westwood habría aplaudido. De hecho, me recordaban un poco la una a la otra.

La expresión tensa de la señora Bailey contrastaba con la simpatía de su hijo. Resistí el impulso de llevarme una mano al pelo, que sin duda se había despeinado más durante el tiempo que habíamos pasado fuera. Hitchen se había visto obligada a utilizar muchas más horquillas que Tait para conseguir lo que quería, y me tiraban con fuerza de la cabeza.

—Madre, permítame que le presente a la señorita MacKinnon y al capitán Donovan —El señor Bailey señaló a su madre—. Esta es mi madre, la señora Bailey.

—Un placer conocerla, señora Bailey —Ejecuté la reverencia que me habían obligado a practicar una y otra vez, bajando los ojos con recato mientras Theo hacía una cortés reverencia a mi lado.

La señora Bailey se echó a reír.

—¡Ah! ¡Qué alivio! Cuando mi hijo me dijo que eras escocesa pensé que no te iba a entender —Mi mirada salió disparada involuntariamente hacia Theo y apreté el vaso de limonada —. Me parece tan raro entender a los escoceses... —continuó mientras se acercaba el almirante Donovan—. La semana pasada hablé con un escocés en una cena, o más bien diría que él *me habló* a mí, porque no entendía nada de lo que me decía. Me alegro mucho de volver a verle, almirante.

Intercambiaron saludos e intenté mantener la sonrisa en el rostro mientras todos fuimos a tomar asiento en la mesa vacía.

La señora Bailey continuó mientras el almirante le acercaba una silla.

—Imagino que a usted y al capitán Donovan les resultará más fácil comprenderlos que a mí. A veces parece como si los soldados y los oficiales escoceses se hubiesen apoderado el mundo.

Mis labios empezaban a rebelarse ante mi insistencia en su cooperación e intenté no coger el vaso con tanta fuerza, la cual se acrecentaba cada vez que la mujer abría la boca.

—Si de mí dependiera —dijo Theo—, aceptaría de buen grado más marineros escoceses. El ejército de Su Majestad nunca ha sido tan robusto, estoy seguro de que estará de acuerdo, y es gracias en gran parte a la presencia de soldados fuertes y diligentes como los hermanos de la señorita MacKinnon —Me miró. Sentí que se me hacía un nudo en la garganta en respuesta a su defensa de mi familia y mi país—. Solo hay que mirar al señor Cochrane para ver lo que una mayor presencia de escoceses en la Marina podría suponernos.

Las fosas nasales de la señora Bailey empezaron a agrandarse por encima de su tensa

sonrisa, pero ante esto volvió a dejar escapar otra carcajada.

—¿El deshonrado Cochrane? No me parece un hombre digno para tener como estandarte.

La tensión se apoderó del aire que nos rodeaba ante la mención del escándalo que había envuelto a la nación dos años atrás -el prominente capitán y político escocés expulsado de la Marina en medio de acusaciones de fraude- y miré al señor Bailey para ver qué opinaba de esta conversación. Tenía el ceño fruncido, los labios apretados y no parecía tener la intención de abrirlos para intervenir.

—El señor Cochrane es un caballero íntegro —respondió escuetamente el almirante Donovan—. Su reelección demuestra inequívocamente cómo le consideran quienes le conocen.

—Qué raro me parece —intervino Theo echándose hacia delante en su asiento y observando su vaso de limonada—. El líquido está muy quieto. Estoy acostumbrado a que las bebidas imiten al mar. Al igual que una tempestad en una tetera, como se suele decir.

La conversación giró en torno a la vida a bordo de los buques y lancé a Theo una mirada de gratitud, que fue correspondida con un atisbo de sonrisa comprensiva.

Sin embargo, la señora Bailey demostró ser una fuerza con la que lidiar. Era experta en irritar a la gente y sacar a relucir temas controvertidos en cualquier conversación. Parecía especialmente interesada en hacerme preguntas y comentarios que sonaban elogiosos, pero que estaban impregnados de desdén hacia Escocia y su gente. Al parecer, yo estaba exenta de tales juicios, pues parecía haberme colocado en una clase aparte, una grata excepción a la desafortunada regla que seguían mis bárbaros compatriotas.

Y aunque discrepaban en el tema del señor Cochrane, el almirante y la señora Bailey se encontraron en armonía al menos en un tema.

—Ha habido un montón de guardiamarinas y tenientes que se han convertido en mercantes desde que terminó la guerra —dijo el almirante con desdén manifiesto.

—¿Prefiere que se mueran de hambre con media paga, supongo? —dijo Valentine.

Observé al almirante con los ojos muy abiertos, esperando la inevitable réplica que siempre acompañaba a las interacciones entre su segundo hijo y él.

La señora Bailey fingió estremecerse.

—Pensar en sacrificar el honor de servir al rey por... por *dinero*.

—Lo dice alguien a quien nunca le ha faltado —gruñó Valentine tan bajo que nadie más le escuchó.

No pude evitar darle la razón. Había honor sirviendo al rey y a la patria, pero sabía bastante sobre las luchas de mis propios hermanos por encontrar un modo de mantenerse como para simpatizar con cualquiera que tomara el tipo de decisión a la que aludía el almirante. Sin embargo, cuando había tan pocos puestos para tantos marineros, había que tomar decisiones difíciles y prácticas.

Cuando la señora Bailey se marchó a instalarse en su alcoba y descansar antes de la cena, yo estaba de los nervios y me sentía inquieta después de tanto tiempo encorsetándome en un molde westwoodiano. Estaba sofocada.

En lugar de entrar y darle a Hitchen el tiempo necesario para que me ayudara a prepararme para la cena, me escabullí de la carpa sin que nadie se diera cuenta y me fui al sendero que bajaba por los acantilados y llegaba a la playa.

El viento, que tan a menudo azotaba los altos y blancos acantilados, me tiró de la toca y me apresuré a quitármela y soltarme el pelo mientras pasaba junto a la gran roca contra la que rompían las olas.

La arena estaba llena de piedras, palos y conchas, y cogí un puñado para llevármelo a la

pequeña cueva marina del otro extremo de la playa. Theo y Valentine me enseñaron esta cala en mi primera visita a Blackwick Hall y pasamos allí todo el tiempo que pudimos jugando. Años después, cuando regresé tras la muerte de mi padre, fue el primer lugar que busqué y al que acudí después de meter la carta en el baúl de Theo. Con los años, se había convertido en una especie de refugio.

La gran roca que había a la entrada me protegía de las olas más fuertes. Levantándome las faldas con la mano que llevaba las conchas, me deslicé más allá de la roca y entré en el espacio que había detrás, donde el techo de la cueva caía a poca altura y tenía que agacharme.

—*Och* —Grité y me llevé la mano a la cabeza. Metí la mano en el pelo para soltarlo de la roca áspera en la que se había enganchado y miré al techo con rencor. Parecía que nunca podía evitar sus garras, incluso después de tantos años.

Me froté la zona que aún me escocía y puse los objetos que había recogido sobre el montón que había colocado entre dos rocas, escuchando el familiar sonido que hacían al caer.

Al otro lado había una extensión de arena lisa, tenuemente iluminada por la luz que lograba penetrar hasta el fondo de la cueva y, sobre ella, una colección dispersa de casitas construidas con conchas, palos, rocas y musgo. Las contemplé y dejé que la mirada revoloteara de una a otra. Había tardado dos semanas en construir las seis casitas. En algún momento las arruinaría la marea, pero solo las mareas más altas -por muy frecuentes que fueran- lograban barrer esta parte de la cueva. A veces se limitaba a esparcir los materiales, mientras que otras veces no quedaba ni rastro de lo que había construido.

Este pasatiempo que tanto me gustaba era muy raro, no me cabía duda, o al menos estaba segura de que los demás lo considerarían así. Al fin y al cabo, ¿qué jovencita se dedicaba a juegos de niñas? Y así fue como empezó todo. Theo y Valentine se quedaron cautivados por las leyendas escocesas que les contaba sobre las hadas, los *kelpies* y los *brownies*. Pero lo que más les asustaba eran los *kelpies* y los espectros de agua, pues les dije que embrujaban el mar, y tanto Theo como Valentine estaban locos por la marina.

Estaban ansiosos por aprender a ganarse el favor de los *brownies*, que podrían protegerlos de muchos peligros, y juntos habíamos hecho dos toscas casas como ofrenda.

Sonreí al recordar lo decididos que habían estado los chicos a revisar las casas y reconstruirlas cuando la marea las arrasaba. Sin duda, para ellos esos recuerdos se habían desvanecido, pero todavía seguían vivos en mí. Este lugar había satisfecho dos de mis necesidades: una conexión con el hogar y una forma de gastar energía nerviosa mientras trabajaba con las manos de una manera distinta que no podía satisfacer la costura.

Me levanté de nuevo las faldas, me abrí paso entre las rocas hasta salir de la cueva y miré al mar. Solía ver barcos a lo lejos, envidiando la libertad de los que navegaban y preguntándome qué se sentiría al estar de pie en la cubierta y contemplar la interminable extensión donde el mar se encontraba con el cielo, donde no había límites, donde incluso las tierras más lejanas estaban al alcance de la mano, donde uno podía dormirse en Inglaterra y despertarse en Francia.

La libertad que ofrecía el mar era insondable para mí, restringida como estaba a Blackwick Hall y sus alrededores inmediatos. Y nunca me había sentido tan pequeña como ahora, lleno de gente que me consideraba más como ellos de lo que realmente era.

Capítulo 5

La lluvia nos mantuvo encerrados al día siguiente. Yo no era de las que se amilanaban ante algo así, pero llovía a cántaros y me resigné a pasar un largo día encerrada. Tal vez fuera lo mejor, porque estaba segura de que al almirante no le haría ni pizca de gracia si se enteraba de mis frecuentes y solitarias expediciones a la cala. Y a la señora Bailey tampoco.

El señor Bailey estaba tan amable como siempre. Supuse que había adquirido ese rasgo de su padre, pues no encontré ningún rastro de ello en su madre. Ella se reía con bastante frecuencia, pero no era del tipo que buscase la compañía y el disfrute mutuo, más bien era como un arma.

A media mañana, los Bailey recibieron la noticia de que los amigos que pensaban visitar tenían un caso de escarlatina en casa. El almirante insistió en que permanecieran en Blackwick Hall hasta que fuera seguro continuar su viaje, y yo no tuve otro remedio que seguir con mi engaño un tiempo más.

Sin embargo, cuando la ocasión lo permitió, me dirigí a la Sala de Oriente. Al menos, así la llamaba yo, pues su atractivo residía tanto en los artefactos que había en ella como en los libros que adornaban las altas estanterías.

Me apresuré a pasar junto al estudio, donde el almirante y Theo se habían retirado hacía no mucho. Los tonos apagados que consiguieron traspasar la puerta cerrada me dieron la pista de que, fuera cual fuese la conversación que se estaba produciendo allí, no era positiva. No le deseaba a Theo una interacción así, sin importar el tema.

Entré en la biblioteca y me apresuré a cerrar la puerta tras de mí, confiando en que la señora Bailey no fuera el tipo de mujer que se refugiara en una habitación polvorienta como aquella. La sala estaba especialmente oscura hoy, dado el cielo sombrío del exterior, y me acerqué al asiento de la ventana que ocupaba con más frecuencia, desde donde tenía vistas al mar. No obstante, estaba envuelto en niebla gris y apenas se veía.

No me sentía tan confinada cuando estaba en la Sala de Oriente. Ya fuera entre las páginas de los libros, mirando al mar o tocando una de las reliquias que el almirante Donovan había adquirido en sus décadas de viajes, casi podía imaginarme en otra tierra, en otro mundo. Y hoy estaba ansiosa por salir de allí.

Mis ojos se pasaron buscando a Theo mucho más tiempo de lo que me habría gustado. ¿Acaso no había conseguido dejar atrás esa costumbre? ¿Y qué me podía esperar de que él también me mirase a menudo? Deseaba la amistad que empezaba a surgir entre nosotros, pero al mismo tiempo sentía la necesidad de castigarle por el daño que me había provocado.

Ahí estaba el problema. Me gustara o no, Theo me recordaba a mi infancia y a todas las cosas que la acompañaron: el dolor que había sufrido a sus manos, la decisión mortificante que había tomado con él como impulso y, quizá lo más incómodo, los días antes de que se me ocurriera cambiar quién era o cómo hablaba para complacer a otra persona.

Al apartar la vista del lúgubre exterior, me fijé en la maqueta de un barco que había en una de las estanterías. Era una de las naves que el almirante había comandado años atrás, de la cual había inspeccionado cada centímetro tratando de imaginarme cómo sería vivir en una nave así, vulnerable a los elementos. Envidiaba las aventuras que vivieron mis hermanos y Diana, aunque la mayor emoción que nos esperaba a las dos ahora era decidir qué color de hilo utilizar al coser.

Me acerqué a la larga mesa que exhibía la mayoría de los objetos que habían captado mi interés a lo largo de los años: un elefante de jade, un pergamino descolorido, unos cuantos

jarrones pequeños de porcelana de esmalte azul vivo y un puñado de libros. Ya había visto *chinoiserie* antes de venir a Blackwick, pero estas cosas eran diferentes y hacían que los intentos de copiarlas parecieran poco sofisticados y escasos. Resultaba irónico que al almirante le molestara tanto que los marineros abandonaran la Marina para trabajar en buques mercantes, cuando él había adquirido todo aquello mientras trabajaba en uno de esos barcos.

Toqué con un dedo el elefante de jade, trazando las líneas suavemente talladas que iban de la cola al colmillo, y me pregunté si existiría una criatura así en el mundo mientras me lamentaba que no viviría tanto como para ver una.

Detrás de mí, la puerta se abrió con un fuerte crujido.

—¡*Och*! —Me sobresalté, haciendo que el elefante volcara hacia un lado con un estruendo que me hizo estremecer. Tras dejar escapar una maldición en gaélico, me apresuré a ponerlo de pie de nuevo, luego me di la vuelta y suspiré de alivio al ver a Theo.

Me miró extrañado y me llevé una mano al pecho para calmarme el corazón, con la esperanza de que el ruido del elefante al caer hubiera enmascarado tales palabras tan poco femeninas.

—Perdóname, pensé que eras...

—¿Mi padre? —respondió.

Apreté los labios, reacia a admitir algo que pudiera delatar la forma en que miraba al almirante. Theo se acercó a mí y levantó el elefante con ambas manos.

—No te preocupes, no le diré que has intentado matar al pobre Algernon.

Dejé escapar una carcajada y me volví hacia la figurita.

—Me había olvidado de que le habíamos puesto nombre.

Lo volvió a dejar en el suelo.

—Ah, sí.

Le miré de reojo. Si se acordaba de Algernon, el elefante, era imposible que no se acordara de algo más reciente, como mi carta. A menos que de verdad le hubiera importado tan poco...

—¿Crees que tu padre sabe cuántas veces jugamos aquí aquel verano? —pregunté tras apartar los pensamientos inútiles e irrelevantes.

Se rio entre dientes.

—No, claro que no. No es el tipo de hombre que guarda silencio sobre un tema así.

—¿Hay asuntos sobre los que sí guarda silencio? —Me arrepentí inmediatamente de mis palabras, pero la sonrisa divertida que mostró Theo me recompensó de un modo que me hizo sentir de nuevo como cuando tenía catorce—. Perdón, no tendría que haber dicho tal cosa. La firmeza de convicciones de tu padre es, sin duda, lo que le convierte en un comandante tan eficaz.

Frunció el ceño mientras cogía uno de los libros de la mesa.

—Sin duda.

Sus palabras sonaron tan secas que me hizo observarle con la esperanza de comprender mejor lo que había detrás de su respuesta. ¿Cómo veía a su padre? Theo había servido bajo su mando hasta llegar a teniente, y yo había visto de primera mano la influencia de su padre en él cuando regresó a Blackwick antes de recibir su nombramiento -y mi carta-. Se mostraba más rígido, como si aún se considerara bajo las órdenes de su padre y fuera susceptible de que le reprendiera en cualquier momento.

Se le torció la boca.

—Nos convenciste a Valentine y a mí de que podías leerlo —Levantó un libro abierto que tenía entre las manos y me miró divertido.

Miré el revoltijo de trazos que ya no significaban nada respecto a años atrás y apreté los labios con los dientes. Ahora reconocía el idioma como cantonés y el libro como el tratado militar de *Sun Tzu*, pero les aseguré en aquella época que estaba escrito en gaélico.

—¿Cuándo descubriste la verdad?

Hojeó más páginas.

—Cuando mi padre me insistió en que lo leyéramos juntos, él con este y yo con el otro —dijo mientras señalaba con la cabeza el otro libro que había en la mesa, *L'Art de la guerre*. Era una traducción del libro del cantonés al francés. El almirante Donovan lo llamaba *El arte de la guerra*.

Se rio, dejó el libro y volvió a mirarme.

—Tardé casi media hora en darme cuenta de que me habían engañado.

—Estaba desesperada por que me admiraras por *algo* —Inspiré suavemente y me arrepentí de nuevo de mis palabras, porque eran el recordatorio exacto que no deseaba darle de cómo le veía entonces y de lo que me llevó a hacer. Quería fingir que nunca había sucedido para que pudiéramos ser simplemente amigos.

Sus ojos se clavaron en mí y cogí el libro.

—Tu padre se lo ha memorizado, ¿verdad?

—Sí. Quizá no al pie de la letra, pero desde luego conoce los principios a la perfección.

—Creo que Diana también —respondí.

—Todos. Era el tema de las conversaciones en familia durante la cena, ya sabes.

—Tu madre dijo algo parecido —Pasé un dedo por los grabados dorados de la portada del libro, un recordatorio de lo mucho que no había visto del mundo, de lo mucho que no entendía, pero que deseaba entender.

—¿Sí? —La voz de Theo era suave.

No pude evitar notar la tristeza que apareció en sus ojos mientras me miraba, como si estuviera hambriento de saber más sobre su madre. Asentí con la cabeza.

—Ella y yo solíamos venir a menudo, antes de que la recluyeran en la cama. Se sentaba allí —señalé la tumbona tapizada en terciopelo rojo—, y me hablaba de los distintos objetos y de sus historias. Al menos de los que conocía —Miré los libros que nos rodeaban—. Le gustaba esta habitación tanto como a mí.

—¿Entonces estuviste aquí durante su enfermedad y...? —Asentí una vez—. No lo sabía.

Esbocé una pequeña sonrisa. Era muy consciente de que él no sabía que me había quedado aquí ni que me había pasado un año haciéndole compañía a su madre, actuando como su escriba y leyéndole. Diana hizo lo posible velando para que su madre estuviera cómoda, pero su personalidad era tal que no podía quedarse quieta en la enfermería. Tenía que estar *arreglando* cosas, y lo que necesitaba la señora Donovan era alguien que se sentara a su lado. Una presencia más tranquila.

—A ella en particular le encantaba eso de allí —Señalé el barco de la estantería.

Theo se volvió hacia donde yo señalaba y su ceño se frunció al fijarse en el modelo. Se acercó y lo sacó con cuidado de su sitio.

—El *Dominance* —dijo—. Este era en el que íbamos todos juntos.

Junté las manos detrás de la espalda, observándolo mientras lo repasaba, ese mismo ceño fruncido arrugando su frente que me hacía desear saber qué estaba pensando.

—Pasó gran parte de ese tiempo en la cama —dijo señalando la zona en miniatura donde estaban los aposentos del capitán—. Estaba muy enferma y no podía hacer otra cosa —Frunció el ceño.

La señora Donovan enfermó mientras estaba a bordo del *Dominance* y nunca se recuperó, dejándola tan débil que otra enfermedad se la llevó para siempre.

—¿Es un modelo fiel? —pregunté.

—Sí —dijo dando unos pasos hacia mí—. Al menos lo recuerdo así —Señaló un lugar cerca de la proa—. Este era mi lugar favorito para estar de pie durante el buen tiempo. Mi madre me acompañaba cuando se encontraba bien. A Valentine también le encantaba, cuando le gustaba navegar. Phineas rara vez subía a cubierta, prefería quedarse abajo.

—¿Leyendo?

Theo sonrió.

—Siempre que podía, sí. A veces se escabullía por aquí —señaló un rincón junto a unas escaleras, que apenas se veían porque eran muy pequeñas—. Me temo que mi padre tenía poca paciencia, incluso cuando Phin leía libros sobre navegación o lo que fuera. Insistía en que no había libro que pudiera compararse con la experiencia.

Levanté la vista hacia él, sintiéndome nerviosa por lo cerca que estábamos.

—¿Ni siquiera *L'Art de la guerre*?

Se rio.

—Eso fue una excepción, pero Phin se lo leyó tantas veces que mi padre pensaba que ya se lo había memorizado.

Miré el escondite y me pregunté cómo Phineas podía preferir las páginas de un libro sobre navegación a la experiencia real de la misma. Yo había leído un gran número de los libros de esta misma biblioteca sobre tierras y pueblos lejanos, pero los cambiaría en un segundo si me dieran la oportunidad de verlo todo por mí misma.

Sin embargo, Phineas y yo éramos diferentes en ese sentido, y él debía sentirse tan limitado a bordo del *Dominance* como yo aquí.

—¿Y Diana? —pregunté.

Theo se rio y sacudió la cabeza.

—A Diana se la podía encontrar en todas partes, siguiendo a papá, burlándose de los contramaestres, enamorándose una vez de un teniente, pero sobre todo diciéndoles a los guardiamarinas cómo hacer su trabajo.

—Qué mona —Sonreí al imaginármela deambulando por el barco—. Entonces no ha cambiado nada.

—No, no ha cambiado. Al menos, no como tú.

Mis ojos se desviaron hacia él y me miró fijamente, con una mirada extraña que me hizo sentir vulnerable por lo poco que la entendía. ¿Le gustaban entonces los cambios que observaba? No era un gran consuelo para una mujer que pretendía ser mucho más refinada y gentil que yo.

—¿Y como tú? —pregunté ansiosa por desviar la atención de mí misma.

Frunció el ceño.

—¿He cambiado? No lo había pensado, pero quizá sí. Parece razonable, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos.

Tragué saliva ante la referencia a la época que quería borrar de la memoria de ambos.

—Apenas has cambiado —dije. Me volvió a mirar, esta vez con un brillo de curiosidad en los ojos—. Más alto, por supuesto. Más rubio —Miré su mandíbula cuadrada—. Más seguro de ti mismo, creo —Sus ojos también eran de un azul más penetrante que nunca, me recordaban a cuando miraba por encima de los acantilados y hacia las partes menos profundas del agua mientras el sol la atravesaba. Ahora estaban clavados y fijos en mí. Parpadeé. Este ejercicio no favorecía mis objetivos—. Más gordo, quizá.

Se echó a reír y se llevó una mano al estómago, que estaba completamente plano y carecía de un exceso de cualquier cosa, a menos que fuera músculo. No podía verlo, por supuesto, pero me lo podía imaginar.

—Seguramente sea por todas las galletas que me comí en el barco —Sus ojos brillaron como el sol en el mar. Se calmaron un poco y su sonrisa se suavizó—. Te admiraba, ¿sabes?

Mi corazón dio un vuelco, pero lo contuve. No me admiraría tanto si no contestó a mi carta. Quise decírselo así mientras le sostenía la mirada, entender cómo podía decir algo así y actuar como si no hubiera pasado nada entre nosotros, como si no me hubiera asestado un golpe del que mi orgullo herido y mi corazón habían tardado años en recuperarse. De hecho, ni siquiera estaba segura de haberme recuperado. No del todo. Me había hecho dudar de mí misma y cuestionarme de una forma que no era fácil de deshacer.

La puerta se abrió de repente y ambos miramos hacia ella, donde se encontraba el almirante, mirándonos con el ceño fruncido mientras sus ojos se desviaban hacia la nave que Theo aún sostenía. Me desplacé sutilmente hacia un lado, poniendo más distancia entre Theo y yo. El almirante siempre llevaba una expresión sombría, pero nunca había podido convencerme de que no fuera porque estaba disgustado conmigo por algún motivo u otro. Ahora me encontraba sin compañía en una habitación con su hijo.

—El señor Bailey la busca, señorita MacKinnon —dijo finalmente.

No pude evitar mirar a Theo. Su expresión se ensombreció y se dio la vuelta, dejando la maqueta en su sitio.

—Su madre y él desean dar un paseo para visitar el invernadero —continuó el almirante—. Les he dicho que quizá podría acompañarles.

Asentí rápidamente, estaba demasiado ansiosa por apaciguarle como para preocuparme por querer pasar la siguiente hora en compañía de la señora Bailey. Sería mejor sentirme insultada por ella que pasar más tiempo con Theo. Las viejas costumbres eran difíciles de curar y, sin duda, había adquirido el hábito de admirar a Theo Donovan desde muy joven.

Capítulo 6

Para mi sorpresa, el tiempo que pasamos en el invernadero fue muy agradable. La señora Bailey se interesó por las diferentes plantas que se cultivaban allí. Diana tenía ideas muy particulares sobre estas cosas después de lo que había conocido durante los viajes de su familia y se aseguró de que hubiera variedad aquí en Blackwick. El señor Bailey estuvo, como siempre, atento y de buen humor.

No podía encontrarle ningún defecto. De hecho, el único fallo que encontré estaba en mí misma. ¿Tenía esperanzas de que me conquistara? ¿De que sintiera la intensa admiración y anhelo que cuando era una niña de catorce años?

Había crecido y lo tenía superado. Tenía que pensar en el futuro, sobre todo si los Bailey deseaban mi compañía, y solo la mía, en este paseo. ¿Y si el señor Bailey deseaba verme de nuevo? ¿Y si pedía mi mano en matrimonio en algún momento? ¿Podría dejar de lado el ingenuo deseo de sentir algo más por él y considerarlo de un modo puramente racional? Al fin y al cabo, no quería estar en deuda con mis hermanos el resto de mi vida. Tenía una respetable fortuna propia, pero no era suficiente para ofrecerme el tipo de seguridad que me proporcionaba el matrimonio.

Y anhelaba algo más, no podía evitar culpar a Theo por ello. O tal vez era a mí misma a quien debía culpar, pues era yo quien lo había puesto en un pedestal desde tan joven, quien le había abierto el corazón con un abandono tan imprudente que sospechaba que aún era susceptible a sus encantos.

En cuanto a la señora Bailey, aparte de sus frecuentes preguntas, parecía darme su aprobación. Sin embargo, que me aprobara no me servía de consuelo, pues era un barniz que se desvanecería en cuanto bajara la guardia.

Cuando nos separamos para el descanso de la tarde de la señora Bailey, les acompañé al interior y volví a la puerta. Tenía que revitalizarme un poco para los siguientes compromisos, y esperaba que la cala me sirviera tal y como lo hizo ayer.

Cada vez me resultaba más fácil hablar con mi acento westwoodiano, pero todas las noches, mientras me ayudaba a desvestirme y a prepararme para ir a la cama, Hitchen era testigo de una explosión de acento escocés, como si hubiera estado acumulándose todo el día y necesitara una válvula de escape.

Al día siguiente, Valentine y Phineas no vinieron a la excursión, como era de esperar, y la señora Bailey quiso que su hijo y Emmeline pasearan juntos. Al parecer, en el invernadero la cosa no fue tan bien como me pensaba.

El viento amainó hasta convertirse en una brisa fuerte y constante que me tiraba de la toca y de los rizos que asomaban bajo ella. Nuestro grupo emprendió la marcha por el largo camino que se alejaba de Blackwick Hall, mientras las hojas de las hayas susurraban musicalmente sobre nosotros. Diana, Theo y yo caminábamos juntos detrás del almirante Donovan y la señora Bailey, que seguía a su hijo y a Emmeline.

—Parece que de momento te han desplazado —dijo Diana en voz baja y con mirada divertida—. No te preocupes, Emmeline dirá algo que no apruebe y volverás a ocupar tu lugar como la pareja preferida para su hijo.

Resistí el impulso de mirar a Theo, cuyos ojos estaban clavados en mí, y forcé una risita.

—Creo que *tú* serás la siguiente.

Arrugó la nariz.

—No. Soy demasiado franca para alguien como la señora Bailey. Le daría una apoplejía en menos de una noche —Me miró—. Te gusta el señor Bailey, ¿verdad?

Tanteé mis palabras por un momento, deseando que Diana hubiera elegido otro momento para esta conversación en particular. Debería haberme alegrado por ello, ¿qué podría inspirar a Theo más remordimiento por haberme descartado en el pasado que oír hablar de mi admiración por otros hombres?

Y, sin embargo, reconocí la ansiedad que sentía por lo que en realidad era: reticencia a hacerle creer que mis sentimientos estaban comprometidos o que mi corazón estaba puesto en el señor Bailey. Sin embargo, tampoco deseaba que pensara que estaba suspirando por él. En la confusión del momento, solo pude decir con torpeza:

—Es... muy amable...

Diana se rio.

—Muy bien. Hoy no te voy a insistir más con él y me limitaré a observar. Por cierto, ¿has perdido por completo tu maravilloso acento? ¿O pretendes mantenerlo oculto indefinidamente? No te culpo, a la señora Bailey no parece gustarle mucho Escocia, pero no puedes ocultárselo para siempre. Y no tienes que fingir delante de Theo y de mí.

Se me enrojecieron las mejillas y miré a Theo, que tenía el ceño fruncido y me miraba como si me quisiera preguntar algo. Ni siquiera sabía qué contestar al ingenuo discurso de Diana. ¿Debía negar que un encuentro entre el señor Bailey y yo fuera el objetivo de mi engaño? ¿O debía justificarlos? No tenía ninguna defensa real y no veía otro camino más que el de aceptar la verdad, por incómoda que fuera.

Miré hacia los Bailey, que habían acelerado el paso y se habían distanciado bastante de nosotros a medida que nos acercábamos al pueblo.

—Me resulta incómodo volver a hacer el cambio en este momento. Y me es muy difícil de explicar —Resistí el impulso de mirar a Theo para ver qué pensaba de la situación.

—Tiene que ser jodidamente difícil —La mirada de Diana voló hacia su padre con una expresión mitad de asombro, mitad de risa. No estaba acostumbrada a cuidar el lenguaje delante de mí, pero ahora que su padre estaba en casa, las cosas eran distintas. Parecía alegrarse de que no la hubiera oído y continuó—: Espero que me informes de antemano si tienes intención de volver a tu encantador acento escocés, porque me gustaría mucho estar allí para ver la cara de la señora Bailey —El grupo que nos precedía había llegado al principio del pueblo y se dieron la vuelta para mirarnos, poniendo fin a nuestra conversación.

Tuve que decidir por mí misma si continuaba o no hablando a mi manera westwoodiana sabiendo que Theo era consciente de que se trataba de una farsa. Si continuaba, pensaría mal de mí, ya que no solo era deshonesto -un defecto de carácter que alguien como él nunca podría perdonar-, sino que supondría que lo hacía para agradar a la señora Bailey y a su hijo. No obstante, la alternativa era responder a todo tipo de preguntas incómodas del almirante y los Bailey, que no era mucho más aceptable.

Opté por mantener mi discurso westwoodiano, pues el daño ya estaba hecho con Theo. Si decidía volver a mi acento natural delante de los Bailey, lo haría en un momento más propicio. Suponiendo que tal cosa existiera.

Capítulo 7

Para cuando regresamos a Blackwick Hall dos horas más tarde, tanto mi autocontrol como mi cabello se habían alborotado más de la cuenta. Por mucho que intentara convencerme de lo contrario, me importaba lo que Theo –y no la señora Bailey- pensara de mí, pues era imposible complacerla. Tampoco podía tenerla engañada para siempre, como ya había recalcado Diana.

Y, sin embargo, no me atrevía a afrontar las repercusiones de cambiar mi forma de hablar. Me sentí ansiosa y resentida, aunque me era difícil saber si me molestaban más las altas expectativas de la señora Bailey o que yo me rindiera a ellas.

El grupo atravesó la puerta principal y, en lugar de seguirlos al interior, me fui a mi lugar de refugio. Me desaté los cordones de la toca cuando ya no se me podía ver desde la casa y me quité el sombrero.

Me levanté las faldas y bajé arrastrando los pies por el sendero que llevaba desde los acantilados hasta la cala. La marea estaba llegando a su punto más bajo, pero la arena húmeda y suave que la precedía revelaba lo alta que había estado horas atrás. ¿Se habría llevado por delante mis creaciones?

Respirando profundamente el aire salobre, me deslicé al otro lado de la roca y me adentré en la cueva. La aldea de las hadas estaba intacta y dejé escapar un pequeño suspiro de alivio. Por alguna razón, hoy me habría desanimado mucho más de lo normal si la hubiese encontrado destruida.

La corriente de aire que entró en la cueva hizo que las miles de horquillas que llevaba en el pelo se me clavaran como agujas. Me apresuré a salir fuera, donde el viento soplaba con menos fuerza, me llevé los dedos a donde más me dolía y me sujeté el pelo para que no se alterara el peinado, pero fue en vano. Los tirabuzones se convirtieron en las torpes ondas y rizos naturales de mi cabello.

Suspiré con impotencia, dejé la toca sobre la roca más cercana y tiré de la horquilla que sobresalía en la coronilla. Una vez quitada, cerré los ojos y me deleité en el alivio que sentí. Me fui quitando más horquillas y las fui colocando dentro de la toca mientras el cabello me caía por los hombros y la frente. Necesitaba un respiro de mi papel como señorita inglesa. Llevaría el pelo fatal cuando volviera a Blackwick, pero podía hacerme un moño y esconderlo bajo la toca antes de salir de la cala para no alarmar a las sirvientas al entrar. Fácil.

La brisa hacía que se me pusiera el pelo en la cara y tuve que girarme para poner el viento a mi favor.

Me quedé petrificada. Theo acababa de salir del sendero que llevaba a la playa, desprovisto de su frac y con las mangas ondeando con la brisa. Se rio al verme.

—Parece que hemos tenido la misma idea.

Tras oír la voz de la señora Westwood en mi cabeza, me eché el pelo hacia atrás con las dos manos para retorcerlo y fingir que seguía peinado.

El cabello de una mujer refleja inevitablemente su carácter, ya sea suelto o recogido.

Si la señora Westwood pudiera verme ahora, se daría cuenta inmediatamente de que estaba tan despeinada y desaliñada por fuera como por dentro, porque ni siquiera mis mejores intentos de poner el acento adecuado podían compensar el estado de mi melena, que se alborotaba cada vez que el viento susurraba. Y tal vez tuviera razón, porque mi cabello parecía tan ansioso por explorar el mundo que me rodeaba como yo. Fui recordando otras de sus máximas:

Los instintos más bajos de un hombre surgen con mayor rapidez al ver el cabello de una

mujer suelto.

El cabello suelto solo puede llevar a una conducta inapropiada.

Pensándolo bien, la señora Westwood se preocupaba de forma muy inusual por el cabello. Y, además, conocía a Theo demasiado bien para creerle tan poco dueño de sí mismo.

Tenía que irme, es lo había aprendido de la señora Westwood.

La reputación de una mujer es delicada y propensa a romperse en mil pedazos al mero susurro de lo clandestino.

Y otra más:

Nada es más propenso a que se haga público que el encuentro que un hombre y una mujer solteros creen privado.

¿Acaso no podía dejar de pensar en sus ridículos dichos?

—Estaba a punto de irme.

Me apresuré a recoger la toca. Por las prisas, las veinte horquillas que había dentro se desparramaron por la arena y Theo se puso enseguida a recogerlas.

—¿Entonces sigues viniendo aquí de vez en cuando?

Le miré mientras colocaba otras tres horquillas en la toca.

—Sí —le dije—. Últimamente vengo más a menudo.

Levantó las cejas.

—¿Cuánto es *más a menudo*?

Ambos recogimos los últimos alfileres que cayeron a la arena y, justo antes de chocar, nuestras manos flotaron en el aire.

Nuestras miradas se cruzaron y ambos sonreímos mientras recogía los alfileres y los dejaba caer junto a los demás.

—Todos los días antes de prepararme para la cena.

—Sí que vienes, sí.

Nos levantamos y me quité la arena de la falda antes de echarme el pelo a la espalda. A estas alturas ya no había forma de mantenerlo controlado. Me encogí de hombros e hice una mueca.

—Después de vivir aquí a solas con Diana durante tanto tiempo, me temo que me he desacostumbrado a la compañía y me resulta algo pesado.

—¿Me voy entonces? —Señaló tras de sí el camino por el que acababa de llegar.

—No, no —me apresuré a decir—. No es tu compañía lo que me cansa.

Torció los labios y sus ojos se suavizaron.

—Me alegra saberlo.

Aquellos ojos eran capaces de matarme. ¿Acaso la señora Westwood no tenía una máxima para evitar mirar a un par de ojos exquisitamente azules? Tampoco es que me importara mucho, ya que estaba pasando olímpicamente de las que ella me había enseñado. No me puedo ni imaginar lo que pensaría al saber que estaba violando dos de sus máximas al mismo tiempo. Nunca fui buena estudiante, ¿verdad? Sin duda, se esperaría este tipo de comportamiento de mí.

Theo tomó aire y se volvió hacia el mar.

—Me gusta tu idea de venir aquí, muy posiblemente te la robe. Yo tampoco estoy muy acostumbrado a estar en compañía tan a menudo y me resulta agotador.

—Vaya —Sonreí y me volví hacia el camino, haciendo ademán de marcharme.

Sentí que me agarraban de la muñeca y, con el corazón explotando en el pecho, me giré hacia Theo.

Nuestras miradas se encontraron y mi sonrisa vaciló ante tal gesto inesperado. Me soltó la

muñeca.

—No te vayas —Apareció el mismo atisbo de sonrisa—. Tu compañía no me molesta.

Reí levemente.

—Has pasado años en un barco con un montón de marineros. ¿Cómo es posible que no estés acostumbrado a estar en compañía?

Sonrió con ironía.

—Te sorprendería lo solitaria que puede llegar a ser la vida de un capitán.

Le sostuve la mirada, quería comprenderle mejor. Había leído a su madre cientos de cartas suyas, pero seguía siendo un misterio, quizá más que nunca, porque no entendía que se comportara así conmigo.

—Veo que tu nuevo acento es persistente.

Bajé la mirada hacia la toca que llevaba en las manos, inclinándola para que las horquillas de su interior se movieran. Así era. No había vuelto a mi habla natural, a pesar de que Diana traicionara mi farsa. No tenía mucho sentido fingir que era una alumna ejemplar de la señora Westwood, y aunque me daba miedo cómo podría reaccionar al oírme hablar, no era razonable aplazar más lo inevitable.

—Supongo que te habrá parecido extraño —dije, abrazando de nuevo mi acento escocés—, que hablase así.

—Mucho mejor —dijo con una sonrisa—. No me ha parecido extraño, pero me picaba la curiosidad. ¿Qué te ha llevado a hacer algo así?

Puse la mano sobre las horquillas y froté dos de ellas, intentando pensar cómo explicar la elección que había tomado. Me encogí de hombros.

—A veces es simplemente más fácil pasar desapercibida y cumplir las expectativas.

Las líneas de su ceño se fruncieron ligeramente.

—Entiendo. Admito que la primera vez que hablé contigo me decepcionó un poco ver que tu acento se había perdido por completo.

Parpadeé.

—¿Te sentiste decepcionado? —Asintió—. ¿Por qué? Me resultaba difícil concebir algo así. Mi acento siempre había sido una prueba evidente de cómo me diferenciaba de los que me rodeaban aquí en Inglaterra.

Encogió un hombro.

—Así es como te recuerdo —Sus ojos me observaron e intenté quedarme quieta, resistiendo el impulso de retorcerme ante el recuerdo que esa frase podía estar trayendo a su mente—. Y tú nunca estuviste destinada a pasar desapercibida, Elena.

Me giré y me llevé la mano al pelo, una prueba más de que no me ajustaba a lo que debía ser una señorita inglesa. Nunca me había preocupado por él hasta que empecé en casa de la señora Westwood y vi lo diferente que era del de las otras chicas.

Que Theo admitiera que se había sentido decepcionado por mi falta de acento escocés fue, al menos, un alivio. Me sentí bien al volver a hablar con normalidad.

Señaló el más pequeño de los escollos de la playa. En realidad, era más bien una roca de dos metros de largo y un metro de alto en la parte más alta.

—Veo que el *Alba* sigue aquí.

Se me olvidó enseguida el cabello al sonreír ante los recuerdos que evocaban sus palabras: Theo, Valentine, Diana y yo en lo alto de la roca, fingiendo que navegábamos hacia Francia, emocionándonos cuando cada ola chocaba contra ella y nos rociaba con agua de mar. Elegí el nombre *Alba*, la palabra gaélica para Escocia.

Ladeando ligeramente la cabeza, Theo me invitó a que fuera con él.

—Quizás ha estado esperando a un capitán que sepa llevarla —le dije.

Llegamos a la roca justo cuando una ola rompía contra el borde más cercano al agua, y puso una mano en la piedra para recorrer la superficie.

—Sobrevaloras mis capacidades si me crees tan capitán.

—Quizá Diana sea la más adecuada para estar al mando.

Se rio.

—Ella siempre quiso tener ese papel, ¿verdad? —Se subió las mangas hasta los codos y se inclinó para recoger una roca que tenía a los pies, frotándola entre los dedos mientras se enderezaba. Era larga, oscura y lisa. Se flexionó de repente, echó la mano hacia atrás y la lanzó hacia el agua. Pasó por encima de las olas más pequeñas que rompían en la orilla y saltó sobre el agua.

La observé y conté cada salto hasta que desapareció en una ola.

—Ocho —dije.

—Yo he contado nueve —Me miró con los ojos entrecerrados.

—Ocho —repetí.

Levantó las cejas, se agachó para coger otra piedra y me la dio.

—¿Crees que puedes hacerlo mejor?

Le sostuve la mirada y acepté la piedra con la mano libre sin mediar palabra. Mis hermanos y yo lanzamos cientos de rocas al lago cercano a Benleith. Hacía años que no lo intentaba, pero en aquella época se me daba bastante bien. Jugueteé con la roca en la mano hasta que encontré una posición natural con los dedos.

Theo me miraba divertido y con los brazos cruzados sobre el pecho, pero yo tenía la vista fija en el agua mientras echaba el brazo hacia atrás y mantenía la mano lo más nivelada posible. La lancé hacia delante y moví la muñeca para que la roca saltara por los aires.

Se zambulló en la primera ola que alcanzó.

Theo se tapó la boca con una mano, pero ver que entrecerraba los ojos y sus hombros temblaban ligeramente no dejaba lugar a dudas. Se estaba riendo de mí.

Apreté los labios.

—Me falta práctica.

Asintió con la cabeza, se aclaró la garganta e intentó poner una expresión seria.

—Por supuesto.

—Y es mucho más fácil hacerlo en los *lochs* que con olas grandes.

—¿Grandes? —dijo dejando caer la mano.

—Bueno, grandes comparadas con las que hay en los lagos, quiero decir.

Entrecerró los ojos cuando me miró y vi un destello de jocosidad.

—Supongo que tendré que confiar en tu habilidad.

Sonreí, a partir de ahora practicaría cada vez que viniera a la cala.

—¿Y qué te ha traído aquí? ¿Estaba muy duro el césped?

Sus ojos brillaron y recogió un pequeño fragmento de concha de la arena mientras miraba hacia las olas.

—Supongo que necesitaba estar cerca del mar.

—¿Lo echas de menos?

Clavó los ojos en mí.

—Sí —Volviendo la boca hacia los lados, miró la concha que tenía en la mano y la dejó caer en la palma—. Me alegro de estar en casa y de ver a todo el mundo, pero...

—Para ti el mar ya debe sentirse más como un hogar que Blackwick.

Asintió.

—Creo que también me he acostumbrado demasiado a ser mi propio dueño y señor, algo que *no* soy en Blackwick.

Le dediqué una sonrisa de compasión. Quizá Theo estaba menos contento en compañía de su padre de lo que había supuesto.

El viento volvió a levantarme el cabello y lo hizo revolotear contra las mejillas y los ojos. Se iba a hacer un nudo y Hitchen se las tendría que ver con él para la cena y las actividades de la noche.

—Debería irme ya —Intenté recogerlo todo en una mano mientras evitaba que las horquillas volvieran a caerse.

Theo me observó un momento y no pude evitar pensar en las máximas de la señora Westwood y en cómo habría sido este encuentro en la cala si mi cabello hubiera tenido tanto poder sobre Theo como ella creía. Una parte de mí deseaba que así fuera, pero tal vez mi pelo era demasiado salvaje para tener algún efecto.

—Espera —Me cogió la toca y me dejó usar las dos manos.

—Gracias —dije, avergonzada de que la atención se centrara en mi cabello despeinado. Cualquiera que fuese la imagen de señorita inglesa que había esperado transmitir a Theo se había destruido con lo de hoy. Separé el pelo en tres secciones, llevándome por delante y sin piedad los pelos enredados que se resistían a mis esfuerzos, y entretejí todo en una trenza que me llegaba hasta la mitad de las costillas.

Sacó las horquillas y me dio la toca. Me la puse sobre la cabeza con una media sonrisa.

Vi cómo sus ojos pensativos me observaban. Se me aceleró el corazón y se me enrojecieron las mejillas, porque no podía adivinar qué pensamientos se escondían tras ellos.

Dejó caer las horquillas en mi mano.

—Espero que nos veamos mañana.

Mi corazón cogió aún más velocidad al mirarle a los ojos. Quería que fuéramos amigos, nada más. Necesitaba un lugar donde saciar su ansia de mar y este era el mejor lugar para ello por su accesibilidad.

—Eso espero yo también —dije.

Con las horquillas en la mano, me di la vuelta y volví al camino, sin saber si debería volver al día siguiente o no.

Capítulo 8

Hitchen tardó veinte minutos en peinarme. Me deshice en disculpas y le prometí que la próxima vez que fuera a la cala, lo haría con el cabello cubierto o, al menos, trenzado.

Me sentía renovada, aunque algo inquieta, después del rato que acababa de pasar con Theo, y cuando nos reunimos con el grupo antes de cenar no pude evitar preguntarme si se sentaría cerca de mí. Sin embargo, el señor Bailey reclamó ese honor –me dio la sensación de que sus atenciones eran cada vez más marcadas-, mientras que Theo se sentaba entre Emmeline Aldridge y su madre, que habían vuelto para cenar. Vivían a una milla de Blackwick y Diana y yo las fuimos a visitar algunas veces en los últimos dos años.

Me negué a prestar atención a la pequeña punzada de celos que se encendió en mi interior al ver a Emmeline y Theo y, en su lugar, dediqué toda mi atención a conversar con el señor Bailey. Habíamos pasado mucho tiempo juntos en los últimos días y, sin embargo, tenía la sensación de que le conocía poco... o se podría decir que más bien era él el que apenas me conocía. ¿Qué pensaría si supiese que estuve con Theo en la cala? ¿O de que fuera allí? No me cabía la menor duda de que su madre lo vería de la misma manera que la señora Westwood. ¿A solas? ¿Con el cabello alborotado? Necesitaría sales aromáticas para recuperarse del desmayo.

Cuando los hombres se reunieron con nosotros en el salón, me sorprendió ver que el almirante se dirigía a mí.

—Señorita MacKinnon, hemos tenido pocas ocasiones de hablar desde mi regreso, le pido disculpas.

—No se preocupe —me apresuré a decir—. Tengo entendido que ha estado ocupado con asuntos navales, además de atender a sus invitados.

—Sí, sigue habiendo mucho trabajo ahora que la guerra ha terminado. No dudo de la buena intención de Diana cuando planificó la cena de la otra noche, pero el momento fue desafortunado. Habría sido mejor esperar uno o dos meses, cuando pudiera dedicar toda mi atención a los asuntos de aquí.

Vi a Diana, que había dispuesto dos mesas para jugar al *whist* y estaba mirando las barajas, la mayoría guardadas y sin usar desde hacía años. Hablaba con el grupo de personas congregadas a su alrededor mientras ordenaba las cartas que tenía delante. Era muy propio de ella suponer que todos tenían su misma energía y no quería desperdiciar el tiempo antes de celebrar el regreso de sus hermanos y su padre.

—Espero que no sea demasiado inconveniente —dije—. Se ha mostrado muy generoso al permitirme permanecer aquí todo este tiempo y deseo que sepa cuánto se lo agradezco, almirante.

Agitó una mano con impaciencia.

—No me refería a su presencia aquí. Me alegro de haber podido proporcionarle un hogar, como es natural. Después de todo, es mi ahijada y su padre estaría satisfecho. Él quería que recibiera una educación adecuada y tuviera un buen partido.

Mi mirada se dirigió involuntariamente a Theo, que estaba junto a una de las ventanas con Valentine.

—Sería un buen marido.

Mis ojos se abrieron de par en par y giré la cabeza, pero el almirante no miraba a Theo, sino al señor Bailey, que estaba sentado frente a Diana y había empezado a ayudarla con las cartas.

—Nuestras esperanzas están puestas en esa familia —continuó, bajando la voz—. Me

encantaría que lo formalizaran. El capitán Donovan tiene la ambición de que lo vuelvan a colocar en un barco, pero ahora hay muy pocos puestos para capitanes, ya sabe, así que la influencia del almirante Bailey en el Almirantazgo es vital —Se giró para mirarme y me ofreció una de sus rígidas sonrisas—. En cualquier caso, si ve a su hijo casado seguro que es más propenso a darle el puesto al mío.

Intenté devolverle la sonrisa, pero solo conseguí que mi boca vacilara. ¿Estaba diciendo que las perspectivas de futuro de Theo dependían de mi capacidad para convencer al señor Bailey de que me pidiera la mano? ¿Y de que yo lo aceptara?

Diana se apresuró a acercarse a mí y me cogió de la mano.

—Discúlpenos, padre, pero tengo que llevarme a Elena a jugar al *whist*. El señor Bailey y ella jugarán contra Phineas y contra mí. He jurado ganar.

—Adelante, entonces —dijo el almirante con una sonrisa tan sutil como evocadora que me revolvió el estómago.

Hacía años que no jugaba al *whist*, y Diana y Phineas nos ganaron por goleada al señor Bailey y a mí. Phineas era especialmente hábil con las cartas, y jugar sacaba de él un lado más social que jamás había visto en él.

El señor Bailey y yo dimos paso a los nuevos contrincantes del equipo ganador, Theo y Emmeline. El almirante, la señora Bailey y la señora Aldridge estaban sentados en el sofá más cercano a la mesa, observando despreocupadamente el juego, mientras Valentine se apoyaba en la pared entre dos ventanas, sorbiendo tranquilamente de una copa de brandy.

La señora Bailey pidió a su hijo que fuera a por su chal -a pesar de que había dos sillas frente al fuego por si le apetecía calentarse- y, como no me entusiasmaba la idea de sentarme con ella, me uní a Valentine. Era un enigma para mí en muchos sentidos, y si no lo hubiera conocido cuando era más joven, habría dudado en acercarme a él, pues podía parecer bastante huraño.

—Huyes de ellos, ¿no? —preguntó.

Junté las manos y apoyé la espalda en la pared junto a él.

—Sí. ¿Jugamos?

Salió a la luz su sonrisa torcida.

—Prefiero las apuestas altas y los juegos en solitario. Me gusta tener pleno control sobre el resultado.

Fruncí el ceño.

—Pero uno nunca tiene el control *total*, porque depende de la mano que le toque.

Me miró por encima del vaso con la misma sonrisa.

—Suena a la excusa de un perdedor.

Me reí.

—Sí, para mí es un gran consuelo. Pero *alguien* tiene que perder, podría ser yo —Yo no era rival para la competitividad de Diana.

—Sin duda, eres más generosa que yo —Dio el último sorbo al brandy y miró la mesa de *whist*.

Observé su perfil un momento y me pregunté qué le había vuelto tan cínico. No siempre había sido así.

—¿Quién crees que ganará esta partida?

Sus ojos se entrecerraron ligeramente al mirar a los cuatro jugadores.

—Nunca se sabe con Theo y Di jugando. Siempre han sido los más ambiciosos de la familia, pero con el almirante observando, apuesto por Theo.

Cuando Diana llamaba *almirante* a su padre, lo hacía de broma, pero no sucedía lo mismo

con Valentine. En sus palabras había una mordacidad irónica.

—¿Por qué juega con más cuidado cuando está tu padre mirando? —le pregunté con curiosidad.

—Porque Theo tiene que complacerle, no sé siquiera si se da cuenta de que tiene otras opciones.

Theo deliberaba sobre sus cartas con el ceño fruncido por la concentración. Viéndole así, se parecía a su padre más de lo habitual.

—He intentado mostrarle que hay otro camino —continuó Valentine, ladeando el vaso para que las últimas gotas se escurrieran hacia el otro lado—, que no tiene por qué poner el listón tan alto haga lo que haga, así nunca decepcionará al almirante. Sin embargo, —hizo una mueca y se encogió de hombros—, me temo que a estas alturas está demasiado arraigado en él. Las aspiraciones del almirante y las de Theo son la misma cosa —Su rostro se ensombreció con preocupación—. Las cosas han empeorado mucho para Theo, ahora todas las esperanzas están puestas en él. El almirante no querrá morirse hasta que Theo sea el Señor de la Flota.

No respondí, tenía la mente llena de sus palabras y los ojos fijos en Theo. Sabía de lo que hablaba Valentine: la ambición de Theo, la forma en que miraba cuando recibía elogios de su padre, como si no hubiera nada más gratificante en el mundo. También vi hace años la influencia de su padre sobre él durante su breve estancia en casa. Gran parte de la jovialidad de Theo desapareció sin dejar rastro durante ese tiempo.

El señor Bailey regresó con el chal de su madre sobre el hombro. Era muy afortunada por tener un hijo tan atento. Levantó la vista de repente y nuestras miradas se cruzaron. Sonrió y le devolví la sonrisa.

Valentine se aclaró la garganta y lo miré, preguntándome si quería decir algo con ello.

—Deduzco que vas a ser el cordero a sacrificar en el altar de la promoción profesional de Theo —Señaló con la cabeza al señor Bailey, que estaba ocupado quitándole una arruga al chal.

Parpadeé y volví la cabeza hacia otro lado, insegura de cómo responder a semejante comentario. Valentine tenía una manera de decir las cosas que nadie más diría.

—¿Te ha dicho eso tu padre? —le pregunté.

—Escuché parte de vuestra conversación antes. Aunque si es lo que deseas... De lo contrario, no debes someterte ni sentirte obligada, Elena, te dijera lo que te dijera el almirante —Posó los ojos con ligera dureza en su padre—. No puede evitar pensar en todos los que le rodean como si fuesen marineros bajo su mando o peones en un tablero, y si cumples sus deseos en lugar de los tuyos, acabarás como Theo.

—¿Qué quieres decir con *como Theo*?

Dejó el vaso en el alféizar y me miró, sus ojos oscuros se clavaron en los míos de una forma especialmente inquietante.

—Theo ha estado persiguiendo el sueño de otro, tanto si se da cuenta como si no.

—Le encanta navegar.

—Le encanta y es un marinero excelente. Le gusta por méritos propios, a diferencia de mi padre, que desea el ascenso y reconocimiento. Pero Theo está destinado a perder su amor en la búsqueda de lo que mi padre quiere para él.

Pensé en las palabras de Theo sobre lo solitaria que podía ser la vida de un capitán.

La mandíbula de Valentine se movía de un lado a otro mientras observaba a su padre.

—Seguirá apartando a Theo de todo lo que no suponga un avance en su carrera, incluso de tener su propia familia, porque considera que mi madre impidió su propio progreso.

Lo miré y quedé asqueada por la imagen que pintaba. ¿Acaso no era más que cinismo?

Sin embargo, me miró con franqueza.

—Es la verdad, por horrible que parezca. Por eso se ha vuelto tan estricto con la presencia de mujeres a bordo de los barcos de su flota.

El señor Bailey terminó de atender a su madre y se acercó a la ventana. Valentine se excusó enseguida y me dejó pensando qué hacer con todo lo que había dicho.

Capítulo 9

A pesar de querer hacer lo contrario, volví a la cala al día siguiente. Necesitaba tomar aire fresco, conversar, descansar de la señora Bailey y tener algo de amistad. Hacía demasiado tiempo que no la tenía.

Sí, estaba Diana para hacerme compañía, pero había algo diferente en Theo. Diana siempre fue muy segura de sí misma, muy acelerada y se arrepentía muy poco de sus opiniones. Y Theo... tenía una suavidad y una premeditación que me resultaba tan refrescante como el aire salado que me esperaba en mi paseo por la playa. De hecho, me recordaba a su madre... echaba de menos mi relación con ella.

También tenía muchas preguntas que hacerle después de hablar con Valentine, y esperaba que pasar más tiempo con Theo me ayudara a entenderle mejor. ¿Conocía los deseos de su padre para mí y el señor Bailey?

Antes de pisar el sendero sinuoso descendente, me detuve en lo alto de los acantilados y miré hacia la parte de la cala visible desde arriba. Llevaba el pelo trenzado, tal y como le prometí a Hitchen que haría, pero me dejé la toca tras echar un vistazo a los árboles y a cómo el viento movía las hojas. En estos momentos me estaría tirando de ella sin piedad mientras miraba hacia abajo, a la arena y las rocas que se extendían, y no soportaba esa sensación.

Busqué por la playa, pero no vi a Theo. ¿Se lo había pensado mejor? La idea me hizo un nudo en el estómago y quizá había hecho bien en mantenerse alejado. Al menos, la señora Westwood lo aprobaría. Bajé a la playa con la intención de no decepcionarme cuando viera que no estaba allí. Después de todo, había sobrevivido a demasiadas decepciones como para que me duraran toda la vida.

Eché un vistazo a las casas –estaban todas intactas excepto una, seguramente víctima del viento- y utilicé dos conchas marinas del montón para reconstruirla. Me quedé inmóvil cuando se me ocurrió una idea. Ayer dejé a Theo en la playa. ¿Y si entró en la cueva y vio mis extrañas creaciones? Sin duda sabría que eran mías, porque se parecían mucho a las que habíamos hecho de niños, y yo le había confesado que venía aquí a menudo. Aunque así fuera, sin duda lo consideraría una de mis muchas peculiaridades.

Suspiré.

Cogí algunas de las rocas más lisas que había estado acumulando en las últimas semanas y salí de la cueva. Hoy mejoraría mi destreza. La primera dio solo un salto, al menos era una mejora, pero mi meta era que saltara diez veces.

Me concentré en las olas y esperé a que una se encrespara y se estrellara antes de lanzar la segunda roca.

Uno. Dos. Tres. Cuatro.

—Tres. Bien hecho.

Me di la vuelta y vi a un sonriente Theo aplaudir mientras se acercaba a mí. Al igual que yo, no llevaba sombrero, y verle el pelo rubio y despeinado por el viento me hizo un nudo en la garganta.

Me pidió permiso con la mirada y acercó una mano vacilante a las pocas piedras que aún tenía en la palma.

—He contado cuatro —Le permití coger una. Volví a hablar con naturalidad y sentí como si me quitara un peso de encima. Aquí, al menos, podía ser yo misma, como si necesitara más razones para añorar mi tiempo en la cala.

Se inclinó hacia mí con los ojos azules danzando.

—Yo también.

Le sonreí.

—Pero cuatro no son ocho.

—Nueve —dijo—. Pero no, no lo son. Tú misma has dicho que te falta práctica, y yo tengo la clara ventaja de haber lanzado más piedras de la cuenta en los últimos años.

Con un movimiento de muñeca, envió una pequeña roca volando hacia delante. Saltó siete veces.

—Envidio tu experiencia.

Se agachó para recoger otra piedra, pero me miró.

—¿Cómo? ¿Lanzando piedras?

—No. Bueno, sí —Me encogí de hombros—. Todo. Ni siquiera he estado en un barco, por no hablar de navegar por el mar o el océano.

Sus ojos buscaron los míos.

—¿Y te gustaría hacerlo?

—¿Te parece raro?

Parpadeó.

—No, es solo que... —Frunció el ceño y giró la roca en la mano, frotando la arena de la superficie—. Quizá Bailey pueda darte una experiencia así —Lanzó la piedra y esta desapareció entre las olas como lo hizo ayer la mía.

Se me encogió el corazón ante sus palabras, ante la insinuación de que me casaría con el señor Bailey y de que él era la persona más indicada para proporcionarme la experiencia que deseaba.

—Bailey es un buen hombre —dijo—. Un buen partido.

Le miré fijamente y apreté los dientes.

—¿Tú crees?

Me miró y apretó la mandíbula un momento antes de que sus ojos volvieran al mar.

—Sí —Lanzó otra piedra. Esta también desapareció rápidamente. El agua estaba cada vez más agitada.

Me reí con sarcasmo. Tal vez se me había contagiado el cinismo de Valentine, o la culpa provenía del dolor que sentía al oír a Theo hablar tan fácilmente de mi futuro con otro hombre, pero la ira burbujeaba en mi interior.

—¿Una buena elección porque es más probable que su padre te conceda una capitanía si me caso con él?

Juntó las cejas.

—¿Qué? —Me estallaron las fosas nasales cuando le miré—. ¿Qué has dicho? —repitió.

Nunca le había visto así. Me di la vuelta y recogí dos rocas y una gran cantidad de arena.

—Quieres capitanear otro barco, y el almirante Bailey tiene influencia para concedértelo —Aparté la arena de las rocas y los granos cayeron sobre mis faldas.

Theo seguía vuelto hacia mí. La tensión de su cuerpo me hizo sentir inquietud, como si hubiera cruzado una línea.

—Puede ser, pero —Se frotó los labios con una mano, con las cejas más fruncidas que nunca—, ¿qué tiene que ver eso contigo y con su hijo?

Mi confianza dio paso a más y más dudas. Tenía un aspecto tan premonitorio y sus ojos reflejaban aguas tan turbulentas y grises que apenas podía ver el azul en ellos.

—Tu padre dijo que esta unión complacería al almirante Bailey y le haría más propenso a...

ayudarte —Tensó la mandíbula y se dio la vuelta—. ¿Acaso no es cierto? ¿No deseas comandar un barco?

Se remangó hasta los antebrazos.

—Yo... claro que quiero —Frunció el ceño aún más—. Pero, aun así, nunca querría que me lo dieran por *eso*. Si el Almirantazgo me da el mando, debe ser por mis propios méritos, Elena. No puedo creer que pienses...

Se detuvo, con la mandíbula tensa y la mirada perdida. Me tragué el nudo que tenía en la garganta y me sentí desconcertada e insegura de mí misma. La esperanza que tenía de llegar a comprender mejor a Theo hoy se estaba desintegrando a toda velocidad. Se había cerrado, como siempre.

—Te he hecho enfadar —dije. No me gustaba nada la idea.

Sacudió la cabeza.

—No sabía que pensabas que podría ser así.

Lanzó otra piedra, que saltó dos veces antes de que se la tragase el mar.

—No, yo... —Di un paso adelante con la mano extendida hacia él, pero me contuve. Bajé la mano y la apreté contra el costado—. No te tengo en poca estima, ni mucho menos.

Me miró a la cara un momento y luego soltó un suspiro que hizo que sus mejillas se llenaran de aire.

—Perdóname —le dije.

—No hay nada que perdonar, Elena Me sostuvo la mirada hasta que asentí.

Seguimos lanzando rocas en silencio, y su ceño se fue volviendo cada vez más pensativo y menos fruncido a medida que el silencio se alargaba, interrumpido únicamente por el romper de las olas, el sonido de dos gaviotas que volaban en círculos sobre nosotros y el pequeño chapoteo de las rocas en el agua. Lo miraba de vez en cuando, deseando echar un vistazo a su mente.

Dijo que no deseaba mi matrimonio con el señor Bailey por el bien de su propia carrera. ¿Entonces por qué dijo que el señor Bailey era un buen partido? ¿Por qué me empujó hacia él con esas palabras? Parecía que deseaba el matrimonio por *alguna* razón y se me revolvió el estómago.

No sabía qué pensar de su comportamiento hacia mí ni de la forma en que me miraba a veces. Pero tal vez los deseos de mi adolescencia no me habían abandonado del todo y me hacían ver cosas que no existían. Si Valentine tenía razón y Theo estaba tan decidido a progresar en la Marina como su padre, no estaría buscando esposa. Tampoco le estaría diciendo a la mujer que deseaba que el señor Bailey era una buena opción.

Por lo que sabía, Theo podría no desear casarse nunca. El almirante evidentemente había considerado a la señora Donovan como un obstáculo y un inconveniente. ¿Había influido también en Theo para que pensara así?

—¿Y tú? —le pregunté, tratando de mantener la voz ligera y distante—. Ahora que estás en casa, ¿quieres casarte?

—No —La respuesta fue tan inmediata que me dio justo en el pecho hasta sentir que me apretaba—. No estoy seguro de si alguna vez lo haré —dijo en un tono plano sin emoción.

Mi corazón se hundió en la boca del estómago. Tenía razón. Theo nunca me había mirado con algo más que amistad. Mi carta, el tiempo que había pasado dándole vueltas a la idea de que estuviéramos juntos... todo me caía sobre los hombros con un peso insoportable y vergonzoso ante sus palabras.

—Debería volver —dije obligándome a sonreír cuando me miró.

La fuerte brisa jugaba con su pelo, haciéndome desear pasar los dedos por sus mechones

dorados y acaramelados. Aparté la mirada, me acomodé el pelo que se me escapaba detrás de la oreja y me di la vuelta para marcharme.

—Elena, espera.

Me detuve y me volví para mirarle, a la espera. Sus ojos estaban llenos de lo que fuera que le había hecho detenerme.

—¿Estás enfadada?

Negué con la cabeza. No estaba enfadada, sino herida. Me estaba enamorando de Theo Donovan más rápido e incluso más profundamente que cuando tenía catorce años, y volvería a romperme el corazón.

—No. No estoy enfadada.

Parecía como si no estuviera seguro de creerme. Extendió una mano.

—¿Amigos, entonces?

Tragué saliva. ¿Sería capaz de ser amiga de Theo? Empezaba a dudarlo con total sinceridad.

Pero no podía negarme. No con la forma en que me miraba.

Di un paso adelante y cogí la mano que me ofrecía, lo cual hizo que me recorriera un pulso mucho más que amistoso.

—Sí, por supuesto.

Sonrió, pero con un deje irónico, incluso diría que triste.

—Entonces, ¿mañana...?

Asentí con la cabeza, pero no estaba segura de si volvería. Por mucho que deseara pasar cada tarde con Theo aquí en la cala, no era tan ingenua y sabía que eso solo me traería dolor.

Capítulo 10

Agradecí que los hombres se fueran a montar a caballo a la mañana siguiente, pues me evitaba la necesidad de elegir cómo pasar el tiempo y con quién. Las mujeres pasamos el rato en el salón, junto al piano, leyendo las publicaciones del periódico y cosiendo lo que teníamos atrasado.

La cantidad de conversación que requería un día así casi me hizo rogar que me diera dolor de cabeza. Pero sabía que Diana no apreciaba especialmente a la señora Bailey y me dio pena dejarla sola entreteniendo a la mujer.

Para cuando los hombres regresaron de montar y la gente se retiró a descansar y vestirse para la noche, yo estaba agotada y deseando nada más que el aire fresco y la libertad de la cala. Le dije a Theo que iría también. Pero, ¿para qué?

Di varias vueltas por la habitación con el pelo suelto, esperando a que me lo trenzaran para ir a la cala o me lo arreglaran para la noche. Eché un vistazo a la ventana y me quedé petrificada, el corazón me dio un vuelco al ver la figura de Theo sin abrigo ni sombrero alejándose de Blackwick Hall en dirección a la cala.

Me llevé un puño a los labios y lo hice rebotar pensativamente contra la boca mientras consideraba mis opciones. Me parecía cruel -por no decir claramente contrario a los deseos de mi corazón- dejarlo allí esperándome. ¿Acaso ir allí no sería ser cruel conmigo misma? Podría ir y explicarle por qué no podía seguir reuniéndome con él allí, pero sería admitirle por segunda vez lo que sentía por él, y no estaba nada segura de si mi orgullo o mi corazón soportarían otro rechazo más, sobre todo después de la forma en que me había empujado hacia el señor Bailey ayer.

Cerré de un tirón la cortina para ocultar la ventana y me apresuré a tocar el timbre que llamaría a Hitchen para que me ayudara a vestirme para la cena antes de que pudiera cambiar de opinión.

Los ojos de Theo se clavaron en mí cuando todos entramos en el comedor, menos mal que luego no se acercó a mí como había temido. Quizá comprendió el mensaje que le había enviado con mi ausencia en la cala, porque se mantuvo alejado de mí toda la noche y pasó la mayor parte del tiempo con Valentine. La distancia hizo que se me retorciera y doliera el corazón, pero cada vez que me sentía impulsada a buscarlo, me obligaba a recordar los días que había pasado esperando a que respondiera a mi carta y la decepción que sentía cada vez que no había llegado nada para mí.

También noté cierta tensión entre Theo y su padre en el transcurso de la noche, esperaba que no tuviera nada que ver con lo que le había dicho a Theo ayer acerca de que un matrimonio entre el señor Bailey y yo ayudaría a su ascenso. Lo último que quería era causar conflictos en el hogar de los Donovan.

* * *

Al día siguiente desayuné tarde a propósito, sabiendo que Theo era de los que se levantaban y comían temprano. No podía seguir evitándolo indefinidamente, pero merecía un poco de distancia mientras decidía el mejor camino para el futuro. Necesitaba sacarlo de mi corazón y de mi mente, una tarea casi imposible porque no podía evitarlo por completo.

A última hora de la mañana, salimos al césped para disfrutar de una partida de *battledore* y *shuttlecock,* con el almirante y la señora Bailey mirando. El señor Bailey y yo jugamos juntos en el extremo más alejado del césped, mientras Theo, Diana y Emmeline jugaban en el otro

extremo.

Era imposible preocuparse en esta actividad y me divertí más de lo que pensaba. Me gustaba mucho más el ejercicio al aire libre que las actividades propias de ayer en el interior.

—Es usted una jugadora hábil, señorita MacKinnon —dijo el señor Bailey mientras golpeaba la pluma hacia mí.

—Igual que usted —dije cortésmente arrastrando los pies para devolvérsela con la raqueta.

Extendió la mano para golpearla, pero falló por unos centímetros y la pluma cayó al suelo.

—Me temo que hoy no es mi día —Lo recogió y le dio un pequeño golpe.

Salió disparada hacia mi izquierda y extendí el brazo con la raqueta para evitar que cayera.

—Nunca he conocido a una mujer tan hábil en el juego —dijo.

Miré a Diana y a Emmeline, que intentaban alcanzar al mismo tiempo la pluma que Theo había lanzado hacia ellas, y ambas fallaron. Emmeline se echó a reír mientras Diana la cogía y la golpeaba con determinación hacia su hermano. El pecho de Theo subía y bajaba rápidamente con la respiración y me pregunté cuánto tiempo seríamos capaces él y yo de mantener el juego si jugábamos juntos.

Pero no era el caso, yo estaba con el señor Bailey y tenía que aprovechar mi tiempo con él para conocerle mejor. Tal vez así sentiría el deseo de algo más que una simple amistad una vez que le conociera mejor.

—¿No quiere seguir a su padre en la Marina? —Coloqué bien la pluma y la golpeé hacia él.

Me devolvió el golpe sin quitarle ojo mientras respondía.

—No. Siempre me he quedado con mi madre. A ella no le gusta navegar y cree que los barcos son cosa de hombres, ya sabes. Y creo que eso me ha llevado a acostumbrarme demasiado a las comodidades de la vida en tierra.

La pluma iba y venía entre nosotros e intentaba contar los golpes mientras le escuchaba.

Trece. Catorce.

—Soy un hombre al que le gusta la comodidad —continuó—. Solo he estado a bordo de un barco dos o tres veces y no me sentó nada bien.

Quince. Dieciséis.

—¿En qué sentido? —le pregunté.

Se quedó pensativo.

—Es tan impredecible que nunca se sabe si el día será tranquilo o tempestuoso. Me gusta tener tierra firme bajo los pies, igual que a mi estómago.

Diecinueve. Veinte.

Sonreí con amabilidad mientras le devolvía el golpe, pero sus palabras me desanimaron. Nunca había estado a bordo de un barco de verdad, pero sabía que a mi estómago le sentaría muy bien y estaba bastante segura de que no me afectaría igual que a otros. Mi constitución era fuerte, resultado, imaginaba, de una infancia llena de aventuras. Además, en los últimos siete años había tenido más que suficiente tierra firme y días predecibles y ansiaba algo diferente, conocer nuevos lugares y poner a prueba mi valor.

—Digamos que prefiero estar en casa —dijo—. Espero que la veas algún día, estoy seguro de que te encantará.

—Estoy segura de que es preciosa. *Treinta y seis* —dije sin aliento cuando la pluma cayó al suelo.

—¿Habéis terminado? —gritó Diana desde el otro lado—. Emmeline y yo hemos exasperado a Theo con nuestra ineptitud y sospecho que empezará a apuntarme a la cara si no le doy un oponente mejor. ¿Le gustaría jugar con él, señor Bailey?

—Por supuesto —dijo mientras nos acercábamos a los demás—. Aunque, si quiere lo mejor de lo mejor, es la señorita MacKinnon y no yo quien debería jugar con él.

Theo y yo nos miramos el uno al otro y de repente me sentí muy poco preparada para enfrentarme a él. ¿Me preguntaría por qué me ausenté ayer en la cala? ¿Qué le respondería? ¿Qué le podía decir?

Theo apartó los ojos de mí.

—No sea modesto, Bailey. Vamos, démosle una oportunidad. Seguro que ambos podemos hacerlo mejor que Di, la señorita Aldridge y yo.

Aunque debería haber sentido alivio, sus palabras me escocieron. ¿Estaba enfadado conmigo? ¿O había visto la consternación en mis ojos?

—Sí, y las tres nos iremos a tomarnos unos refrescos antes de que se acaben.

Diana dejó su raqueta de *battledore* y enlazó un brazo con el mío y otro con el de Emmeline.

Me dejé arrastrar en dirección a la señora Bailey y el almirante. Juraría que este último me miró con más severidad de lo habitual, ¿pero por qué? Había estado haciendo justo lo que él quería, ¿no? Jugar con el señor Bailey. Aunque es posible que me estuviera imaginando el enfado una vez más.

Las tres continuamos hacia una pequeña mesa con pan y embutidos que había detrás de las sillas. Me fijé inevitablemente en los dos hombres que jugaban con la pluma mientras cogía un panecillo y lo ponía junto a la carne y el queso en mi plato.

—Theo está fuera de sí hoy —Diana se acercó a mí y miró a los hombres con la cabeza ladeada.

Aparté la mirada de él y la posé en el plato.

—¿De veras lo está?

Asintió.

—No veas, está mucho menos paciente que de costumbre, ¿no, Emmeline? Creo que es porque no está mi madre.

Fruncí el ceño y miré a Diana.

—¿Tu madre?

Asintió.

—Creo que es más difícil de lo que había previsto estar aquí sin ella. Le he visto entrar en su alcoba más de una vez. Siempre fue el favorito, ya lo sabes.

—Di —dije con tono burlón.

—Sabes que es verdad —No había resentimiento en su mirada, solo la pura franqueza de la que tan a menudo hacía gala. Volvió a mirar a Theo—. Creo que no puede perdonarse a sí mismo por haberse ido cuando ella murió.

Le volví a mirar, observándole sin ver realmente los rápidos movimientos mientras jugaba. Mi mente estaba concentrada en las conversaciones que había mantenido con la señora Donovan sobre sus hijos, en las cartas que había escrito en su nombre para Theo y en el registro que le había ayudado a llevar. En el tumulto del regreso de Theo me había olvidado por completo del diario. Pero si le remordía la conciencia por su ausencia durante su enfermedad y muerte, si lamentaba haberse perdido los últimos días de su madre, yo estaba dispuesta a curar un poco esa herida.

Sin duda, podía hacer al menos eso por el hombre.

Capítulo 11

Más tarde me quedé observando desde la ventana, a la espera de ver a Theo de camino a la cala, pero no apareció.

Estuvo más callado que de costumbre durante la cena, más distraído y sombrío cuando se le dirigía la palabra, y cuando nos retiramos al salón volvió a hacer compañía a Valentine.

A la mañana siguiente desayuné temprano en mi habitación, con la esperanza de poder recuperar el diario para Theo mientras los demás cenaban. Una vez vestida y peinada, me fui por el tranquilo pasillo hacia el dormitorio de la señora Donovan. Pasó mucho tiempo aquí durante su enfermedad, e incluso el tacto del picaporte grabado me trajo un torrente de recuerdos que se me atascó en la garganta.

Lo abrí y empujé la puerta lo suficiente para ver el interior, pero me detuve al ver a Theo sentado en la cama. Me apresuré a cerrar la puerta y puse una mueca de dolor al oír cómo chirriaba.

—¿Elena?

Cerré los ojos con el aire suspendido en los pulmones. Teniendo en cuenta lo que Diana me contó ayer, debería haber supuesto que posiblemente era *aquí* donde Theo venía cada mañana después del desayuno. Supuse que estaría ocupado con la correspondencia o que iría a dar una vuelta... o que daría un paseo hasta la cala.

Respiré hondo, volví a abrir la puerta y lo miré.

Ahora estaba de pie junto a la cama, con la mirada fija en la puerta donde yo estaba.

—No quería molestarte —le dije. Miré hacia el pasillo al darme cuenta de que había hablado con mi acento habitual, pero allí no había nadie.

—No te preocupes —dijo caminando hacia mí lentamente—. ¿Me necesitabas?

¿Que si le necesitaba? Vaya pregunta.

—No, es decir... Vine a buscar algo para ti.

Levantó las cejas.

—¿Para mí? ¿Aquí? —Sus ojos parecían estar más rojos que de costumbre, haciendo que el azul resaltara aún más. ¿Había estado llorando?

Me debatí entre el impulso de dejarlo solo y el deseo de consolarlo.

—Sí —dije, conformándome con la verdad—. Aunque puedo volver más tarde.

Sacudió la cabeza y me hizo un gesto para que entrara.

—Adelante.

Asentí y me di la vuelta, dudando si cerrar o no la puerta. Decidí dejarla entreabierta, como me habría dicho la señora Westwood.

Ni por todos los rubíes del mundo una mujer refinada pondría su reputación en compromiso.

Evidentemente, yo no era una mujer refinada. Tampoco sabía qué hacer con todos los rubíes del mundo, aunque los tuviera.

Theo me miraba con curiosidad, y no era para menos.

Me acerqué a la mesilla de noche, me agaché y abrí el último cajón. Dentro había un libro grande de cuero. Lo saqué y lo coloqué sobre la mesa mientras Theo se acercaba lentamente y me observaba.

—Tendría que habértelo dicho antes —Me pasé las manos por el vestido. Esta habitación seguía saturada de emociones, incluso dos años después de la muerte de la señora Donovan.

—¿Qué pasa? —Se acercó a mi lado y cogió el libro de cuero, dejándolo reposar abierto sobre el brazo.

Se me levantó la comisura de los labios.

—El diario de a bordo.

Levantó la vista y clavó sus ojos brillantes en mí.

—Al menos así era como solíamos llamarlo. Tengo entendido que tu madre a veces ayudaba a tu padre a bordo del *Dominance*. Ya sabes que tenía la costumbre de llevar el diario cuando volvía a casa. Cuando se puso demasiado enferma para continuar, conseguí convencerla de que los que no pudisteis pasar sus últimos días con ella encontraríais algo valioso. Es un registro de sus días y de las cosas que ella consideraba importantes —Me agarré la tela del vestido, un gesto nervioso que no pude resistir al pensar en la reacción de su padre cuando le enseñara el libro. Cuando el almirante regresó del entierro de su esposa, le informé de su existencia. Hojeó las páginas, me dio las gracias y luego dejó el libro en esta habitación.

La barbilla de Theo tembló ligeramente cuando bajó los ojos hacia el papel. Su cabeza se movía ligeramente mientras sus ojos recorrían la página.

Dudé y me pregunté si debía irme.

Levantó la cabeza y me miró con el ceño fruncido.

—¿Escribiste esto para ella?

Asentí, sin saber qué pensar de su reacción.

—Creo que dictármelo la ayudó a pasar el tiempo. Los días se le hacían muy largos. Apenas podía hacer nada cuando estaba postrada en la cama.

Sus ojos seguían clavados en mí, haciéndome sentir calor de repente.

Finalmente, volvieron a posarse en el libro.

—Entonces, fuiste tú.

Esperé, sin saber a qué se refería. No conocía la existencia del diario de a bordo hasta ahora, así que no podía referirse a él.

Levantó la vista.

—Fuiste tú la que escribiste las cartas. Reconozco la letra —Levantó ligeramente el libro, que estaba abierto por dos páginas escritas de mi puño y letra.

—Sí —dije. Sin duda le resultaba extraño que hubiera sido yo y no su propia hermana quien hubiese hecho algo así. ¿Le molestaba? Mis manos jugueteaban delante de mí—. Diana lo habría hecho encantada, pero...

Sacudió la cabeza.

—Sabía que no había sido Diana, pero pensé que tal vez lo hiciera una acompañante que mi padre había contratado. Mi hermana apenas aguanta cinco minutos sentada, y menos aún escribiendo el tipo de cartas que mi madre me enviaba. Creo que Diana me escribió dos cartas en los últimos cinco o seis años.

Me reí y me sentí aliviada de que no le molestara.

—Odiaba escribir cartas.

Hizo una mueca.

—Más de una vez me preocupó que se dedicara a fastidiar a mi madre en lugar de ayudarla.

Torcí la boca.

—Es cierto que no se le da muy bien hacer de enfermera.

Se rio entre dientes.

—Ya sabes que, al principio, cuando estuve enfermo una vez en el *Dominance* -antes de que me acostumbrara a las tormentas y cosas así- fue idea suya ponerme en uno de los catres de

los guardiamarinas y mecerme de un lado a otro, como si el movimiento del barco no fuera ya suficiente.

Me tapé la sonrisa con una mano. Parecía muy propio de Diana intentar mejorar algo para al final empeorarlo.

A Theo le encantó mi intento de disimulo y sus ojos recuperaron parte de su vivo brillo al mirarme. Tomó aire y volvió a posar su mirada en el libro.

—Es un tesoro, Elena. Igual que las cartas que transcribiste —Me miró mientras pasaba la página—. Las conservo todas y las releo a menudo porque me reconfortan mucho. Recibí tan pocas cartas a lo largo de los años que eran un punto luminoso en lo que solía ser una época muy oscura.

Tragué saliva y pensé en una carta en concreto y en que no se había molestado en responderla, a pesar de todas las cartas que le había enviado a su madre, cartas que yo le había leído en esta misma habitación. Me resultaba muy difícil no admirarle por su valentía y por su amor a su madre y sentir mi propia humillación con mayor intensidad.

—Se alegraría de saberlo —dije en voz baja—. Sé que tus cartas hicieron lo mismo por ella. Una de las últimas cosas que me pidió fue que le releyera la más reciente. Mi voz se entrecortó al recordar las tiernas horas antes de que exhalara su último aliento, y Theo me miró con una expresión llena de empatía.

—Te quiso mucho desde el principio —dijo.

Intenté tragarme el nudo que tenía en la garganta. Diana y yo solíamos hablar a menudo de la señora Donovan desde su muerte. Descubrí que evitaba hablar de su dolor. Sonreí con desgana.

—No le dejé elección. Quería que lo hiciera, porque la admiraba y la quería mucho. Apenas la conocí.

Buscó mi mano, la tomó entre las suyas y la apretó.

—Te estoy muy agradecido por haber estado con ella hasta el final. Por estar aquí cuando yo no estaba —Volvió a fruncir el ceño. Sacudió la cabeza y su nariz se acampanó y se enrojeció —. Nunca debió haber estado a bordo del *Dominance*. No era lugar para una mujer.

Me soltó la mano y mi corazón se desplomó con ella.

—El otro día me preguntaste si tenía la intención de casarme, y te dije que posiblemente nunca lo haga. El motivo es mi madre —Negó con la cabeza mientras miraba el diario de a bordo —. No cometeré el mismo error que mi padre sometiendo a una esposa a la dureza del mar. Ninguna mujer debería soportar una vida así. Nunca podría pedírselo.

Apreté la mano que me había dejado de sostener y la escondí tras la espalda.

—Tal vez aún no has conocido a la mujer que te hará ver las cosas de otra manera.

Su mirada voló a la mía y sentí que mis emociones se deshilachaban. Intenté sonreír, sabiendo que fracasaría estrepitosamente, y me di la vuelta para marcharme.

—Elena, espera.

Me detuve, pero me quedé quieta, porque mis ojos ya se habían llenado hasta el borde y me negaba a que Theo me viera desquiciada.

—Lamento si mi padre te hizo sentir algún tipo de obligación con... con Bailey.

Parpadeé apresuradamente y se me escapó una lágrima. No podía apartarla sin traicionarme a mí misma, así que dejé que me resbalara por la mejilla.

—He hablado con él sobre el tema y le he dejado las cosas muy claras —continuó Theo.

Se me revolvió el estómago. Así que esa *era* la causa de la tensión entre él y su padre, y no fui capaz de verlo en la gravedad de la expresión que tenía ayer el almirante.

—Bailey *es* un buen partido —dijo más suavemente—, pero no por nada que tenga que ver conmigo.

Se me hizo un nudo en la garganta y de pronto me pregunté si Theo me había hecho un favor al no responder a mi carta de hacía tantos años. El dolor de un rechazo directo como este era intenso.

Asentí con la cabeza y salí de la habitación.

Capítulo 12

Me apresuré a bajar por el pasillo. Así, si a Theo se le ocurría ir tras de mí, yo ya me habría ido. Subí por la escalera de servicio con la esperanza de no encontrarme a nadie. La forma en que mis lágrimas dejaban un reguero de frío por mi cara me decía que tenía las mejillas rojas y calientes al tacto. Me temblaba la barbilla intentando contener la emoción que insistía en hacerse evidente en mi rostro.

Al llegar arriba, miré por el pasillo para asegurarme de que no me verían de camino a mi alcoba. Afortunadamente estaba vacío y me refugié tras la puerta cerrada de mi habitación, igualmente vacía, donde me apresuré a sentarme en la cama.

Me limpié las lágrimas de las mejillas, no quería llorar más. No dejaría que Theo me destruyera otra vez.

Quizá tuviera razón. El señor Bailey era un buen partido. Aún no había encontrado ninguna pega: era amable e inteligente, un caballero que se preocupaba por que estuviera cómoda. Y aunque su madre no era una mujer a la que pudiera tener en estima como a la señora Donovan, el señor Bailey al menos no parecía albergar los mismos prejuicios que ella contra mi gente.

Se merecía que le diera una oportunidad de verdad, sin reservas ocultas basadas en alguna tonta esperanza de que surgiera algo entre Theo y yo. Ya era hora de que dejara el pasado al que pertenecía y mirara hacia el futuro, porque no podía quedarme en Blackwick Hall para siempre, ni tampoco lo deseaba. El matrimonio me proporcionaría una libertad que no conocía desde que llegué a Inglaterra, y el señor Bailey no era el tipo de hombre que fuera demasiado estricto en sus expectativas sobre mí.

No lo haría por la carrera naval de Theo, sino porque era lo más racional y no quería seguir prendada de Theo Donovan.

Iba a cambiarlo todo.

Respiré hondo y solté el aire lentamente, junto con cualquier idea de que Theo y yo fuéramos algo más que amigos.

Dejarme llevar me pareció extrañamente liberador. Podía volver a respirar ahora que me había quitado de encima el peso de una esperanza tan improbable.

* * *

Aquella noche cumplí mi palabra. Me concentré por completo en el señor Bailey siempre que estábamos juntos, sin permitirme ni siquiera una mirada en dirección a Theo. No le guardaba rencor, sino simple bondad con indiferencia.

El señor Bailey estuvo atento, como siempre, y aparte del tiempo en que los hombres se entretenían con su oporto y las mujeres íbamos al salón, apenas se separó de mí en toda la velada, dejando muy pocas dudas sobre sus intenciones.

Cuando fue a traerme el té, Diana se apresuró a acercarse a mí, me dio un codazo con el brazo y se inclinó para susurrarme al oído.

—Habéis hablado ya de matrimonio, ¿no?

Se me sonrojaron las mejillas.

—Por supuesto que no. No ha habido ninguna conversación... ni ninguna mención sobre... —Me interrumpí torpemente cuando la imagen del señor Bailey haciendo tal oferta se presentó en mi mente. ¿Esperaría un beso después? Mi mirada le siguió mientras le hacía un comentario al almirante y se servía té de la tetera. Era extraño pensar en besarle, tal vez porque nunca había pensado en hacerlo con nadie más que....

—Bueno —dijo Diana—, teniendo en cuenta lo inseparables que habéis estado los dos toda la tarde, como si el resto de nosotros ni siquiera *existiera*, confieso que estoy sorprendida. Pero me alegro por los dos, ya lo sabes, no puedo enfadarme si me lo ocultas.

El señor Bailey volvió con mi vaso, Diana le sonrió ampliamente antes de marcharse y le lanzó una mirada pícara.

Lo único que empañaba una velada por lo demás agradable era el obstáculo que tenía ante mí: cómo poner fin a mi farsa. Me resultaba extremadamente incómodo y lamenté sinceramente mi estúpida decisión de hacerme pasar por lo que no era.

Pero esa decisión ya estaba tomada y ahora tenía que hacer frente a las consecuencias. ¿Funcionaría si iba cambiando gradualmente el acento cada día para hacerlo más pronunciado sin que se dieran cuenta? ¿Le podría confesar toda la verdad al señor Bailey y esperar que no se enfadara y confiar en que arreglaría las cosas con su madre? ¿Seguiría hablando mi inglés westwoodiano a la espera de que mi acento escocés se rindiera a él con el tiempo y sacara la verdad a la luz?

Me quedé dormida hasta bien entrada la noche ante semejante enigma, y no estaba más cerca de resolver el problema cuando me desperté, sintiéndome de todo menos descansada. Reacia a bajar a desayunar sin haber tomado una decisión, pedí a Hitchen que me lo trajera a la cama.

No tenía mucho apetito, así que di unos bocados a la tostada y sorbí esporádicamente el té mientras pensaba en mi dilema. La cuestión era cuánto del pasado, de *mi* pasado, estaba dispuesta a dejar atrás en interés del futuro. Llevaba siete años en Inglaterra. ¿En qué momento aceptaría que cada vez era más inglesa y menos escocesa?

Había tomado la decisión de abandonar mi historia con Theo y me sentía liberada. ¿Quién me iba a decir que no iba a sentir lo mismo con todas las demás cosas a las que me había estado aferrando?

De repente, me sentí abrumada por el cansancio y la indecisión, dejé la bandeja a un lado y volví a desplomarme sobre la almohada con los ojos cerrados, y en poco tiempo caí en otro sueño intranquilo.

Soñé que estaba en la cala, construyendo una casa de hadas junto a las demás, con cuidado de que las conchas y los palos estuvieran todos en su sitio. Oí que me llamaban por mi nombre y me volví para ver al señor Bailey y a su madre caminando hacia mí por la playa. Me apresuré hacia ellos para evitar que vieran las casas, pues estaba segura de que todo acabaría si llegaban a descubrirlas.

El señor Bailey me cogió de las manos y, sin ningún preámbulo, me ofreció matrimonio allí mismo. Dudé un momento mientras él me miraba expectante, y finalmente dije:

—Sí.

Me estrechó entre sus brazos y me besó sin piedad mientras yo luchaba por liberarme. Cuando conseguí deshacerme de él, salí corriendo hacia la cueva, donde la señora Bailey estaba de pie con un cubo echando agua sobre las casas, que se desvanecieron sin dejar rastro.

Me desperté con las sábanas hechas un lío, supongo que por los aspavientos que había dado. Temblorosa, respiré hondo y esperé a que mi cuerpo se diera cuenta de que no había sido más que un sueño. Tales imaginaciones tontas eran el resultado de enfrentarme repentinamente a un nuevo futuro al que aún no me había acostumbrado, pero el sueño me dejó estremecida.

Llamé a Hitchen para que me ayudara a vestirme. Me puse uno de mis vestidos más viejos, uno gastado de color canela y con medias mangas. Tenía que ir a la cala para ver las casas y asegurarme de que seguían intactas. Sabía que, aunque no lo estuvieran, la señora Bailey no

habría tenido nada que ver, pero a pesar de ello me parecía de suma importancia.

El aire del mar también me despejaría la cabeza, lo necesitaba si de verdad quería plantearme el matrimonio.

Capítulo 13

Dejé tras de mí las botas en la arena, más allá de la línea de la marea, donde estarían resguardadas de las olas. Me metí en el agua y respiré hondo mientras el frío oleaje me cubrías los pies y los tobillos y me mojaba el bajo del vestido. No lo iba a llevar en la cena y fue un alivio llevar algo que me permitiera moverme a mi antojo.

Temía que Theo viniera, pero al salir les oí hablar a su padre y a él en voz alta en el estudio. Parecía que solía producirse con más frecuencia estos días.

Inspiré profundamente y escudriñé el horizonte. ¿Estaba dispuesta a renunciar a todo esto? La señora Bailey no lo aprobaría, sería la nueva señora Westwood si me casaba con su hijo. No había nada que me bajara tanto la moral en estos momentos.

Pero ahora mismo no estaba aquí y este era mi sitio. Al menos así es como lo veía. Un sitio donde podía pensar y determinar mi futuro en los pocos días que quedaban de la visita de los Bailey a Blackwick. Si el señor Bailey pretendía hacer una oferta de matrimonio, podría producirse pronto.

El agua reflejaba el gris del cielo y me maravillaba lo diferente que podía ser su aspecto de un día para otro. Tal vez fuera eso lo que me atraía de ella, una fuente variable en una vida que me había llegado a parecer dolorosamente predecible y monótona.

Una ola rompió frente a mí y me empapó el vestido casi hasta las rodillas. Recogí las faldas mientras me apresuraba a retroceder y salí del agua con la pesada tela adherida a las piernas.

Caminé hacia donde estaban las botas y tomé asiento junto a ellas con un pequeño escalofrío al sentir la fría arena bajo los pies. Me resultaba emocionante después de tantos días encerrada entre cuatro paredes. A veces pensaba que la comodidad continua me había hecho perder la sensibilidad. Me crie en una casa señorial escocesa con muchas comodidades, pero siempre las contrarrestaba la libertad que me daban para correr a mis anchas con nuestros inquilinos, los cuales vivían con muchas más privaciones que yo. Vadeé arroyos helados, ordeñé vacas, ayudé a cosechar cebada y nabos... cosas que habrían hecho que la señora Bailey se quedara boquiabierta.

La arena crujió detrás de mí y me di la vuelta para ver a Theo acercándose. Tenía una expresión sombría, aunque se esforzaba por sonreír.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo sentándose a mi lado.

Sentí los nervios que siempre me provocaba y los aparté para hacerle sitio, como si toda la playa que nos rodeaba estuviera abarrotada.

Se sentó con las piernas dobladas y las rodeó con los brazos mientras yo hundía los dedos de los pies en la arena, muy consciente de mi relativo estado de desnudez. No estaba segura de por qué había venido Theo ni de cómo había sabido que estaría aquí, pero no quise hacer preguntas. Simplemente seguí mirando hacia delante, observando el rítmico e implacable rodar de las olas hacia la orilla, mientras el agua gris rompía en espuma blanca una y otra vez.

Permanecimos sentados en silencio durante unos minutos y pensé si se marcharía sin decir nada más.

—¿Alguna vez has deseado volver? —me preguntó.

Le observé y me pregunté si hablaba de Escocia, pero miraba hacia delante y sus ojos adquirieron un tono grisáceo al reflejar el agua y el cielo.

—A la infancia —Giró la cabeza para encontrarse con mi mirada. Era como si supiera en qué estaba pensando antes de que llegara.

—Siempre.

Entrecerró los ojos.

—¿En serio?

Solté una carcajada al ver que sospechaba de mi respuesta.

—Sí, de verdad —Yo sabía por qué deseaba volver a la infancia, ¿pero Theo? Él tenía dinero, una posición y libertad—. ¿Tú también lo deseas?

Aspiró hondo y se encogió de hombros.

—En aquel entonces todo era más sencillo. Todo lo que mi corazón anhelaba estaba a mi alcance y mis decisiones no afectaban a casi nadie más que a mí mismo. Podía jugar aquí contigo, con Di y con Valentine y sumergirme en mi imaginación durante horas.

Miré hacia la roca en la que habíamos jugado tantas veces.

—Pero ahora estás *viviendo* lo que entonces tan solo podíamos soñar. ¿Acaso no es eso mejor que fingir?

Frunció el ceño.

—A veces. A veces es la mejor sensación del mundo: estar al timón con nada más que agua ante ti y un barco lleno de hombres que confían en que los lleves a un lugar seguro —Dejó de sonreír—. Y a veces ni siquiera estoy seguro de que me siga *gustando* navegar.

—Eso no puede ser cierto —dije.

—Lo es. Estos últimos días me he planteado dejar la Marina.

Le miré y pensé en lo que dijo Valentine sobre que había perdido su amor por la navegación.

—Pero a ti te encanta el mar.

—Sí, me encanta, pero no me gusta la muerte ni la batalla que conlleva. Ni la sensación de que nunca seré suficiente.

—¿Suficiente para quién? —Hice una pausa—. ¿Para tu padre?

Se hizo el silencio por un momento, un silencio que lo confirmaba todo. Era precisamente lo que había estado sintiendo yo todos estos años: que lo que yo era, de dónde venía y las cosas que quería no eran suficientes. Incluso mi padre, que me quiso muchísimo, me hizo sentir así, pues me envió a casa de la señora Westwood con la esperanza de hacerme apta para un marido.

Theo cambió de posición, estiró las piernas hacia delante y apoyó el peso en las palmas de las manos. Dejó caer la cabeza hacia atrás para mirar al cielo.

Le observé durante un momento, las pestañas que descansaban sobre su rostro en forma de media luna, la línea de su mandíbula y la curvatura de su cuello. Sintiera o no lo que sintiera por mí, era imposible no admirarle. Conseguía el delicado equilibrio entre líder y amigo, el equilibrio del que su padre parecía incapaz.

—Tú lo *vales*, Theo.

Me miró, sus ojos me buscaban mientras la brisa le despeinaba el cabello.

Así es como me miró a su regreso, acelerándome el corazón y haciéndome pensar que deseaba más de lo que en realidad quería. No podía permitirme seguir prestándole atención a eso.

—¿Sabes que tu madre se preocupaba por ti?

—¿Qué quieres decir?

Dibujé con el dedo un remolino en la arena.

—Pensaba que eras demasiado duro contigo mismo y que tu padre esperaba demasiado de ti.

Theo suspiró y se quedó callado y pensativo.

—Solo quería que fueras feliz, Theo, significara lo que significara. Me dio la sensación de

que estaba preocupada, quería que todos sus hijos fueran felices. Si la Marina no te da la felicidad, ¿no podrías encontrar otra cosa que hacer en el mar?

Soltó una ligera risita.

—¿Como qué? ¿Unirme a la marina mercante?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no?

Me miró y se quedó pensativo, como si nunca se hubiera planteado otra cosa que no fuera ascender en el escalafón.

Le sostuve la mirada.

—Si te gusta, no veo razón para que no lo hagas.

Sacudió la cabeza.

—Mi padre se pondría furioso. Ya sabes lo que piensa al respecto.

Recordé la conversación entre el almirante y la señora Bailey.

—Sí, lo sé.

—Un caballero no debería estar en un barco mercante al servicio de solo Dios sabe quién.

Asentí.

—Supongo que tendrás que decidir hasta qué punto dejas que los sentimientos de tu padre guíen tu vida. Tiene buenas intenciones, ninguno de nosotros lo pone en duda. Pero, ¿vives sus sueños o los tuyos, Theo? ¿Tienes algún deseo de convertirte en almirante? ¿O en Señor de la Flota? —Me sentí nerviosa de repente. ¿Me estaría excediendo? Tal vez le molestara la sinceridad con la que hablaba.

Pero no parecía enfadado, sino simplemente pensativo, así que continué:

—Yo también he vivido mi vida tratando de complacer a los demás, y ya estoy harta. Cuando vivimos nuestra vida intentando no decepcionar a los demás, acabamos decepcionándonos más a nosotros mismos —Sentí que se me hacía un nudo en la garganta. ¿Por qué tenía que decírselo a Theo para darme cuenta yo misma de la verdad?—. Estás destinado a la grandeza, Theo. Lo sé desde la primera vez que te vi, pero depende de ti decidir cómo será.

La comisura de sus labios se torció en una media sonrisa.

—¿Dónde estabas cuando necesitaba que me lo dijeran hace unos años?

—Ocupada haciendo lo mismo que tú, intentando complacer a los demás —A él más que a nadie.

Hizo una mueca comprensiva y su mirada pasó por delante de mí.

—¿Te acuerdas de cuando jugábamos en aquella cueva de allí? —La señaló, y aunque no me hacía falta girarme para ver a qué se refería, lo hice—. Nos dijiste que podríamos mantener alejados a los espectros de agua y a los *kelpies* si construíamos un lugar para que vivieran los *brownies*.

Reí suavemente y asentí.

—Sí, lo recuerdo.

—Se te olvidó mencionar que los *kelpies* viven en los lagos, no en el mar.

—*Och*. Ahora te has vuelto experto en folclore escocés, ¿no?

Enarcó una ceja y sus ojos me miraron juguetonamente.

—Te sorprendería saber todo lo que he aprendido de mis marineros escoceses.

—*Supongo* que sí —Pensé en las casas de la cueva, las que había soñado que les enseñaba a los Bailey, y en cómo la señora Bailey las destruía—. Ven —Me levanté de la arena.

Me miró con expectación y me siguió. Por el camino nos íbamos quitando la arena de la ropa.

Caminamos juntos hacia la cueva mientras sus botas y mis pies descalzos dejaban un extraño par de huellas tras nosotros. Llegamos a la entrada y me abrí paso entre algunas de las grandes rocas que protegían la cueva de los elementos.

—Ten cuidado de no asustar a los *brownies* —le dije, tratando de disipar mis nervios mientras se unía a mí ante las casitas hechas de arena, palos, rocas y conchas.

Se quedó boquiabierto al verlas y me miró.

—¿Las has hecho tú?

Asentí con la cabeza. Sus labios dibujaron una sonrisa y se acercó a una de ellas, se agachó y tocó con suavidad las conchas que había utilizado para hacer el tejado.

—-Es increíble, Elena. Y muy superior a las que hacíamos nosotros —Me miró con un poco de asombro en los ojos.

Me encogí de hombros, intentando que no me importara el inmenso placer que me producía su reacción. Me sentía… ligera. Nadie había visto estas casas hasta ahora, y la reacción tan positiva de Theo aumentó mi confianza. Me hizo preguntarme por qué me había tomado tantas molestias en ocultar partes de mí misma.

—He tenido mucha más práctica desde que te fuiste.

Se puso de pie a mi lado y me rozó con el brazo.

—Es como volver a nuestra infancia.

Nuestra infancia. Era extraño saber que él lo veía así. Observó las casas.

—¿Has visto algún *brownie*? ¿Les debería dar las gracias por haber cuidado de mí en el mar?

—Todavía no he visto ninguno —le dije.

—Qué pena —dijo—. Te mereces alguna *recompensa* por este trabajo —Volvió a mirar hacia las casas y luego hacia el mar—. ¿No las destruyen las olas?

—De vez en cuando —respondí—. Desaparecerán en cuestión de días, cuando suba la marea.

—¿Y luego qué?

Me encogí de hombros.

—De vuelta a empezar en cuanto vuelva a bajar la marea —Pensé en todas las veces que había tenido que empezar de nuevo.

—¿Puedo ayudarte la próxima vez? —preguntó—. No tengo experiencia, pero me gustaría ver cómo lo haces.

Dudé un momento. Hacer algo como lo que Theo sugería difícilmente sería apropiado si me comprometía con el señor Bailey. Incluso lo que estaba sucediendo ahora, juntos y solos, no era apropiado según lo que decía la señora Westwood.

—¿O es algo que prefieres hacer a solas? —preguntó rápidamente.

Fruncí el ceño.

—No lo sé. Nunca las he construido con nadie más. Nadie las conoce. Excepto tú —Le miré —. Al principio, eran una parte de mi hogar, una parte de mi infancia, como dijiste. Y más tarde me ayudaron a tranquilizarme el corazón y ordenar mis pensamientos después de pasar tiempo viendo a tu madre en la enfermería. Fue muy duro verla sufrir.

Hizo una mueca.

—Me lo puedo imaginar, y nunca podré recompensarte por ello, Elena. He estado leyendo el diario que guardaste y tiene un valor incalculable, algo que siempre tendré como un tesoro.

—Me alegro —dije con sinceridad—. Guárdalo, tu madre fue una mujer extraordinaria y merece que se la recuerde.

Theo asintió algo distraído, con los ojos fijos en mí, como si sus pensamientos estuvieran parcialmente en su madre.

—Cuando te vi por primera vez a mi regreso, pensé que habías cambiado casi hasta el punto de no reconocerte, pero me equivoqué. Eres la misma Elena de siempre. No sabes cuánto me alegro.

Tragué saliva con el corazón latiéndome con fuerza. La Elena que siempre había conocido era la que metió aquella humillante carta en el baúl. ¿Cómo podía decir que se alegraba de no haberme visto cambiada cuando me había dejado esperando una respuesta que nunca me envió?

Un pequeño cangrejo salió de detrás de una de las rocas del interior de la cueva y se acercó a las casas. Theo se agachó para observarlo más de cerca y me sonrió.

Yo ni siquiera pude esbozar nada. Tampoco fui capaz de contener la pregunta que me había estado rondando la cabeza todos estos años. Tenía que hacérsela.

—¿Por qué nunca respondiste?

Theo se volvió hacia mí con el ceño fruncido y una sonrisa vacilante.

—¿Responder?

—A mi carta —Respiré hondo y me preparé para su respuesta.

Se puso en pie.

—¿Qué carta?

Me invadió una oleada de frustración ante el tono interrogativo.

—La que metí en tu baúl la última vez que estuviste en casa.

Contrajo aún más las cejas y me miró como si intentara comprender si se trataba de una broma.

—No sé a qué te refieres, Elena. No encontré ninguna carta.

—La puse yo misma, Theo. Encima de todo lo que había.

Sacudió la cabeza lentamente.

—Abrí el baúl miles de veces, Elena. Sé todo lo que había dentro y jamás encontré ninguna carta.

Le miré fijamente sin saber si creerle. ¿Intentaba fingir que lo ignoraba para evitar que me enfadara por cómo me había tratado? Pero su expresión de desconcierto era demasiado auténtica.

Se puso una mano sobre el corazón.

—Te lo juro, Elena.

El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras lo miraba fijamente. No lo entendía, todos aquellos días que pasé decepcionada sin que me dijera nada, hasta que me vi obligada a afrontar que nunca llegaría nada. Aquella humillación había sido a la vez rastrera y aplastante. Persistió durante mucho tiempo, hasta ahora.

Se encogió de hombros con el ceño profundamente fruncido.

—Quizá la robara uno de los tenientes como broma —Sacudió la cabeza—. No, la habría visto antes, porque mi padre y yo nos quedamos en Dover la primera noche, y revisé todo... —Su mirada voló hacia la mía.

Me quedé sin poder moverme, estaba casi segura de que estábamos pensando lo mismo.

—Mi padre —dijo. Sus ojos se posaron fijamente en mi rostro, aunque sus pensamientos estaban claramente en otra parte.

—Metió algunas cosas de su estudio en mi baúl justo antes de irnos a Dover.

Me llevé las manos al estómago y apreté la tela con fuerza. Pensar que Theo había leído mis infatuadas divagaciones ya era suficiente tortura, pero la preocupación que sentía por ello se eclipsó de inmediato al darme cuenta de que en realidad era el almirante el que podría haberlas

leído. Cerré los ojos con fuerza, me podría haber muerto de vergüenza allí mismo.

—¿Qué decía? —preguntó.

Con los ojos aún cerrados, sacudí la cabeza de un lado a otro. Lo último que quería era recordar las palabras exactas y lo que el almirante habría pensado de ellas... y de mí.

Las manos de Theo tomaron las mías.

—¿Qué pasa, Elena?

Sacudí la cabeza una y otra vez.

—Seguro que no era tan malo —dijo.

Abrí los ojos y le miré fijamente.

—No estoy tan segura, Theo. Lo *era*.

Me miró con incredulidad sin comprender nada y me sujetó las manos con más fuerza. Necesitaba que comprendiera mi angustia y mi consternación, así que lo solté:

—Fue una declaración... —me costó describirlo—, *teatral* de mi amor por ti con varias páginas de extensión.

Aflojó el agarre y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Era... eso?

Asentí y, para mi disgusto, la emoción empezó a bullir en mi interior. ¿Era la humillación de saber que el almirante había leído mi mayor arrepentimiento? ¿Que era la primera vez que admitía la carta en voz alta? ¿El recuerdo de todo el dolor y la pena que me había causado? Sin embargo, ahora que la confesión había salido a la luz, fui incapaz de detener el resto.

—Te rogué que respondieras, aunque fuera para decirme que no había ninguna esperanza. Te lo *supliqué*, Theo, como si mi vida dependiera de ello —No sabía si intentaba convencerle de lo terrible que era que su padre leyera la carta o hacerle comprender por lo que había pasado. Tal vez las dos cosas.

Una chispa de esperanza se encendió en mis ojos.

—¿Crees que lo ha olvidado? Fue hace siete años y ha tenido muchas cosas en la cabeza. O quizá sepa que fue un error infantil.

Theo me estuvo mirando fijamente todo el tiempo y con las manos entrelazadas mientras estuvimos dentro de la cueva, pero se estremeció al oír las últimas palabras.

—¿Lo fue?

—¿Fue el qué? —Tragué saliva y temí que me hiciera la pregunta que me aterraba que me hiciera.

—¿Un error infantil? —preguntó en voz baja.

El pánico se apoderó de mí. Era incapaz responder.

—Nunca debí escribirte una carta secreta —dije, esperando eludir el significado implícito en la pregunta.

—Y lo que expresaste *en* esa carta —insistió—, esos sentimientos, ¿fueron también un error? ¿Algo que dejaste atrás hace tiempo?

Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho como olas tormentosas sobre las rocas. Cuando Theo regresó, me juré a mí misma que, si alguna vez hablaba de la carta, me reiría de su recuerdo como si de una reliquia de antaño se tratara, que nunca le daría la satisfacción de saber cómo me había afectado su rechazo.

Pero estaba cansada de fingir, cansada de llevar sola la carga de mis sentimientos y la vergüenza del pasado. La voz se me atascó en la garganta y lo único que conseguí fue sacudir la cabeza mientras se me llenaban los ojos y se me nublaba la vista.

Las manos de Theo envolvieron las mías por un momento. Me soltó una, llevó una mano a

la mejilla y me secó la lágrima con el pulgar.

Su mano permaneció en mi mejilla mientras sus ojos se clavaban en los míos.

—Te habría escrito, Elena —susurró—. Si lo hubiera sabido, te habría escrito.

Inclinó la cabeza y con los labios atrapó los míos y mi aliento. Debería haber esperado que un marinero supiera a mar, pero el toque salado del beso me cogió por sorpresa. Llevé la mano libre a su mandíbula y lo acerqué a mí. Quería más, como si pudiera canalizar la esencia de Theo en mí a través del beso.

Me soltó la otra mano y me la llevó a la mejilla, juntando con más fuerza nuestros labios. La brisa hizo que el vestido mojado ondease en mis piernas y me diera escalofríos, por lo que tuve que quitar la mano de su mejilla para agarrar su cálida camisa mientras le besaba con siete años de sentimientos.

Me rodeó con los brazos, tirando de mí hacia el calor de su pecho, y los escalofríos cesaron de inmediato. Había soñado con besar a Theo... con que él *me* besara... durante años, pero mi imaginación salvaje y encaprichada no hizo justicia a la experiencia. La intimidad de estar abrazados, con las paredes de la cueva acunándonos a un lado y la inmensidad del mar al otro, era algo que mi mente jamás habría podido imaginar por sí misma.

Una ola rompió contra las rocas cercanas y el rocío nos salpicó el rostro, un golpe de frío en medio del calor de la conexión. Nos separamos y volví a estremecerme.

Me sonrió y luego miró mi vestido húmedo.

—No has podido resistirte a meterte en el agua, ¿verdad?

Negué con la cabeza y me pregunté si su corazón latía tan deprisa como el mío o si respiraba con la misma rapidez.

—¡Elena! —gritó una voz apagada a lo lejos.

Capítulo 14

Nos dimos la vuelta y vimos a Diana de pie a veinte metros con la mano alrededor de la boca, como si hubiese estado tiempo llamándonos.

Miré a Theo, que parecía tan sorprendido como yo, aunque sus mejillas no estaban tan sonrojadas como las mías. No me cabía la menor duda de que había sido testigo de nuestro beso, y aunque no lo fuera, nuestra proximidad nos delataba.

Diana caminó hacia nosotros y nosotros hacia ella. Al acercarnos, su mirada pasaba del uno al otro, con más curiosidad y sorpresa que condena. ¿Qué nos diría?

—Me han enviado a buscaros —Se detuvo a unos metros de nosotros y enarcó una ceja—. Creo que son buenas noticias, en un principio iba a venir el señor Bailey en persona.

Tragué saliva y sentí que el aire se espesaba a medida que las implicaciones de lo que acababa de ocurrir se asentaban sobre mí.

—El almirante Bailey y Arthur acaban de llegar —dijo.

Abrí la boca por la sorpresa.

—¿Mi hermano Arthur?

Asintió y me quedé mirándola fijamente. Hacía más de dos meses que no sabía nada de él, ¿y ahora estaba *aquí*?

—Tenemos que irnos —dijo—. El almirante Bailey no parece el tipo de hombre al que le guste que le hagan esperar.

Theo me miró un instante, luego se dio la vuelta y se alejó de nosotras a toda prisa hacia el lugar donde me había dejado las botas en la arena. Miré a Diana y me pregunté qué pensaría cuando viera que me las había quitado. Theo me las devolvió y sentí una oleada de vergüenza ante la intimidad de que me entregaran las medias y las botas en público.

—No tienes por qué esperarme —le dije a Theo mientras las cogía. Necesitaba un momento para asimilarlo todo.

Negó con la cabeza y me aparté de él para apoyar las botas en el suelo e intentar ponerme las medias de pie. Me tambaleé de un lado a otro y alguien me agarró del brazo para ayudarme a estabilizarme: Theo.

Le dediqué una sonrisa rápida y cortés, consciente de que Diana estaba cerca, y tiré de la otra media antes de meter los pies en las botas, sin molestarme siquiera en atármelas antes de bajarme las faldas.

Los tres subimos por el sendero en silencio y me quedé pensando si Theo estaría divagando sobre lo que acababa de pasar entre nosotros o lo que significaba la llegada del almirante Bailey, sobre todo teniendo en cuenta la conversación que habíamos compartido en la playa.

La arena que se me metía entre los dedos de los pies y a lo largo de los tobillos me rozaba la piel mientras volvíamos a la finca, pero no me detendría por nada del mundo. Diana no dijo nada, pero la conocía lo suficiente como para anticipar que tendría mucho que decir cuando surgiera la oportunidad de hacerlo en privado.

Sin embargo, el silencio me resultó doloroso e incluso un poco ominoso, y apenas pude soportarlo más cuando llegamos al cuidado césped que había detrás del vestíbulo.

—¿Llegaron juntos el almirante Bailey y Arthur? —pregunté.

—Sí. Al parecer se conocieron en algún club durante su estancia en Londres y descubrieron que tenían el mismo destino. Tu hermano tenía la intención de venir en un calesín postal, pero el almirante le ofreció un lugar en su carruaje.

De todos los días en que Arthur podía llegar, hoy era sin duda el menos propicio.

Theo y yo nos acabábamos de besar, pero no habíamos tenido ocasión de hablar sobre qué significaba exactamente aquel beso, y ahora me vería obligada a relacionarme de nuevo con el señor Bailey. Me mareaba solo de pensarlo.

Un criado abrió la puerta de Blackwick Hall y Theo esperó a que Diana y yo pasáramos primero.

El almirante Donovan aguardaba en el vestíbulo y mis músculos se tensaron al verle y al darme cuenta de que Theo y yo habíamos llegado juntos –y de que había leído mi carta-.

—El almirante Bailey está tomando un refresco en el salón —le dijo el almirante Donovan a Theo—. Desea que se una a él. Diana también —Se volvió hacia mí—. Si me permite unas palabras, Elena, su hermano está escribiendo una carta urgente y bajará en unos minutos.

Asentí con la cabeza, aunque mis músculos todavía seguían rígidos.

Theo me miró y dudó un momento, como si se resistiera a dejarme con su padre. Intenté dedicarle mi mejor sonrisa, relajada pero poco sospechosa, aunque yo misma estaba lejos de sentirme tranquila.

Diana y él se fueron al salón y yo me quedé en el vestíbulo a la espera de lo que el almirante Donovan quisiera decirme en privado. Observó a sus hijos hasta que desaparecieron por la puerta del salón y luego se volvió hacia mí con su habitual expresión sobria.

—Le pido disculpas, señor, si la llegada de mi hermano le ha causado alguna molestia —dije volviendo al discurso que ahora esperaba de mí—. No tenía ni idea de que quisiera venir aquí, supuse que volvería a Escocia en cuanto pudiera.

El almirante sacudió la cabeza.

—No es ninguna molestia. Es una suerte que haya podido hacer el viaje con el almirante Bailey —Su mirada se fijó más en mí—. El almirante está ansioso por conocerla.

Me forcé a no retorcerme ni inquietarme.

—¿De veras? —Esperaba que no sonara tan evasivo como parecía.

Asintió con la cabeza.

—Es un encuentro que complacería a su padre.

Me remordió la conciencia, estaba segura de que tenía razón. Mi padre estaría encantado de saber que alguien como el señor Bailey me pretendía, pero acababa de besar a Theo.

—La visita del almirante es crucial para el capitán Donovan, como ya sabe —continuó—. No puede permitirse ninguna... distracción —Me miró de forma significativa.

Una distracción, eso era lo que el almirante Donovan pensaba de mí. Y parece que lo lleva tiempo pensando.

—¿Leyó la carta? —Pregunté sorprendida por mi propia valentía. Pero justo ahora me sentía especialmente frustrada con mi padrino y con cómo había afectado al curso de mi vida. Podría haber mantenido correspondencia con Theo todos estos años, pero en cambio me había destrozado el corazón y nos había privado tanto a Theo como a mí de... de casi no sabía qué. Me era imposible imaginar cómo habría sido la vida si aquella carta no hubiera desaparecido.

Frunció el ceño, pero el brillo que vi en sus ojos denotaba que sabía a qué me refería.

—¿Qué carta?

—La carta que puse en el baúl de Theo cuando ascendió a teniente.

Se hizo el silencio mientras el almirante me evaluaba con la mirada.

—Sí.

Me quedé sin habla. ¿Qué podía responder a semejante confesión?

—El alcance de Theo es ilimitado, Elena, pero el exceso de sentimientos que ha heredado

de su madre puede desviar rápidamente su atención. Solía descuidar sus deberes para ir a verla a la enfermería.

Mis manos se aferraron a mis costados mientras miraba fijamente al almirante.

—Eso es mérito suyo, sin duda.

Sus labios se apretaron, lo cual delató que no estaba de acuerdo.

—No tiene ningún mérito descuidar sus obligaciones. No estaría donde está hoy si no hubiera tomado medidas decisivas y enviado a mi esposa a Blackwick.

Le miré desconcertada. ¿Estaba diciendo que había obligado a su esposa enferma a volver a casa porque temía cómo afectaría a la carrera naval de su hijo? Evidentemente, las afirmaciones de Valentine *no* se basaban en el cinismo.

—Y, claro está, también fue por su propio bien —dijo como si leyera mis pensamientos. Se aclaró la garganta—. La cuestión es que espero que no le inste a hacer nada que pueda ser perjudicial para su carrera o que contrarreste el duro trabajo que ha realizado para destacar.

La humillación de esta conversación y la rabia de oír al almirante hablar con tanta ligereza de la prolongada enfermedad de su esposa hicieron que me hirviera la sangre. Sentí pena por la señora Donovan, se había casado con un hombre que no veía nada más allá de la forma en que los demás afectaban a sus perspectivas navales.

—Su hijo destacará por su *corazón*, señor. Pero puede estar tranquilo. Ahora que sé cómo ve mi presencia aquí, le libraré de ella tan pronto como sea posible.

—Elena —dijo el almirante con su voz profunda, suavizada por un toque de súplica—. Soy su padrino. Le prometí a su padre que haría todo lo que estuviera en mi mano para arreglar su futuro. El señor Bailey cuidará mejor de usted que alguien que esté en la Marina. Debe confiar en mí porque hablo por experiencia. Hablaré sobre este asunto con su hermano en cuanto ambos tengamos un momento libre. Ahora que está en casa, tendrá que estar presente para hablar sobre su matrimonio.

—No, señor —me apresuré a decir. No quería que hablara con Arthur de esas cosas, y menos después de lo que acababa de ocurrir.

El almirante me miró con los labios apretados y una mezcla de frustración y decepción en los ojos.

Me golpeó la oleada de emociones que surgió con Theo y la repentina aparición de Diana, haciendo que me ardieran las mejillas y se me saltasen las lágrimas.

—¡Ya estoy!

Volví la cabeza hacia las escaleras y vi a Arthur bajándolas con su amplia sonrisa, se le veía mucho más mayor que la última vez que nos vimos: la mandíbula y los hombros más rellenos, el pelo castaño corto y un bigote que se le extendía a los lados de la cara.

—¡Arthur! —dije corriendo hacia él y rodeándolo con los brazos. El abrazo no hizo más que exacerbar lo que sentía. Hacía tanto tiempo que no estaba en familia.

—Les dejo a los dos —El almirante asintió y se dirigió al salón.

Retrocedí y me sequé las lágrimas que se me habían escapado, esperando que Arthur supusiera que se debían a su llegada.

—¿Qué haces aquí?

Extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—He venido a llevarte a casa —Hablaba con un acento que hacía que el mío sonara suave en comparación, y oírlo hizo que me doliera el corazón.

—A casa —repetí. Mi conversación con el almirante Donovan me hizo querer insistir en que nos pusiéramos en camino lo antes posible, pero no podía. Al menos no todavía—. Has

venido en un momento extraño, Arthur —Levantó las cejas y apreté los labios. No sabía por dónde empezar—. Estoy en una situación un poco complicada.

Arqueó una ceja y esperó a que me explicara.

No dije nada, y entrecerró los ojos como si pudiera descubrir lo que quería decir mirándome con atención. No me atrevía a decírselo, no con el lío que había montado. Ni siquiera sabía qué pasaría después.

—¿Qué tipo de situación? —preguntó—. He venido con la intención de quedarme solo dos o tres días, Lena. Tengo que volver a Benleith.

Asentí rápidamente.

—Será suficiente —No tenía ni idea de si me iría con Arthur de vuelta a Escocia o me quedaría aquí, pero tenía algo de tiempo para tomar esa decisión. Antes tenía que resolver las cosas por mí misma.

—*Och*, mi corazón se alegra de verte —dije—. Estás más guapo que nunca.

Sonrió y dio una vuelta para que pudiera verle.

—No puedo decir lo mismo de ti —Me rozó el bajo del vestido con el pie, aún oscuro por la humedad del mar. Cuando se secara, se vería más claro que el resto de la tela saturada de agua de mar. Pensar en la sal me hizo recordar mi beso con Theo y despertó el calor en mis huesos.

—¿Es esto lo que has aprendido en esa escuela de señoritas tan buena? —preguntó Arthur retorciéndome la trenza.

Me mordí el interior del labio y me coloqué un mechón de pelo por detrás de la oreja, que se resistió a mis esfuerzos y volvió a salirse de su sitio.

—Estoy de broma, Lena —dijo Arthur—. Me sentiría decepcionado si te hubiera visto como una chica de verdad, pero tu acento ya no es lo que era.

—Arthur —dije rápidamente al recordar de repente los problemas que me causaría su llegada—. Sobre ese tema tengo que decirte...

La puerta del salón se abrió al final del pasillo y empezó a salir gente: el señor Bailey y Diana primero, seguidos de Theo y el hombre que supuse que sería el almirante Bailey, con el almirante Donovan y la señora Bailey al fondo.

Mis ojos se abrieron de par en par y, por un momento, consideré la posibilidad de correr hacia las escaleras y desaparecer antes de que ninguno de los Bailey pudiera ver el estado en el que me encontraba.

—Señorita MacKinnon —dijo el señor Bailey con una sonrisa que me hizo estremecer la conciencia. Sus ojos se posaron en mi cabello y resistí el impulso de alisármelo. Sería en vano—. Nos temíamos que ya hubiera subido, me alegro de equivocarme. Me gustaría presentarle a mi padre, el almirante Henry Bailey.

El almirante dio unos pasos hacia delante junto a Theo, que tenía las manos entrelazadas a la espalda y una expresión sombría.

—Encantado de conocerla, señorita MacKinnon.

Hice una reverencia justo cuando el señor Bailey volvió a hablar.

—Y, madre, creo que aún no conoce al hermano de la señorita MacKinnon, Arthur MacKinnon, barón de Benleith.

Arthur hizo una elegante reverencia y la señora Bailey inclinó la cabeza en reconocimiento del gesto.

—Un barón escocés, ¿verdad? —dijo la señora Bailey.

—Sí, señora —respondió Arthur.

Ella sonrió, pero la curvatura de su labio dio a entender lo que pensaba de su acento y de su

baronía inferior, pues las baronías escocesas podían comprarse y venderse, a diferencia de las inglesas, que eran hereditarias. Tampoco ofrecían a sus poseedores el título de *Lord*. ¿Me había tomado por la hermana de un igual todo este tiempo?

—Encantado de conocerla, señora Bailey —dijo Arthur—. Su marido es un buen hombre y le agradezco que me haya permitido acompañarle en su carruaje.

La señora Bailey se sobresaltó y la amplia sonrisa de Arthur vaciló ligeramente ante la reacción.

—Vaya, qué acento tan fuerte tiene —dijo con una sonrisa forzada—. Había supuesto que sería parecido al de su hermana.

Me tensé y no pude evitar mirar a Theo y Diana, que parecía intentar controlar una sonrisa. Arthur se rio.

—Mi hermana era la que tenía el acento más fuerte de la familia.

Forcé una carcajada y me reí de que Arthur estuviera dispuesto a destruir el poco orgullo que me quedaba.

—*Och* —dije en mi acento—, va y viene. Es más fuerte cuando estoy con personas traviesas como él —Agarré el brazo de mi hermano con más fuerza de la necesaria y me lanzó una mirada, mitad risueña, mitad interrogante.

El señor Bailey parecía algo desconcertado, pero no era de los que hablasen mucho. Me resultaba un misterio de dónde había sacado su personalidad abierta ahora que había conocido a su padre. El almirante Bailey era menos severo que el almirante Donovan y fue muy amable de traer a mi hermano aquí, pero no parecía el tipo de hombre que fuera siempre el centro de una conversación animada. En cuanto a la señora Bailey, me miraba fijamente con una expresión opuesta a la admiración.

El señor Bailey llenó el silencio un tanto incómodo.

—Estábamos hablando sobre un asunto en el salón y queríamos venir a ver qué pensaban sobre la idea.

Levanté las cejas, consciente de que los ojos de la señora Bailey estaban fijos en el bajo de mi vestido. En realidad, parecía que *todo el mundo* me miraba fijamente.

—¿Sí?

Señaló al almirante Bailey.

—Mi padre ha propuesto hacer una excursión a Dover para enseñarle al capitán Donovan el barco del que podría tomar el mando, y pensé que sería una buena idea que fuéramos todos juntos.

Miré a Theo, que tenía los ojos fijos en mí, pero no pude entender su expresión.

—Qué gran idea —dijo Arthur jovialmente.

—Sí, me encantaría —dije.

El señor Bailey sonrió.

—Está decidido, nos vamos a Dover mañana.

Capítulo 15

El cielo gris de ese mismo día dio paso a unas nubes enfurecidas y a un aguacero vespertino. Después de que me vieran tan desaliñada a primera hora del día, quise bajar a cenar con un aspecto lo más elegante posible, aunque tuviera que llevar las treinta horquillas que tuvo que utilizar Hitchen para conseguir el peinado que deseaba.

Una energía nerviosa e inquieta me recorría todo el cuerpo cuando nos reunimos antes de la comida. El señor Bailey revoloteaba a mi alrededor de forma un tanto posesiva mientras mis ojos buscaban a Theo, que no llegó hasta justo antes de que nos trasladáramos al comedor. Su expresión era sombría y tenía una ligera arruga entre las cejas.

Sin embargo, su mirada me encontró cuando el señor Bailey me ofreció su brazo y se detuvo un momento antes de lanzarme una sonrisa que no hizo más que confirmarme que estaba preocupado.

Se me revolvió el estómago. ¿Se arrepentía de nuestro beso en la cala? ¿Había hablado su padre con él también para advertirle en mi contra?

Respiré hondo para alejar de mi mente las inoportunas especulaciones. Tenía otros asuntos urgentes de los que ocuparme, como, por ejemplo, decidir qué acento adoptar. Con Arthur aquí, mi acento pedía a gritos liberarse de la garra westwoodiana bajo la que lo había mantenido durante una semana y media. Me había dado el impulso que necesitaba para hacer el cambio, así que di rienda suelta a mi acento.

Aparte de algunas miradas iniciales de sorpresa, al señor Bailey no pareció importarle. Sin embargo, la señora Bailey ponía cara de asco durante la cena cada vez que Arthur y yo hablábamos. Me preguntaba si de verdad le costaba entendernos o si simplemente odiaba el acento de Escocia.

Diana me buscó en el salón, pero como no había nadie que entablara conversación con la señora Bailey si nos íbamos a un rincón para hablar, casi no nos pudimos decir nada. Sin embargo, lo agradecí porque no tenía ni idea de lo que le diría a Diana cuando hiciera las inevitables preguntas. Estaba tan confundida como ella.

Cuando los hombres se reunieron con nosotras poco después, todos parecían congregarse alrededor del fuego. El repiqueteo de la lluvia en los cristales de las ventanas y el retumbar sordo de los truenos en el exterior hacían que pareciera que hacía más frío del que realmente hacía.

El almirante Bailey y Theo conversaban en voz baja en dos sillones con respaldo a un lado de la chimenea, mientras Arthur y Valentine se acercaban a una mesita para empezar una partida de cartas. Los dos formaban una pareja interesante, pues Arthur era sociable mientras que Valentine se mostraba adusto y poco comunicativo en presencia de su padre.

—Qué tarde más triste —dijo la señora Bailey echando un vistazo a las ventanas.

—*Och* —dijo Arthur—, para mí es cómoda y acogedora. No hay nada como estar dentro alrededor del fuego cuando hay tormenta —Esbozó una sonrisa amplia—. Había noches como esta en las que entretenía a los otros soldados con algunas historias alrededor del fuego para distraerlos del frío.

—¿Qué historias? —preguntó Diana ladeando la cabeza.

Arthur sonrió con picardía mientras dejaba una carta.

—Nada más que un cuento o dos sobre el *ghillie dhu* cubierto de musgo o los caprichosos *brownies*. O bien —La miró con una ceja fruncida—, si esa noche me sentía especialmente fastidiado, les hablaba de los males de Slaugh.

Nunca habría hablado de tales leyendas en compañía de la señora Bailey, pero Arthur no era de los que se preocupaban por lo que opinasen los demás. Le envidiaba por ello, aunque no podía evitar revolverme en el asiento y mirar a mi alrededor en busca de las reacciones del resto.

—¿Slaugh? —preguntó Diana.

—La malvada hueste de hadas que atormenta Escocia, los muertos despiadados —Arthur se estaba deleitando positivamente al responder. Lejos de asustarse, Diana dio una palmada de aprobación.

—Entonces, está decidido, nos tienes que contar esas historias. Hace años que no oigo ninguna leyenda escocesa.

Mis músculos se pusieron tensos.

—¿Es que ya te sabes algunas? —preguntó Arthur impresionado.

Diana me miró, y aunque abrí los ojos en señal de advertencia, lo ignoró por completo.

—Elena nos aterrorizaba a todos diciendo que un espectro de agua emergería del mar en cualquier momento. Creo que Theo estuvo a punto de abandonar su idea de continuar en la Marina después de aquello.

La cabeza de Theo dejó su conversación con el almirante Bailey al oír su nombre y miró a Diana inquisitivamente.

—Estaba contando lo asustado que estabas del mar después de que Elena nos contara lo de los espectros de agua. No quisiste ir a la cala durante un tiempo y creo que pensaste en abandonar la Marina.

El almirante Donovan dejó escapar un sonido de enfado y me encogí interiormente ante la insinuación de que le había hecho precisamente lo que él temía: casi distraer a Theo de su carrera.

—No tengo paciencia con las supersticiones —dijo el almirante Donovan en tono de protesta.

—¡Ni yo! —La señora Bailey se ciñó con más fuerza el chal alrededor de los hombros con aire muy ofendido.

—Nos guste o no —dijo Theo—, la superstición está viva y goza de buena salud entre muchos marineros, y las historias de Elena me ayudaron en más de una ocasión a comprender mejor a los hombres bajo mi mando.

Miré a Theo, extrañada de que eligiera defenderme en un momento así.

La señora Bailey me miró con los mismos labios apretados que ponía cada vez que su mirada se posaba en mí aquella tarde.

—Espero que *no* crea en semejante... —balbuceó por un momento—, locura demoníaca, señorita MacKinnon.

Toda la atención se centró en mí. Podría haberlo negado rotundamente, claro que sí. Pero la mirada de repulsión que me dirigía me dejó desconcertada.

—No puedo pretender entender siquiera un poco del mundo que he visto —dije—, pero encontré valor en los mitos y leyendas de mis antepasados, independientemente de si son estrictamente reales o no. Todos intentamos explicar lo que vemos y vivimos en el mundo –creo que hacerlo nos ayuda a sentir que tenemos el control-, pero tendemos a despreciar a aquellos cuyas explicaciones difieren de las nuestras.

Mis ojos se encontraron con los de Theo, que me miraba con atención. Su expresión me devolvió a la cala -parecía que había pasado mucho tiempo, aunque tan solo fueron unas horas- y a la sensación de sus manos sujetándome la cintura. Aparté rápidamente la mirada. Estaba segura de sus sentimientos en aquel momento, pero ahora no sabía qué pensar.

—Sea como fuere —dijo el almirante Bailey junto a Theo—, estoy de acuerdo en que la superstición no tiene cabida en un barco de la Marina Real de Su Majestad, incluso menos que las mujeres, me atrevería a decir. Ambas son una distracción y llevan a errores que no podemos permitirnos.

El almirante Donovan asintió con un gruñido y la señora Bailey hizo un movimiento enérgico con la cabeza.

—Yo *aprendí* la lección —dijo el almirante Donovan—. El tiempo que mi esposa pasó a bordo del *Dominance* fue perjudicial no solo para ella, sino para la concentración y la moral de los hombres.

—Seguro que no —dijo Diana algo acalorada—. Creo que lo está recordando mal, padre.

Pero como su acusación fue seguida por la señora Bailey relatando varias historias de los horrores que sus conocidos -y los conocidos de sus conocidos- habían vivido a bordo, el tema de la señora Donovan se diluyó.

Theo parecía cada vez más afligido mientras escuchaba a la señora Bailey, y yo deseaba estar aunque fueran cinco minutos con él para comprender lo que, en nombre del cielo, había en su mente y en su corazón, y qué esperaba que hiciera ahora.

Capítulo 16

A la mañana siguiente me desperté con el mismo malestar en el estómago que me había estado atormentando desde hacía algún tiempo, a excepción de aquellos pocos minutos en la cala con Theo, que ya empezaban a parecerme un sueño. Me preguntaba si lo había imaginado todo hasta que inevitablemente recordé los momentos que sucedieron después. Las miradas de la señora Bailey, su consternación por mi acento y el estado de mi vestimenta fueron demasiado intensos para ser fruto de un sueño.

No tenía ni idea de lo que Theo sentía en estos momentos, solo sabía que se pasó la noche hablando con el almirante Bailey y que me miraba con una expresión que me hacía sentir enferma. Me había pasado demasiados años preguntándome qué pensaba y sentía Theo y ya no quería estar más tiempo así.

Era más temprano de lo que solía levantarme, pero salí de la cama y llamé a Hitchen. Tenía dos días como máximo antes de que Arthur regresara a Escocia, conmigo o sin mí. Tenía que aprovecharlos sabiamente.

Hitchen me ayudó a ponerme la muselina gris lisa y le pedí que me arreglara el pelo con algo rápido y sencillo, así lo podría cambiar más tarde. Desde que le enseñó Tait, mostraba más interés por mis peinados. Theo era madrugador, y si quería tener alguna posibilidad de encontrarle antes de que se levantaran los demás, tendría que ser rápida.

Lo encontré en la sala del desayuno sentado junto a Phineas, que tenía el habitual libro junto a su plato. Estaban hablando, pero se callaron y miraron hacia la puerta cuando llegué. Dudé sin saber qué hacer.

Los ojos de Phineas pasaron de mí a Theo y viceversa. Se aclaró la garganta y cogió el libro con la mano.

—Si me disculpáis, tengo que leer algo —Me hizo un gesto con la cabeza al pasar junto a mí para salir de la habitación. Phineas distaba mucho de ser el más sociable de los hijos de los Donovan, pero agradecí su inesperada astucia.

La puerta se cerró tras de mí y el aire de la habitación se volvió repentinamente denso.

Theo se levantó de la silla.

—Me alegro de que hayas venido —Sus ojos tenían la misma mirada que adoptó desde que Diana nos visitó en la cala: vigilante y sobria. No sabía lo que significaba, pero tenía la intención de averiguarlo. No quería seguir con suposiciones ni preguntas sin respuesta.

—Esperaba encontrarte aquí —dije—. Quería hablar contigo.

—Y yo contigo —Se acercó un paso más a mí y sentí la atracción que ejercía sobre mí, el recuerdo del calor de su pecho, la sensación de sus labios sobre los míos, el momento en que me aseguró que me habría escrito.

Di un paso atrás, temerosa de rendirme a lo que deseaba cuando era tan evidente que no todo estaba bien o arreglado entre nosotros.

—¿Qué quieres, Theo? —pregunté bruscamente.

Contrajo las cejas ligeramente y respiró hondo. Tardó en contestarme, la vacilación fue más dolorosa que cualquier cosa que pudiera haber dicho.

Sabía lo que quería: quería a Theo, y se lo habría dicho si me lo hubiera pedido. Ya lo había hecho ayer, ¿no?

—Quiero disculparme —dijo finalmente.

—¿Disculparte por qué?

Se encogió de hombros.

—Por ser descuidado, supongo.

Le sostuve la mirada y me obligué a quedarme callada para que fuera él quien llenara el silencio.

—Parece que Bailey tiene la intención de hacer una oferta de matrimonio pronto, muy posiblemente hoy mismo.

Ya había previsto que sería pronto, pero la posibilidad de que se produjera hoy era información nueva. Nueva e inoportuna. No quería casarme con el señor Bailey.

—Fue un error por mi parte besarte, Elena —dijo con el ceño fruncido—. Ni siquiera me paré a pensar en lo que significaría para ti... y para Bailey.

Tragué saliva y me negué a dejar que mi emoción me dominara, aunque Theo se estuviera disculpando por el tiempo en el que no dejé de pensar ni cinco minutos desde ayer.

—¿Entonces me animas a casarme con él? —Mantuve la barbilla alta.

Theo cerró los ojos.

—Elena, yo... —Tensó la mandíbula y volvió a abrir los ojos—. ¿Sabes lo que me ha estado atormentando? ¿Lo que me quitó el sueño anoche?

No dije nada, pero le sostuve la mirada y me negué a pestañear porque sabía que me brotarían las lágrimas si lo hacía.

—Fue la idea de verte sufrir como mi madre, de ser el causante de tu dolor, de saber que podría haberlo evitado y que, en lugar de ello, elegí ser egoísta para que estuvieras conmigo — Torció la comisura de los labios y se pasó una mano por la cara, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No puedo soportarlo más, Elena. Me importas demasiado y ayer permití que mis sentimientos por ti superaran lo que sé que es correcto.

El control que tenía sobre mis emociones se volvía más frágil cada segundo que pasaba. Acababa de confesar que se preocupaba por mí, pero que no quería estar conmigo. Tenía la garganta demasiado espesa para hablar.

—Dime algo —me suplicó.

—¿Qué es lo que quieres que diga exactamente, Theo? Mis deseos y mis sentimientos no tienen nada que ver con esto.

—Claro que sí.

Sacudí la cabeza, me volví hacia la silla más cercana y sujeté el respaldo con las manos.

—Elena —Se colocó detrás de mí y me puso una mano en el hombro—. Tus sentimientos me importan y me preocupan. Ya lo oíste anoche: la rigurosidad y las privaciones de la vida a bordo no son poca cosa.

Me volví hacia él y me retiró la mano del hombro.

—¿Y crees que prefiero estar sin ti a sufrir un poco?

Frunció los labios.

—No sabes a lo que estarías accediendo. Tú misma lo dijiste, nunca has estado a bordo de un barco.

Me crucé de brazos.

—Dime la verdad, Theo. ¿Cuánto tiene que ver esto con lo que opina tu padre y el almirante Bailey sobre el tema de las mujeres a bordo? ¿Tienes miedo de decepcionarlos?

Sentí que su garganta se estremecía tras la corbata.

—El Almirantazgo quiere ofrecerme la capitanía del *Kestrel*.

—¿Y lo vas a aceptar? —respondí. Más que una pregunta, era una afirmación.

Se encogió de hombros.

—No puedo rechazarlo. Recibir un nombramiento en un momento como este cuando tantos hombres sobreviven con una paga escasa es un honor. Si digo que no, me arruinaría la carrera.

—Entonces piensas que una esposa es un impedimento para tu carrera.

—No, Elena —Levantó las manos y empezó a pasearse de un lado a otro.

Lo miré sin decir nada y pensé si debía irme. Puede que yo le importara a Theo, pero cuando no dejaba de darme razones por las que no podíamos estar juntos, lo único que oía eran las excusas de un hombre que intentaba evitar algo que no quería de verdad.

En algún lugar de mi interior, era consciente de cómo esta interacción me perjudicaría más adelante. Por ahora, simplemente estaba cansada de estar en un constante estado de suspenso, en eterna espera y deseo, pero sin saber.

Finalmente, se volvió hacia mí y se pasó una mano por el pelo rubio.

—No sé cómo complacer a todo el mundo, Elena.

—Eso es porque no puedes, Theo. *No puedes* complacer a todo el mundo. No intentes complacer a tu padre. No intentes complacer a la señora Bailey o al almirante Bailey. Y, por el amor de Dios, no intentes complacerme a mí. Haz lo que sientas que es correcto para ti, o te meterás en un patrón que no podrás detener. Puede que dentro de veinte años te encuentres con un hijo tuyo haciéndose el miserable tratando de complacerte.

Me di la vuelta y me dirigí a la puerta, sorprendida al comprobar que, aunque me temblaban ligeramente las manos, se me habían quitado las ganas de llorar. Me detuve con una mano en el pomo.

—Pasé mucho tiempo con tu madre, Theo, y nunca habló de su estancia a bordo más que con cariño. Solo lamentaba tener que quedarse en casa sin su marido, sin sus hijos y sin poder estar con sus seres queridos.

Sin mirar atrás, abrí la puerta y me marché.

Capítulo 17

Me fui directamente al dormitorio de Arthur y llamé a la puerta con la mirada puesta en el pasillo y el corazón todavía dando saltos y tumbos por el encuentro con Theo.

Tuve que llamar una segunda vez y, justo cuando empezaba a preguntarme si Arthur y yo nos habríamos cruzado por el camino, la puerta se abrió.

Arthur apareció con la habitación aún en penumbra, frotándose los ojos, la camisa desabrochada y una bata que se había puesto a toda prisa.

—¿Elena? —dijo parpadeando.

—Quiero volver a casa —dije.

—¿Qué?

—Quiero volver a casa —repetí.

Se frotó el interior de los ojos.

—*Och*, Lena. ¿Es que no podías esperar un poco?

—Son las nueve, Arthur. No deberías estar durmiendo a estas horas. ¿Cuándo nos podemos ir?

Juntó las cejas con fastidio.

—Nos vamos pasado mañana, que es cuando zarpa el barco.

—¿Vamos a navegar? —pregunté, olvidando mis problemas por un momento.

—Sí. Costará menos que ir en carruaje.

Respiré hondo. Por fin iría en barco, pero para que llegara pasado mañana tenía que esperar una eternidad.

—¿No hay otro que podamos tomar?

—No —dijo sin más, sus ojos estaban cada vez menos somnolientos mientras me evaluaba con la mirada—. Además, le dije a Bailey que iría hoy a Dover.

Suspiré. Arthur era una de las personas con mejor humor que conocía, pero podía ser muy terco en determinadas cosas.

—¿Por qué tienes tantas ganas de irte de repente? —preguntó.

Solté una carcajada. No estaba dispuesta a contarle a Arthur lo que acababa de ocurrir en la sala de desayunos.

—Llevo *años* en Blackwick Hall, Arthur. Tengo muchas ganas de volver a casa.

Entrecerró ligeramente los ojos. Quería seguir indagando, podía verlo, y no tenía ni idea de cuánto sabía sobre mi situación en Blackwick desde su llegada.

—Pasado mañana, entonces —dije para intentar evitar sus preguntas. En cualquier caso, todavía tenía que hablar con el señor Bailey para explicarle la situación. Ahora sabía que no podía casarme con él, por muy racional que fuera la elección. Necesitaba pasar tiempo en casa para decidir cuál quería que fuera mi futuro y *quién* quería ser. Intenté ser la señorita correcta que la señora Westwood me enseñó, pero fracasé y no deseaba llevar una vida con los menosprecios de la señora Bailey y su marido. No obstante, el señor Bailey era una víctima inocente de mi insensatez y no me agradaba la idea de decírselo. Sin embargo, tenía que hacerlo.

Fiel a mi palabra, regresé a mi alcoba para que Hitchen me arreglara el pelo para la excursión a Dover, con la esperanza de que, en algún momento del día, pudiera hablar con el señor Bailey.

Los hombres montaron a caballo para proporcionar el ejercicio necesario a los animales, mientras que las mujeres viajamos en el calesín de los Donovan. Los hombres se quedaron

hablando junto a los caballos mientras esperábamos la llegada de la señora Bailey. No sabía si agradecerle su tardanza o desear haberme quedado más tiempo en el tocador, pues no podía hacer nada más para evitar la mirada de Theo.

—¿Por qué no esperamos en el calesín, Elena? —Diana sonrió a los hombres y me llevó de la mano hacia el carruaje, donde el postillón se apresuró a abrir la puerta. Sabía lo que estaba haciendo Diana y por qué, pero como la conversación que se avecinaba era inevitable y me parecía que estar en compañía de Theo me ponía a prueba, no me resistí.

En cuanto se cerró la puerta, se sentó en el borde de su asiento para acortar la distancia que nos separaba y me miró con el ceño fruncido.

—¿Y bien? —Mantuvo la voz más baja que de costumbre, y la conversación amortiguada que podía oír fuera del calesín me aseguró que no nos oirían.

—¿Y bien qué? —Sabía que no serviría de nada, pero no sabía qué decirle a Diana. Se lo había estado ocultando durante años.

Me miró con desdén y con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Pretendes fingir que ayer no pasó nada?

—Si me lo permites, sí.

Sacudió la cabeza.

—Lo que vi dista mucho de ser *nada*.

Mi mente regresó inevitablemente al beso y me pregunté si alguna vez sería capaz de olvidar lo que se sentía al estar así con Theo, al saborear lo que había deseado y soñado durante tanto tiempo.

—No fue nada porque no saldrá nada de ello —dije sosteniéndole la mirada.

—¿A qué te refieres con *nada*?

Permanecí en silencio porque no había una buena respuesta a su pregunta. O, al menos, ninguna sencilla.

Apretó los labios, descontenta por mi falta de comunicación.

—Te conozco, Elena. No eres el tipo de persona que besa o juega con los hombres. ¿Es reciente la conexión entre Theo y tú? ¿O he estado más ciega de lo que creía posible?

Me mordí el interior del labio por un momento y sopesé cuánto decirle. Una parte de mí quería seguir resistiéndose a sus esfuerzos por sacarme la información, pero el resto se había cansado de guardar un secreto que me afectaba tan profundamente. Además, después de lo que Diana había visto, no podía continuar fingiendo. Sería mejor confesarlo todo, o seguramente iría personalmente a preguntarle a Theo, y preferiría que no lo hiciera.

Le expliqué las cosas lo más rápidamente posible y sin emoción, mirando a la puerta del calesín cada vez que había una pausa en la conversación.

Cuando llegué al punto de la historia en el que nos encontró en la cala, me detuve, sorprendida por la sonrisa de su rostro.

—Soy la mayor zopenca de toda la historia por no haberme dado cuenta de nada de esto. Aunque no tendría por qué haber sido así, tendrías que habérmelo contado todo desde el principio, no te lo voy a perdonar, salvo que ahora vas a ser mi hermana, y siempre hay que perdonar a la familia.

—Diana —dije en voz alta tragándome el nudo que se me hizo en la garganta ante la imagen que me pintaron sus palabras. Dejó de hablar y respiré hondo—. No me quiere.

Frunció el ceño.

—No digas tonterías, eso no es lo que vi.

—Fue un error. Quiere que me case con el señor Bailey.

Agitó una mano con desdén.

—Tonterías. Un hombre como Theo no besa a una mujer cuando quiere que se case con otro.

Miré hacia la cortina de la puerta, temerosa de que Theo pudiera oírnos.

—Le han ofrecido la capitanía y se niega a llevar una mujer a bordo. No quiere que se repita lo que le pasó a tu madre.

—Lo que le pasó a mi... —Cerró la boca—. Aunque estuviera enferma, mi madre era muy feliz a bordo del barco. No empezó a decaer de verdad hasta que volvió a casa, pero ni mi padre ni mis hermanos lo entienden porque no estaban aquí para verlo —Tomó aire—. Hablaré con Theo.

La agarré del brazo al instante.

—¡No, Di! —Vi la sorpresa reflejada en su rostro y aflojé el brazo—. Por favor, no interfieras.

Su mirada buscó la mía, no comprendía nada.

—No hay que convencer a los hombres para que se casen con una mujer —dije. Sentí que la emoción me subía a la garganta ante mis patéticas palabras y mi patética situación.

—Pero, Elena...

La puerta se abrió y apareció la señora Bailey del brazo de su marido mientras la subía al calesín.

Nuestra conversación se interrumpió forzosamente y Diana me lanzó una mirada de resignación y labios apretados mientras la señora Bailey tomaba asiento a su lado. Una bocanada de potente perfume de lavanda llenó el calesín y parpadeé, retrayéndome un poco más hacia los sillones. No me gustaba nada la lavanda.

Hacía tiempo que no iba más allá del pueblo más cercano a Blackwick Hall. En un esfuerzo por mantener la mente alejada de Theo, miré por la ventana la campiña que pasaba, dejando que Diana y la señora Bailey asumieran la carga de la conversación. Mañana vería lugares mucho más desconocidos para mí cuando Arthur y yo emprendiéramos el viaje de vuelta a casa. Sentí una mezcla de expectación y nerviosismo al pensarlo. ¿Qué clase de futuro me esperaba en Escocia? ¿Me resultaría familiar o extraño? Aquí fui demasiado escocesa, ¿sería allí demasiado inglesa después de tantos años fuera?

El puerto de Dover era un hervidero de actividad, con barcos pequeños en el puerto y otros más grandes anclados a lo lejos. Llevamos el calesín y los caballos a la posada más cercana al astillero y encontré al señor Bailey esperándome para ofrecerme su brazo cuando bajé del carruaje con la toca puesta de nuevo en la cabeza.

Hacía un día estupendo, con un puñado de nubes blancas que hacían que el cielo azul que había tras ellas pareciese aún más vivo. El sol hacía brillar el agua, que en algunos lugares parecía un espejo.

Theo y el almirante Bailey se acercaron al calesín y sentí los ojos del primero clavados en mí. No intentaba ser cruel o vengativa al evitar a Theo, aunque probablemente a él se lo pareciera. Solo me estaba protegiendo.

La señora Bailey cogió el brazo de su marido y bajó del carruaje. La vi pasar junto a Theo, que parpadeó y se echó ligeramente hacia atrás... por el perfume, supuse.

La señora Bailey miró a su alrededor, puso mala cara y emitió un ligero ruido de asco.

El señor Bailey sonrió con empatía.

—A mi madre nunca le han gustado los puertos.

—Son lugares malolientes —dijo ella llevándose la muñeca a la nariz e inhalando—. Me he

puesto el perfume más fuerte que tenía.

Ya lo creo que era fuerte.

Nos dirigimos desde *The George Inn* por el camino pavimentado que llevaba al astillero, con el almirante Bailey y Theo a la cabeza mientras el resto íbamos en parejas detrás. El señor Bailey y yo íbamos juntos.

Dejé que mis ojos recorrieran la variedad de botes y barcos que permanecían inmóviles en medio de una ciudad que no cesaba de moverse. Los mástiles se alzaban sobre nosotros como centinelas y percibí el aroma del mar salado y del pescado con interés... y sin perfume.

—La veo fascinada, señorita MacKinnon —dijo el señor Bailey.

Aparté los ojos y sonreí con cierta timidez.

—Sí, un poco. Siempre quise navegar a algún sitio.

—¿En serio? —Parecía desconcertado por mi comentario.

—Crecí escuchando las historias de navegación de mi padre, y también las de los hombres de Donovan.

—Igual que yo —comentó—. Pero cualquier deseo que tuve de navegar se desvaneció la primera vez que tuve la oportunidad de cumplirlo. Quizá a usted le ocurra lo mismo.

Intenté sonreír y me pregunté si tenía razón. ¿Acaso todas mis ansias de vivir en el mar estaban fuera de lugar? Posiblemente me gustase más la comodidad, como al señor Bailey, pero después de contemplar el conjunto de barcos y botes pensé que no. Al igual que estos barcos inmóviles en el puerto, había estado estancada y sin vela durante mucho tiempo.

—¿Cuál de estos barcos le gusta más? —me preguntó.

Intenté imaginarme en las cubiertas de los que pasábamos, fingiendo que podía elegir a cuál subirme. Me fijé en uno en particular. Era uno de los más grandes del puerto, aunque no tanto como los dos que había anclados más lejos. Debía de ser impresionante cuando se hizo a la mar por primera vez, pintado de dorados y azules, aunque los colores se habían desvanecido y gran parte de la pintura se estaba desconchando. Los tres mástiles se alzaban en lo alto, desprovistos de sus velas en un arbolado complejo, pero podía imaginarme cómo sería con las velas ondeando al viento.

Lo señalé.

—Ese.

El almirante Bailey y Theo se detuvieron justo delante de nosotros, conversando mientras miraban hacia los barcos anclados en la distancia. El señor Bailey y yo nos detuvimos detrás de ellos y miró hacia el barco que le indiqué, enarcando las cejas.

—Una elección inesperada.

Incliné la cabeza, inspeccionándolo una vez más e imaginando todas las historias que podría contar.

—Parece que ha servido bien y se ha ganado el descanso que se merece.

Sonrió y asintió.

—Así es.

Su sonrisa me hizo sentir culpable. Tenía que decírselo.

Miré a Theo, que nos observaba con una pizca de dolor en los ojos. Aparté la mirada antes de que mi propio dolor me traicionara. Fue él el que eligió esto.

El almirante sacó un reloj de bolsillo del interior de su abrigo azul y lo miró.

—Llegarán en cualquier momento —Entrecerró los ojos y volvió a mirar hacia los barcos —. Ah, sí. Ya veo el barco. Justo ahí.

Pero Theo no estaba mirando. Tenía los ojos entrecerrados y mirando hacia algún lugar

detrás de mí. Se iluminaron de repente y se dibujó una sonrisa en su rostro.

—Discúlpeme un momento, almirante —Asintió distraído y con la mirada fija en el mismo punto, y pasó junto al señor Bailey, los demás y yo.

Me giré para verlo, me carcomía la curiosidad. Theo corrió hacia un hombre que bajaba por la pasarela del barco que había señalado. El hombre vestía ropas rugosas y desgastadas y llevaba una caja al hombro. Al ver a Theo, se apresuró a dejarla en el suelo y ambos se abrazaron. La felicidad en el rostro de Theo -la forma en que sus ojos se arrugaban a los lados y su boca dibujaba una sonrisa de alegría desbordante- me llegó al corazón.

Miré a Diana y a su padre, que los observaban tan sorprendidos como yo.

—Un reencuentro feliz —comentó el señor Bailey.

Lo miré y me di cuenta de que me miraba a mí y no a Theo.

—Desde luego, eso parece.

Theo y el desconocido estuvieron hablando durante varios minutos hasta que llegó el barco que el almirante Bailey había mencionado. El almirante Donovan avisó a Theo. Los dos hombres intercambiaron algunas palabras más y un apretón de manos, tras lo cual Theo regresó y se disculpó con el almirante Bailey por haberle hecho esperar.

—Povey y yo servimos juntos como tenientes hace unos años —explicó casi sin aliento.

—¿Y ahora trabaja en un barco mercante? —La desaprobación del almirante Bailey era evidente tanto en su tono como en su expresión.

Theo asintió y miró al hombre que había remado el bote hasta los muelles.

—¿Nos ponemos en marcha?

El almirante Bailey gruñó, Theo bajó ágilmente al bote y le ofreció una mano. Cuando estuvieron acomodados, volvieron a centrar su atención en los muelles. Los ojos de Theo se dirigieron hacia mí con una mirada cautelosa e interrogante.

—¿Quieres venir? —Su voz era tentadora.

—Una idea estupenda —dijo el señor Bailey con aprobación—. Justo me acaba de contar que lleva mucho tiempo queriendo subirse a un barco, pero que nunca le había surgido la oportunidad.

Entre saber que tendría la oportunidad de navegar mañana, la perspectiva de ver un verdadero buque de guerra y la idea de estar en un bote con Theo durante un viaje de ida *y* vuelta al barco, casi no sabía qué decir.

—Vengan, pues, los dos —dijo el almirante Bailey, señalándonos a su hijo y a mí.

No me sentía preparada para rebatir la orden del almirante, así que permití que el señor Bailey me escoltara hasta el borde del muelle, donde Theo esperaba con la mano extendida hacia mí.

El corazón me dio un vuelco, pero no podía negarme con la audiencia que teníamos. Intenté fingir despreocupación cuando me subí al bote y me puso una mano en la cintura mientras se balanceaba de un lado a otro. Cuando retiró la mano, su presencia persistía, al igual que después de nuestro beso.

Le di las gracias en voz baja evitando mirarle y me senté mientras el señor Bailey bajaba. Recordé a Theo diciendo lo extraño que era tener tierra firme bajo los pies después de tanto tiempo en el mar, y sonreí ligeramente ante la novedosa sensación de desequilibrio.

Cuando el señor Bailey hubo tomado asiento a mi lado, Theo nos empujó lejos de los muelles, y los que dejábamos atrás nos saludaron con la mano. Diana y yo cruzamos las miradas y vi que expresaba la comprensión de la situación en la que me encontraba.

Los hombres tomaron los remos y emprendimos el camino hacia el *Kestrel*. El agua

golpeaba los costados de la embarcación y de vez en cuando me caían unas gotas en la cara o en el vestido. Mientras tanto, yo observaba con secreto deleite cómo aumentaba la distancia que nos separaba de los muelles.

Enseguida estuvimos rodeados de agua, que brillaba y centelleaba a la luz del sol, mientras los brazos de los hombres trabajaban en tándem. Intenté por todos los medios evitar mirar los anchos hombros de Theo o la forma en que la vena de su cuello palpitaba por el esfuerzo de ir contra la corriente. En su lugar, centré la mirada en el mar, en los remos que se sumergían y volvían a emerger un momento después empapados de agua.

El señor Bailey respiraba rápidamente, con el ceño fruncido y la cara enrojecida por el esfuerzo de remar.

—¿Me permite? —le pregunté.

Giró la cabeza para mirarme y, al darse cuenta de lo que le pedía, vaciló un momento.

—No tiene por qué remar, señorita MacKinnon.

—Pero me gustaría probarlo —repliqué.

Esbozó una pequeña sonrisa y sacó los remos del agua para colocarlos en sus soportes y cederme su lugar.

Theo miró por encima del hombro, levantó las cejas un momento en señal de sorpresa mientras yo cambiaba de lugar con el señor Bailey. El bote era mucho más estable con el peso de tres hombres en él. Sujeté las asas de los remos, ajusté las manos hasta que me sentí segura e intenté imitar lo que había visto.

La cabeza de Theo seguía girada mientras sus brazos se movían rítmicamente.

—El truco está en asegurarse de que el remo entra así —Ralentizó los movimientos para que pudiera ver cómo la parte más fina del remo entraba primero en el agua.

Giré los remos y seguí sus instrucciones, sintiendo cómo el agua se arrastraba contra ellos y me obligaba a emplear la fuerza para contrarrestar su atracción. Theo asintió con la cabeza mientras los remos salían. Mis movimientos se hicieron más seguros hasta que igualé la velocidad de Theo y del almirante.

Theo me dedicó una sonrisa y no pude evitar devolvérsela, emocionada por la forma en que el viento soplaba contra mi rostro y el agua corría a nuestro lado, acercándonos cada vez más al barco.

Cuando llegamos al *Kestrel*, estaba sin aliento, pero me sentía extrañamente viva. Subimos al barco, que era mucho más grande de lo que parecía desde tan lejos. Y pensar que Theo iba a ser su capitán...

El almirante Bailey se hizo cargo de la atención de Theo y le explicó las peculiaridades que podía esperar encontrar en el *Kestrel*, mientras el señor Bailey y yo íbamos detrás. Observé cómo los marineros se movían con deferencia hacia el otro lado del barco para dejar paso al almirante y a Theo, recordándome cuando dijo que ser capitán podía ser un puesto muy solitario.

Bueno, era un puesto que él había elegido para estar solo, así que no sentía mucha empatía por él en ese momento. No tenía intención de seguirles a él y al almirante ni de escucharles hablar del futuro de Theo -del que yo no formaría parte-, así que le pregunté al señor Bailey si podíamos quedarnos en la cubierta superior.

Asintió de buen grado, con la mirada algo mareada.

—Cuanto menos me mueva, mejor.

Nos trasladamos a un lado de la cubierta y apoyé los brazos en el borde, mirando hacia las olas. No tenía ni idea de qué barco tomaríamos Arthur y yo al día siguiente, pero dudaba que fuera tan grande o elegante como este. Theo sería un buen capitán, de eso no cabía duda. Puede

que me doliera por dentro su rechazo, aunque esperaba que fuera feliz en el *Kestrel*.

—¿Qué piensa ahora, señorita MacKinnon? —preguntó el señor Bailey a mi lado—. ¿Ha cejado su empeño de navegar?

Sonreí y negué con la cabeza.

—Me temo que no —Lo deseaba más que nunca, pero el viaje de regreso a Escocia tendría que bastarme. Y posiblemente así fuera. Vería a mis hermanos y el hogar de mi infancia, y tal vez entonces me sentiría satisfecha.

Pero antes de volver a casa, tenía que hablar las cosas con el señor Bailey. Y este era el mejor momento. Respiré profundamente el aire fresco y salado y me dirigí a él.

Capítulo 18

—¿Señor Bailey? —El corazón me comenzó a palpitar con nerviosismo cuando se giró para mirarme.

—¿Sí?

—Yo... Tengo que hablar con usted —Al mirar su rostro amable pero pálido, me sentí culpable de nuevo.

—Claro que sí —dijo observándome con atención para demostrar que tenía toda mi atención—. ¿De qué se trata?

Apoyé el codo en el borde del barco y apreté las manos con fuerza mientras pensaba cómo expresar lo que tenía que decirle. Aún no se había ofrecido por mí, por lo que me parecía presuntuoso hablar de estas cosas como si tuviera intención de hacerlo. Sin embargo, tenía que ser franca con él. Dejé escapar una risa incómoda.

—No sé cómo decirlo —Enderecé los hombros y le miré a los ojos—. Me marcho.

Frunció el ceño.

—¿Se marcha?

Asentí y observé atentamente su reacción.

—Vuelvo a Escocia.

Sus ojos buscaron los míos por un momento.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Ya veo...

Me mordí el labio y esperé a ver qué pensaba de esta información. ¿Pensaría que había jugado con su afecto? ¿Que había jugado con él? Nunca quise hacerle daño. Y, la verdad, no sabría decir si estaba *dolido*. Parecía... pensativo, y no dolido, pero tenía que darle alguna explicación.

—Es muy amable, atento y un buen hombre —le dije—, y le considero un amigo.

—Pero nada más —añadió.

Tragué saliva sin saber qué contestar.

Sonrió con ironía.

—Su corazón ya está comprometido —No contesté de inmediato. No lo hice porque deseaba que no fuera cierto. ¿Podría mi corazón dejar de estar comprometido?—. Con el capitán Donovan —dijo en voz baja.

Bajé la mirada. ¿Cómo lo había adivinado? ¿Tenía mi mal de amores escrito en el rostro con tanta claridad?

—Empecé a preguntármelo cuando ambos desaparecieron el otro día —explicó, respondiendo a una pregunta que no había formulado—. El calzado que llevaban estaba cubierto de arena.

Apreté los labios. ¿Quién más se había dado cuenta? ¿Habrían adivinado la naturaleza del encuentro?

—Es cierto que aprecio a Theo con gran afecto —dije—. Pero no es solo eso lo que me lleva de vuelta a mi hogar —Me encogí de hombros—. Llevo muchos años fuera de casa y tengo algunas cosas que... resolver, supongo.

Asintió.

—La comprendo, señorita MacKinnon.

Le miré a los ojos e intenté ver si lo entendía de verdad o si le había hecho daño.

—La aprecio mucho —dijo—. Y solo puedo desearle lo mejor.

Intenté sonreír, pero estaba segura de que fue lamentable. Casi preferiría que me riñera a que se tomara las cosas con tanta calma y respeto.

Theo y el almirante Bailey bajaron los escalones del alcázar y vi que la mirada de Theo se posaba en mí.

—Señor Bailey —pregunté—. ¿Se enfadará su padre?

Puso la mano sobre la mía, que seguía entrelazada ante mí, y me miró a los ojos.

—No tiene que preocuparse por eso, señorita MacKinnon. Me encargaré personalmente de mis padres.

Sonreí con pesar.

—Creo que su madre se sentirá más bien aliviada.

Se rio, pero no dijo nada para rebatirme, lo cual no hizo más que confirmar que tenía razón. Me alivió un poco la culpa saber que no causaría tensiones entre madre e hijo. El señor Bailey encontraría una mujer más adecuada para él que yo, estaba segura de ello.

—¿Se sentirá también aliviado su padre? —Miré al almirante Bailey, que hablaba con Theo mientras señalaba hacia el palo mayor—. ¿O cambiará de opinión sobre la capitanía?

El señor Bailey negó con la cabeza.

—Me aseguraré de que eso no ocurra. Esté tranquila, señorita MacKinnon.

Tomé aire y asentí con la cabeza cuando el almirante y Theo se volvieron hacia nosotros y nos informaron de que era hora de emprender el camino de regreso a los muelles. Le pregunté al señor Bailey si podía volver a remar, ya que necesitaba dar salida a la extraña mezcla de emociones que sentía ahora que había hecho la tarea que más temía.

¿Había cometido un error? Una vez que la fuerza de mis sentimientos por Theo se apagara, ¿me arrepentiría de no haberme casado con un hombre tan bueno como el señor Bailey?

No. No sería justo que me casara con él cuando mi corazón estaba en el estado en que estaba ahora. ¿Quién iba a decir, después de todo, si llegaríamos a tener resentimiento el uno del otro por habernos casado en tales circunstancias, sobre todo cuando la señora Bailey no sentía ningún afecto por mí?

Remé con más fuerza que nunca y me concentré de nuevo en la forma en que pasaba el agua, y llegamos a los muelles mucho más rápido, esta vez con la corriente a nuestro favor. Diana, mi hermano y el almirante Donovan nos esperaban cuando llegamos. Arthur le ofreció la mano al almirante Bailey para ayudarle a subir al muelle.

Cuando me llegó el turno de salir del bote, Theo me estaba esperando con la mano extendida igual que antes. El señor Bailey se había quedado atrás en el barco, tal vez para asegurarse de que Theo volviera a ayudarme. Apreciaba sus buenas intenciones, aunque al final solo sirvieran para ponerme las cosas más difíciles. Cada contacto con Theo enviaba una sacudida a mi corazón que alejaba cada vez más su recuperación.

Se decidió que todos nos tomaríamos una hora para pasear por la ciudad antes de partir de regreso a Blackwick. Busqué a Diana de inmediato y enlacé mi brazo con el suyo. No habíamos terminado nuestra conversación y ella ya tenía la sensación de que le había ocultado información.

Diana estaba acostumbrada a mantener un paso rápido, hasta en los paseos tranquilos, y me vi obligada a que no fuera tan rápido para poder contarle mi inminente partida en privado.

—¿Por qué? —me preguntó un poco dolida—. ¿Por qué ahora?

—Es hora de que vuelva a casa —Hice una mueca—. Creo que hace años que ya era hora.

—No seas así, Elena —Miró hacia delante y bajó la voz—. Es por el idiota de mi hermano,

¿no?

Negué con la cabeza y me reí con ironía.

—Me parece lo correcto —Le dediqué una sonrisa a modo de disculpa—. Quizá puedas venir a visitarme a Escocia.

Intentó devolverme la sonrisa, pero me di cuenta de que mi noticia le había bajado el ánimo y se me llenaron los ojos de lágrimas. Diana había sido la única constante en mi vida desde que llegué a Blackwick Hall.

—Esto no me lo esperaba —dijo—. Durante las últimas dos horas me había estado imaginando cómo sería tenerte como hermana —Se animó un poco—. Podrías casarte con Phineas. O con Valentine.

Solté una risita llorosa mientras ella fruncía la nariz.

—Mejor que no —admitió—. El único romance en la vida de Phineas son sus libros. Y en cuanto a Valentine... —Levantó las cejas significativamente—. Tiene *demasiados* romances en *su* vida.

Apoyé la cabeza en la suya mientras caminábamos.

—*Eres* mi hermana, Di, para mí siempre lo serás.

Diana estuvo menos social en el viaje de regreso a Blackwick, pero como la señora Bailey tenía mucho que decir sobre nuestra estancia en el puerto -quejas sobre los olores y la gente, entre otras cosas-, conseguimos llegar a casa sin vernos obligadas a entrar demasiado en la conversación.

—Bueno —dijo Arthur mientras se apeaba y yo me bajaba del calesín—. Aún tengo energía para este bonito día. Tengo la intención de dar un pequeño paseo, si alguien quiere acompañarme.

Después de debatir un poco sobre el tiempo que faltaba para vestirse para la cena, todos aceptaron acompañar a Arthur y tomamos el camino que llevaba al borde exterior del césped. Todos estaban ansiosos por estar al aire libre después de la lluvia que habíamos tenido.

La sombría tristeza me invadió mientras paseábamos y pensé en todos los años que había pasado aquí, en Blackwick. Echaría de menos muchas cosas, pero ya era hora de dejar atrás esos sueños.

Theo también parecía más reservado que de costumbre. El señor Bailey y él caminaban juntos, y aunque respondía civilizadamente al hombre, se formó una pequeña «v» entre sus cejas que me decía que sus pensamientos estaban en otra parte. ¿Cómo se sentiría cuando descubriera que me iba? ¿O que no iba a casarme con el señor Bailey?

Me estremecí. No importaba lo que él pensara o sintiera, ni lo que yo pensara o sintiera. Ambos habíamos tomado nuestras decisiones, y ya está.

—¿Esto baja hasta el agua? —preguntó Arthur cuando llegamos al camino que llevaba a la cala.

—Sí —dijo Diana—. A la playa, más bien.

—Me habéis convencido —dijo desviándose del que llevaba a los terrenos de Blackwick hacia el sendero que bajaba a la cala.

Todos lo siguieron y yo me quedé atrás un momento, sin saber si quería volver allí o si no quería volver a verla nunca más. Theo me miró y dudó como si quisiera preguntarme por qué no le seguía. ¿Estaba recordando también nuestros momentos aquí?

Durante mucho tiempo consideré la cala como *mi* lugar favorito. ¿Cómo era posible que después de unas pocas tardes allí con Theo pensara que era *nuestro*?

Di un paso decisivo. Sería prudente tener un recuerdo diferente al de mi beso con Theo

como el último que tuviera de la cala. Theo permaneció donde estaba y me excusé al pasar rozándole para seguir a los demás.

No tuve que mirar detrás de mí para saber que estaba allí. Sus pasos me dieron la pista, pero tendría que habérmelo imaginado. Parecía estar siempre al tanto de dónde estaba él en relación conmigo. ¿Debería decirle que me iba? Ya no importaba. Me fuera o no, él también se iría pronto.

Cuando llegué a la arena al otro lado del sendero, los demás ya habían comenzado a caminar a lo largo de la orilla. Mis ojos se dirigieron inmediatamente a la cueva del otro extremo de la playa. ¿Seguirían allí mis creaciones o las habría destruido la marea? Arthur parecía dirigirse directamente allí.

Me recogí las faldas y me apresuré a seguirlo para alcanzarlo al frente del grupo.

—¿Adónde vas?

—Allí —dijo señalando la cueva.

—No creo que debamos ir allí, Arthur, podría ser peligroso.

Se rio.

—¿Lo dice mi hermanita, la que siempre insistía en nadar hasta el otro extremo del lago tanto si llovía como si hacía sol?

Miré detrás de nosotros a la señora Bailey, que tenía el ceño fruncido y los labios apretados mientras se abría paso entre los escombros esparcidos por la playa. Bueno, ya no tenía que preocuparse por mi desvergonzado comportamiento. Pronto lo sabría.

Llegamos al borde de la cueva y me puse de puntillas para ver por encima de las rocas el lugar donde se escondían mis creaciones. Estaban intactas, salvo algunas piezas que se habían caído a la arena.

—¿Qué son? —dijo la señora Bailey al acercarse a mi lado.

Arthur soltó una risita incrédula, se acercó a las casitas por encima de la roca más cercana y se agachó.

—Mi señora, *son* casitas para las hadas —Sonreía ampliamente, con los antebrazos apoyados en las rodillas mientras las observaba, ajeno, como siempre, al efecto de su comentario en la señora Bailey.

Arthur me miró mientras los demás se reunían a su alrededor.

—No sabía que aún las hacías, Lena.

La señora Bailey giró la cabeza para mirarme. De repente, todo el mundo me miraba y por un momento vacilé sobre cómo responder. Pero, ¿qué me importaba ya la opinión de la señora Bailey o la de su marido? Volvería a Escocia pronto.

—Solo las hago para pasar el rato —dije.

—¿Construyes casas para criaturas paganas? —dijo la señora Bailey con incredulidad.

—*Och*, los *brownies* pueden ser muy amables cuando se les antoja —dijo Arthur sin un rastro de actitud defensiva—. Pero será mejor que tenga cuidado de que no le oigan hablar mal de ellos. Si se enfadan, pueden ser muy agresivos —La forma en que brillaban sus ojos sonrientes me decía que no era del todo ajeno a cómo la estaba afectando.

El almirante Bailey parecía más serio que nunca al lado de su esposa.

—Estoy conmocionado, señorita MacKinnon —dijo—. Me conmociona descubrir que usted se involucra en este tipo de comportamientos. Siento que me ha engañado con su forma de ser.

—Vamos, señora Bailey —dijo Theo apareciendo a mi lado—. Son inofensivos.

Ella se volvió hacia él con los ojos muy abiertos y luego miró a su marido a su lado.

—Inofensivo no es ciertamente la palabra que usaría para describir tal superstición —dijo el

almirante Bailey.

—En efecto —comentó el almirante Donovan—. Las supersticiones causan problemas a bordo muchas veces.

Theo abrió la boca para replicar, pero le puse una mano en el brazo y le lancé una mirada de advertencia. Lo último que quería era que se enfrentara al almirante Bailey por defenderme, no lo necesitaba. Estaba cansada de fingir ser el tipo de mujer que recibiría la aprobación de la señora Bailey. Además, quizá cuanto más la escandalizara, más aliviados se sentirían ella y su marido de que su hijo y yo no fuéramos pareja.

—Ya era suficiente saber que usted toleraba este tipo de creencias hedonistas, señorita MacKinnon —dijo la señora Bailey señalando las casas.

—Madre —dijo el señor Bailey, pero una mano perentoria de su padre le impidió seguir hablando.

La señora Bailey continuó.

—Saber que usted misma *practica* activamente tales creencias... —Se estremeció y fue incapaz de terminar.

Daba igual que no construyera las casas con la esperanza de que los *brownies* vinieran a habitarlas, que no fueran más que una conexión con un hogar que sentía que se me escapaba de la memoria cada día más, o que me proporcionaran paz y tranquilidad; nada de eso le importaría a la señora Bailey.

Levantó la barbilla con determinación.

—No puedo seguir relacionándome con usted en conciencia —Se volvió hacia su hijo—. Y tú tampoco deberías.

—Madre, seguramente sea una reacción exagerada —dijo el señor Bailey, claramente avergonzado por su comportamiento.

—En absoluto —replicó ella—. Intuí desde el principio la imprudencia de una conexión entre nuestra familia y la señorita MacKinnon, y esa sospecha se ha confirmado más de una vez.

Estaba decidida a no permitir que me molestara, pero mi ira aumentó de todos modos.

—No tiene que preocuparse por eso, señora. Mañana regreso a Escocia.

Parpadeó y se volvió hacia su hijo, que asintió con la cabeza y me lanzó una mirada de disculpa. Yo se la devolví, porque estaba segura de que no era la forma que él habría elegido para revelar nuestra conversación a su madre.

Sentí los ojos de Theo clavados en mí, atentos, como si deseara que me encontrara con su mirada, pero no lo hice.

—Debería prepararme para el viaje —Hice una reverencia—. Si no les importa, me marcho ya.

Me abrí paso a través del almirante Donovan, Arthur y Diana, y adopté un paso rápido hacia el camino. Cuando oí pasos detrás de mí, cerré los ojos con consternación. No tenía ánimos para hablar con nadie ahora.

Pero solo era Arthur, que no dijo nada mientras nos dirigíamos hacia Blackwick Hall. Si la señora Bailey no deseaba relacionarse conmigo, se lo pondría fácil. Me quedaría en mi habitación hasta que fuera la hora de que Arthur y yo nos fuéramos.

Capítulo 19

No bajé a cenar. Ni siquiera tenía hambre, la verdad. Todavía estaba demasiado afectada por el encuentro en la cala.

Me quité todas las horquillas del cabello y lo dejé suelto mientras Hitchen me traía la bata. Juntas empezamos a preparar mis pertenencias para la partida. Diana me había prestado muchas cosas a lo largo de los años y las fui poniendo sobre la cama hasta que se acumuló una gran pila repleta de guantes, medias, cintas y vestidos.

—Creo que ya es suficiente por esta noche, Hitchen —dije cuando empecé a sentirme cansada y a desear estar sola. Asintió y salió de la habitación.

Me quedé mirando el montón, prueba de la generosidad de Diana a lo largo de los años. Al igual que me había prestado su doncella cuando quise lucir lo mejor posible la noche de la llegada de Theo, nunca había dudado en prestarme o darme lo que necesitara. Accedí a mi propia herencia cuando cumplí los veintiún años, pero dado que el hombre de negocios de mi familia estaba en Escocia y mis hermanos estaban en la guerra, me resultó difícil y lento recurrir a ella cuando la necesitaba.

Llamaron a la puerta y me quedé quieta. ¿Sería Arthur? ¿O Theo?

Miré cómo iba vestida, ya estaba lista para ir a la cama mucho antes de mi hora habitual, excepto por el cabello, pues aún tenía que trenzarlo.

—Soy Di.

Dejé escapar un suspiro de alivio y ligera decepción. No sabía qué me diría Theo si viniese, pero me apresuré a abrir la puerta y dejar entrar a Diana. Llevaba una bandeja con dos platos, uno con comida salada de la cena y el otro con un surtido de dulces.

—¿Ya te vas a la cama? —me preguntó cuando cerré la puerta tras ella.

—¿Tú qué crees? —dije en tono de broma.

Echó un vistazo a los baúles abiertos y al armario, que estaba casi vacío.

—Entonces, ¿de verdad quieres irte? —dijo dejando la bandeja sobre la mesilla de noche.

Asentí con la cabeza.

—Pero no antes de devolverte todo esto —Señalé el montón que había sobre la cama.

—Ni hablar —dijo—. Te lo regalé.

—Di —dije abrumada por su amabilidad. Sonrió.

—¿Qué? No es por ser desinteresada. Si te lo llevas todo, no te olvidarás tan rápido de mí.

La miré con desdén. Sin embargo, Diana no era de las que se entretienen con emociones fuertes. Se sentó en la cama y me miró con un brillo de picardía en los ojos.

—Te hemos echado de menos en la cena.

Solté algo entre un bufido y una carcajada.

—Lo dudo.

—Vale, te eché de menos —dijo—. Me sentí abandonada, tuve que entretener a los Bailey y aguantar los pucheros de papá. No estaba nada contento con la ausencia de Theo.

—¿Ausencia? —repetí sentándome a su lado y cogiendo una pequeña tarta de la bandeja.

—Sí, la revelación de tu marcha le volvió tan sombrío como lo suele estar mi padre de normal. Estaba tan disgustado que no quería mantener una conversación en la cena, supongo -no puedo culparle por ello-, y se fue a dar un paseo en lugar de acompañarnos.

No respondí, pues no sabía qué decir.

Estuvimos sentadas juntas en la cama hasta bien entrada la noche, reflexionando sobre

nuestra estancia en Blackwick y en casa de la señora Westwood, hasta que por fin nuestros párpados empezaron a caer por el sueño.

Sin embargo, cuando Diana por fin se marchó, me costó dormirme. Era mi última noche en Blackwick Hall, y mi mente estaba llena del pasado, distraída por preguntas sobre Theo y lo que estaba pensando y sintiendo. ¿Estaba enfadado conmigo por no casarme con el señor Bailey? ¿Lo volvería a ver? La idea de una vida sin Theo me hacía sentir extraña y desesperanzada, a pesar de la perspectiva de volver a casa.

Cuando me desperté por la mañana, apenas había descansado, pero con las cosas que aún había que empaquetar, no había tiempo para más, ya intentaría dormir algo en el barco. Hitchen me ayudó con los últimos preparativos y nos despedimos con lágrimas en los ojos. Ella se quedaría, pues *su* hogar era Inglaterra, no Escocia.

Cuando se acercó la hora de la partida, bajé a buscar al almirante Donovan, poco contento por el último encuentro. Sin embargo, fue mucho menos aprensivo de lo que había supuesto cuando le expliqué que me iba.

—Supuse que querrías volver a Escocia cuando llegara Arthur.

Lo miré e intenté medir su estado de ánimo.

—¿Entonces no está enfadado porque no me vaya a casar con el señor Bailey?

Sacudió la cabeza.

—El almirante Bailey le ha prometido a mi hijo la capitanía. Solo queda la formalidad de hablar con los demás miembros del Almirantazgo.

Tragué saliva, al mismo tiempo agradecida por evitar la ira del almirante Donovan y triste por las noticias sobre el futuro de Theo. Asegurar el puesto de su hijo parecía haberle puesto de un humor inusualmente apacible.

—Son noticias maravillosas, señor.

—Desde luego —Me miró y sus cejas grises y pobladas se fruncieron ligeramente—. Siento no haber sido un padrino más presente, Elena. Supongo que su hermano la cuidará mucho mejor que yo.

—No, señor —dije—. Me ha dado un hogar y una familia cuando no tenía a quién recurrir. Siempre le estaré agradecida —Sentí que se me espesaba la garganta y me la aclaré. Al almirante Donovan no le gustaban las conversaciones cargadas de emoción.

Se levantó de su escritorio y se acercó a mí.

—Ha sido un placer, le ha hecho compañía a Diana, cosa que le agradezco. No quería descuidarla, y usted tiene el sentido común y el decoro que ella necesita desesperadamente en una amiga —Me cogió la mano y la estrechó entre las suyas. Para él, un gesto así equivalía a un abrazo—. Les deseo a usted y a su hermano un buen viaje de vuelta a Escocia. Serán bienvenidos en Blackwick cuando quieran unirse a nosotros.

Sonreí y asentí, preguntándome si alguna vez volvería aquí.

La familia Donovan y el señor Bailey se reunieron para despedirnos a Arthur y a mí, aunque Theo, el almirante Bailey y la señora Bailey brillaron por su ausencia. Prefería que el almirante y su esposa mantuvieran las distancias, pero la ausencia de Theo me llegaba al corazón.

—No ha salido en todo este tiempo, menos para reunirse con el almirante Bailey esta mañana temprano —explicó Diana en voz baja mientras nos abrazábamos—. No le hagas caso, Elena, mi hermano es estúpido y estás mucho mejor sin él.

Asentí y le dediqué una débil sonrisa mientras nos separábamos. Es posible que Theo hiciera bien en mantenerse alejado. ¿Qué más se podría decir?

Cargaron mis baúles en el calesín de los Donovan y, con una última mirada a Blackwick

Hall, me subí a él y nos pusimos en camino enseguida.

Arthur intentó levantarme el ánimo durante el viaje a Dover e hice lo posible para que creyera que lo había conseguido, mientras por dentro el corazón me dolía más que nunca. Ni siquiera pensar que iba a navegar era suficiente para tranquilizarme. Mi dolor aún estaba fresco y, en cierto modo, la idea de respirar el mismo aire marino que Theo era como si literalmente echaran sal en mis heridas.

Llegamos a la misma posada en la que nos detuvimos ayer. Dos sirvientes trasladaron nuestras pertenencias al muelle mientras Arthur y yo tomábamos algo en la posada para prepararnos para el viaje. Solo di tres sorbos a mi café y dos mordiscos a la tostada que me ofrecieron, pues tenía el estómago revuelto.

Cuando Arthur terminó su abundante comida (cordero, huevos, tostadas y dos vasos de cerveza), nos dirigimos a los muelles. Observé el bullicio del final de la mañana y la bruma que aún se cernía sobre las aguas bajo el cielo gris de hoy. Mi mirada se dirigió de inmediato al *Kestrel* en la distancia. Theo sería pronto su capitán y navegaría en alta mar en lugar de seguir formando parte del horizonte de Dover.

—¿Qué barco es el nuestro? —pregunté.

—Ese de ahí —Señaló, y al seguir la dirección del gesto, mis ojos se abrieron de par en par. Era el barco que le había mencionado ayer al señor Bailey. Varios hombres trabajaban duro en la cubierta preparándolo para zarpar.

Miré a Arthur y me pregunté si me estaba tomando el pelo.

—¿De verdad?

Asintió.

—Recibí un mensaje esta mañana informándome de un cambio de barco. Al parecer, el que íbamos a tomar tenía una gran fuga de agua. Ven —Me condujo a la pasarela y yo le seguí por la borda, aún desconcertada de que, de todos los barcos que podríamos haber abordado, este fuera el que nos llevaría a casa. Fue un bálsamo para mi corazón.

Llegué a lo alto de la pasarela, donde Arthur se puso a conversar con uno de los marineros, y miré a mi alrededor, sintiendo un repentino cosquilleo de expectación por el viaje. Podría ser la única oportunidad que tuviera de navegar y quería recordarlo todo.

—Elena —dijo Arthur volviéndose hacia mí—. Puse la comunicación que recibí esta mañana en tu baúl cuando llegamos a la posada. ¿Te importaría sacarla? Parece que hay un pequeño problema. Está justo subiendo las escaleras del piso superior.

Se me revolvió el estómago y la expectación que había sentido se evaporó. ¿Tendríamos que quedarnos en Dover unos días mientras se arreglaba todo? Ahora que habíamos dejado atrás Blackwick y a los Donovan, estaba ansiosa por volver a casa.

Asentí y subí las escaleras, mirando entre los listones el pequeño espacio que había debajo. Theo me dijo que Phineas se escondía a menudo para leer en espacios así.

¿Acaso cada rincón del barco me recordaría de algún modo a Theo?

Los baúles y portamaletas estaban apilados en el costado de la cubierta, y tuve que mover varios para acceder al mío. Rebusqué la llave en mi ropa, pero no estaba en ningún sitio.

Se me revolvió el estómago una vez más. ¿Cómo es posible que la haya perdido? La llevaba encima cuando salimos de Blackwick. Cerré los ojos con fuerza y, en un gesto vano fruto de la frustración, posé las manos sobre la cubierta. ¿Es que no podía salir nada bien? La sacudí y parpadeé cuando esta cedió a la fuerza. No estaba cerrada. ¿Se había olvidado Hitchen de cerrarla?

Agradecida por su descuido, abrí la cubierta y tomé el papel doblado que estaba encima de

mis pertenencias. Llevé una mano a la cubierta para cerrarla y luego me quedé petrificada y con el ceño fruncido.

En la carta ponía mi nombre. Confundida, la miré un momento, luego le di la vuelta y la abrí. Era breve.

Mi querida Elena:

Bienvenida a bordo del Alba.

A tu servicio,

Capitán Donovan

Parpadeé de nuevo y la volví a leer.

—Mi idea era escribirte una carta completa.

Me di la vuelta y me puse de pie frente a Theo. Llevaba un abrigo azul marino bien ajustado, una corbata blanca nueva y el sombrero en el brazo. Toda su indumentaria y su porte indicaban que estaba al mando. Pero su expresión contenía cierta cautela e incertidumbre.

—Me ha sido un poco complicado comprar este barco y prepararlo para zarpar en tan poco tiempo, así que espero que puedas perdonar la brevedad de mi carta.

—No lo entiendo —dije.

Sonrió ligeramente.

—Elena, este barco es mío ahora, el *Alba*. Lo acabo de comprar.

—¿Que lo acabas de comprar?

Sonrió.

—Tenía una buena cantidad de dinero que había ahorrado a mi nombre en galardones, ya sabes.

Me costaba seguirle el ritmo.

—Entonces... ¿qué pasa con la Marina? ¿Y el *Kestrel?*

—Informé al señor Bailey de mi dimisión esta mañana y también envié una notificación formal.

Me quedé mirándole.

—Theo...

—Ahora soy yo mismo, Elena. Con mi propio barco para capitanearlo como quiera —Su mirada se volvió más intensa—. Puedo elegir quién sube a bordo —Dio un paso hacia mí—. Leí el diario de mi madre cuando volví a casa ayer tarde... no dormí nada. Tenías razón. Ella era feliz en el barco, a pesar de su enfermedad, y no quería volver a Blackwick. Quería estar con su familia —Su expresión se entristeció—. Si lo hubiera sabido, la habría llevado a bordo conmigo. Lo juro.

Asentí.

—Si no fuera por Diana y por ti, se habría sentido muy desgraciada —Tragó saliva—. No deseo cometer los mismos errores que mi padre. Tampoco deseo seguir viviendo mi vida para complacerle. Lo he probado y he descubierto que no me conviene —Dio otro paso hacia mí—. Te llevaré a Escocia si eso es lo que deseas. Te mereces ver tu hogar después de todos estos años. La verdad es que a mí también me gustaría verlo. Y, luego, si deseas quedarte, te dejaré allí. Pero —Tragó saliva y sus ojos se volvieron casi suplicantes al tomar mis manos—, deseo más que nada en mi vida, Elena, que después de que hayas estado en casa, te vengas conmigo —Me apretó las manos—. Y te *quedes* aquí. Quiero que navegues conmigo en el *Alba* y que te cases conmigo.

Respiré entrecortadamente y me pregunté si tal vez mi falta de sueño me estaba llevando a vanas imaginaciones, algo que había deseado, pero que nunca podría tener. Si se trataba de un

sueño, estaba siendo muy cruel. Esto se parecía demasiado a lo que había imaginado que sería cuando Theo volviera de la guerra. Mejor, de hecho.

Bajé la mirada hacia sus manos, que sostenían las mías. Podía sentir su calor, su presión. Podía ver cada rasguño y cada cicatriz. No podía ser un sueño.

El espacio entre nosotros se hizo más pequeño y la voz de Theo se suavizó mientras con el pulgar me recorría el dorso de mi mano enguantada.

—¿Quieres venirte y ver el mundo conmigo? No puedo prometerte que sea glamuroso y que sea siempre cómodo. A veces hasta será peligroso, pero sí que puedo prometerte que estaré a tu lado en todo, en lo bueno y en lo malo.

Al oír sus palabras, mi corazón palpitó de anhelo, me llevé una de sus manos a la boca y la besé.

—Es todo lo que siempre he querido.

Sonriendo con incredulidad, me cogió la cara entre las manos y me miró a los ojos.

—Creo que siempre te he amado, Elena, pero estaba tan empeñado en complacer a mi padre que no supe lo que era —Su mirada se volvió más cálida—. Sin embargo, ahora ya lo sé.

—¿Cuándo te diste cuenta? —Por alguna razón, pensé que no se debía a que intentara fingir que era una señorita inglesa.

—Poco a poco —dijo con pesar—. Solía pensar en ti en el mar, me preguntaba qué sería de ti y te echaba de menos. Pensé que era parte de mi nostalgia, pero nunca desapareció. Irónicamente, también me planteé escribirte, y ahora desearía haberlo hecho. No sabía que eras tú quien estaba detrás de las cartas de mi madre. Estuviste ahí todo el tiempo —Me rozó suavemente la mejilla con el pulgar—. Te dejé atrás una vez, Elena, y no quiero volver a hacerlo.

—Si lo haces, invocaré a los *kelpies* para que te persigan allá donde vayas.

Su boca dibujó una sonrisa y acercó mi cara a la suya para juntar nuestros labios. Le rodeé con los brazos, aplastando la carta que tenía en la mano contra su espalda para acercarle, aunque nunca estaba lo suficientemente cerca.

Sonaron vítores a nuestro alrededor y nos separamos. Mis mejillas se sonrojaron de inmediato al ver a nuestro público. Entre ellos, reconocí al hombre al que Theo abrazó ayer, que nos sonreía con alegría.

—Povey me ha ayudado a hacer posible todo esto —dijo Theo—. Conoce este barco por dentro y por fuera.

Arthur aplaudía y caminaba hacia nosotros con una amplia sonrisa en la cara. Se acercó, se agachó, cogió el sombrero de Theo y le quitó el polvo con la mano. Se le había caído durante nuestro abrazo.

—Si este descuido es un reflejo de su forma de dirigir un barco, capitán, no sé si me gustaría viajar con usted —Le entregó el sombrero a Theo, que lo cogió entre risas.

—¿Lo sabías? —Le dije a Arthur. Ahora entendía que se mostrase tan entusiasmado durante el viaje a pesar de mi mal humor.

Su sonrisa me respondió. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una llave, seguro que la había cogido mientras estábamos en la posada.

—Recibí una carta esta mañana que cambiaba nuestros planes, pero no te dije de quién era.

Le fulminé con la mirada.

—Supongo que podré perdonarte —Miré a Theo, que estaba a mi lado. Me rodeaba la cintura con el brazo y se inclinó hacia mí para besarme en la frente de una forma que me hizo palpitar el corazón. Estaba lleno de afecto y ternura.

—¿Y bien? —gritó Theo a los marineros que nos observaban, aunque su boca seguía

dibujando una sonrisa—. ¿A qué estáis esperando? Tenemos que zarpar. A trabajar, muchachos.

Me cogió de la mano y me llevó con él mientras daba órdenes. Mientras tanto, yo observaba con fascinación el tipo de trabajo que se requería para preparar un barco para un viaje.

El barco comenzó a alejarse de los muelles y de la costa, donde los blancos acantilados se alzaban sobre las oscuras aguas.

Cuando todo estuvo en orden, Theo me llevó de la mano a un lado de la cubierta, se colocó detrás de mí y me rodeó con los brazos.

—Esta es una de mis partes favoritas de navegar: observar la costa hasta que se desvanece y desaparece en el horizonte.

Cerré los ojos y me deleité con la sensación del viento en la cara y los brazos de Theo a mi alrededor, experimentando por fin juntos lo que él amaba y lo que yo había deseado durante tanto tiempo.

—Ah —dijo separándose de mí—. Una cosa más.

Me volví hacia él y apoyé la espalda en la barandilla de madera. Sacó una carta de su abrigo y su sonrisa se tornó burlona.

—Pensé que podríamos leer esto juntos para pasar el tiempo durante el viaje.

Fruncí el ceño y le cogí el papel de la mano. Estaba vieja y gastada. Le di la vuelta y mis ojos se abrieron de par en par al ver el nombre de Theo escrito de mi puño y letra.

—Pensé que mi padre se habría deshecho de ella —dijo—. Sin embargo, en algún lugar de su interior debía saber que estábamos hechos el uno para el otro.

—¿Aún no la has leído?

Negó con la cabeza.

Hice ademán de arrojar la carta al mar, pero Theo me atrapó la mano y me sujetó el brazo por detrás, con un brillo juguetón en los ojos mientras me abrazaba y me miraba a los ojos.

—¿No quieres que la lea? —me preguntó.

—No quiero humillarme —respondí.

—¿Quieres decir que lo que escribiste no refleja exactamente lo que sientes ahora?

Fruncí el ceño.

—Déjame ver. Me di la vuelta mientras abría la carta y leía las primeras líneas. Algunas de ellas aún me resultaban familiares, pues ciertas frases me habían estado persiguiendo durante años. No obstante, ahora tuve que morderme el labio para no reírme, no del sentimiento que había detrás de las palabras, sino de cómo había elegido expresarlas. Era curioso cómo el pasado podía cambiar su forma en función del presente, cómo la alegría del pasado podía convertirse en dolor o el dolor en alegría. Esta carta había tenido demasiado poder sobre mí durante demasiado tiempo. Ahora me daba cuenta de que quería compartirla con Theo. Quería compartirlo todo con él.

—De acuerdo —Me volví hacia él y descubrí que había estado justo detrás de mí mirando por encima de mi hombro. Le aticé con la carta y se rio, retrocediendo lejos de mi alcance.

—Apenas he podido leer nada —dijo levantando las manos en señal de rendición. Su sonrisa se tornó burlona—. Pero, ¿acaso *languideces en la miseria, atormentada por el agridulce recuerdo de mi rostro*?

Apreté los labios entre los dientes para contener la risa.

—No es lo más vergonzoso que dije —Volví a abrir la carta.

—¿Vergonzoso? —Se acercó a mí y volvió a rodearme la cintura con un brazo—. En mi opinión, tus sentimientos te honran.

—Si eso es lo que piensas, para cuando termines de leerla tendré tanto honor que voy a

reventar.

Me acercó más a él.

—En ese caso, tendré que volverte a unir.

Me puse de puntillas para besarle. Tenía la sensación de que Theo y yo estaríamos juntos para siempre. Y no me gustaría que fuera de otra manera.

Epílogo

—Elena.

Levanté la vista de donde estaba ayudando a uno de los marineros con las jarcias.

Theo estaba de pie a unos metros, ataviado con el elegante atuendo que solo usaba cuando iba a bajar a tierra: abrigo azul oscuro, chaleco gris y corbata blanca. Era un espectáculo que no dejaba de robarme el aliento. Si hubiera visto a Theo así cuando tenía catorce años, mi carta ñoña habría sido la menor de mis preocupaciones. Habría sido capaz hasta de seguirle a bordo del barco.

Sonriéndome con suavidad, movió la cabeza hacia un lado de la cubierta. Terminé de atar la cuerda, la dejé en el suelo y le seguí hasta la cubierta principal, justo antes de las escaleras, desde donde se podía ver lo que había frente al *Alba*. Entrecerré los ojos y miré hacia el horizonte, donde una masa de tierra empezaba a hacerse más nítida.

—La India —dijo—. Por fin.

Hacía meses que habíamos emprendido el viaje, justo después de nuestra boda en Escocia, y tuvimos bastantes dificultades en la ruta, desde tormentas a mareos, pasando por algunos días en la dirección equivocada. Pero por fin habíamos llegado y miraba con expectación las vistas. Estaba ansiosa por llegar a la India: los olores, el paisaje y la gente. Y de vivirlo todo con Theo.

—¿Qué es lo que más ilusión te hace? —me preguntó.

Lo pensé un momento y sonreí.

—Ver el elefante Algernon —dije, refiriéndome al que había en el estudio de su padre y que casi rompí aquella vez.

Se rio y me rodeó los hombros con el brazo para acercarme.

—Tendría que haberlo adivinado.

—¿Veremos algún elefante? —Había oído hablar que había elefantes en la India, pero una nunca sabía qué creer de las historias que contaban los marineros.

—Te prometo que tendrás tu elefante, cielo —Me besó el cabello—. Creo que la India es un pelín diferente de Escocia.

Me volví hacia él, le sujeté las solapas y tiré de él hacia mí.

—Es una pena, porque me gustaba el capitán Donovan de Escocia.

—No tanto como tú a mí —Me pasó la mano por el cabello despeinado y luego me besó en los labios.

Nuestra estancia en Escocia había sido la más feliz de mi vida, me reencontré con mi hogar mientras se lo enseñaba al hombre con el que me iba a casar. Theo estuvo ansioso por verlo todo y hacer de todo, desde nadar en el lago más cercano a Benleith y comer *bannocks* hasta hablar con los granjeros y ordeñar vacas.

Lo hizo todo con gusto, y una parte de mí se sanaba con cada momento que compartíamos allí, culminando todo en nuestra boda. Ya no sentía la necesidad de ocultar mi acento, ni mi cabello, ni nada de mí misma. A Theo le encantaba todo aquello, y a mí también.

—¿Echas de menos la Marina? —le pregunté mientras las formas lejanas empezaban a tomar forma donde pronto atracaríamos, incluyendo un montón de mástiles altos.

Theo negó con la cabeza.

—No me arrepiento. Quizá no debería admitirlo, pero disfruto respondiendo ante mí mismo... y ante ti.

Ya lo suponía. Estaba muy a gusto en el *Alba*. La tripulación trabajaba duro para él, pues

era un hombre al que querían y respetaban y que les trataba *y* pagaba bien. Theo se las arreglaba para caminar por la delgada línea entre líder y amigo, y yo le admiraba más cada día que pasaba. Se esforzaba por enseñarme todo lo que quería aprender, y yo deseaba saberlo todo. Quería ayudar en el *Alba*, conocer su funcionamiento igual que los marineros.

Pero, sobre todo, me encantaba que Theo fuera mío y yo suya, y que esta aventura, con todas sus dificultades y maravillas, fuera nuestra vida.

—¿Ni siquiera te arrepientes por tu padre? —le pregunté.

Volvió a negar con la cabeza.

—Puede que mi padre esté enfadado conmigo -y sé que lo está, porque Diana así lo dijo en su última carta-, pero le conozco y, en el fondo, no puede evitar respetar a un hombre que sabe lo que quiere. Además, Diana me ha asegurado que se está esforzando para ir ablandándolo poco a poco.

Soltó una pequeña carcajada.

—Me encantaría verlo.

Theo arrugó la nariz.

—Sí, admito que no me tranquilizó mucho leerlo. *Ablandar* no es una palabra que utilizaría para describir las tácticas de Diana. Quizá debería contestarle y decirle que no lo intente. Pero es muy posible que lo deje estar, está enfadada con él.

—¿Se han peleado?

Theo asintió con una sonrisa irónica en los ojos.

—Siempre que mi padre no está ocupado con asuntos de la Marina. Si hay algo que lamento de estar lejos de casa es no poder presenciar las batallas entre mi padre y Diana.

Me recorrió un pequeño escalofrío y Theo se rio, estrechándome entre sus brazos.

—A ver si los vamos a escuchar desde aquí —le dije.

Jugaba con mi cabello, una costumbre que había adquirido cada vez que lo llevaba suelto y que me hacía reacia a llevarlo arreglado al estilo Westwood. Quizá sus máximas sobre el cabello de las mujeres eran más acertadas de lo que yo creía.

—En ese caso —dijo Theo—, tendremos que buscar un hombre que la aleje de Blackwick, uno que la inspire a escribir cartas de amor de cuatro páginas, que la sume en la más profunda tristeza cada vez que salga de su habitación.

Sonreí al oír su referencia a mi carta. La citábamos muy a menudo. Nada era más eficaz para ponernos de buen humor a los dos.

Pero incluso con todo lo que había escrito, por dramático y embelesado que fuera, no llegaba ni de lejos a transmitir lo que sentía ahora por Theo.

—No puedo imaginarme a Diana cayendo en la tristeza por un hombre. Y me parece mucho esperar que puedan existir en esta tierra dos hombres dignos de una carta como la mía.

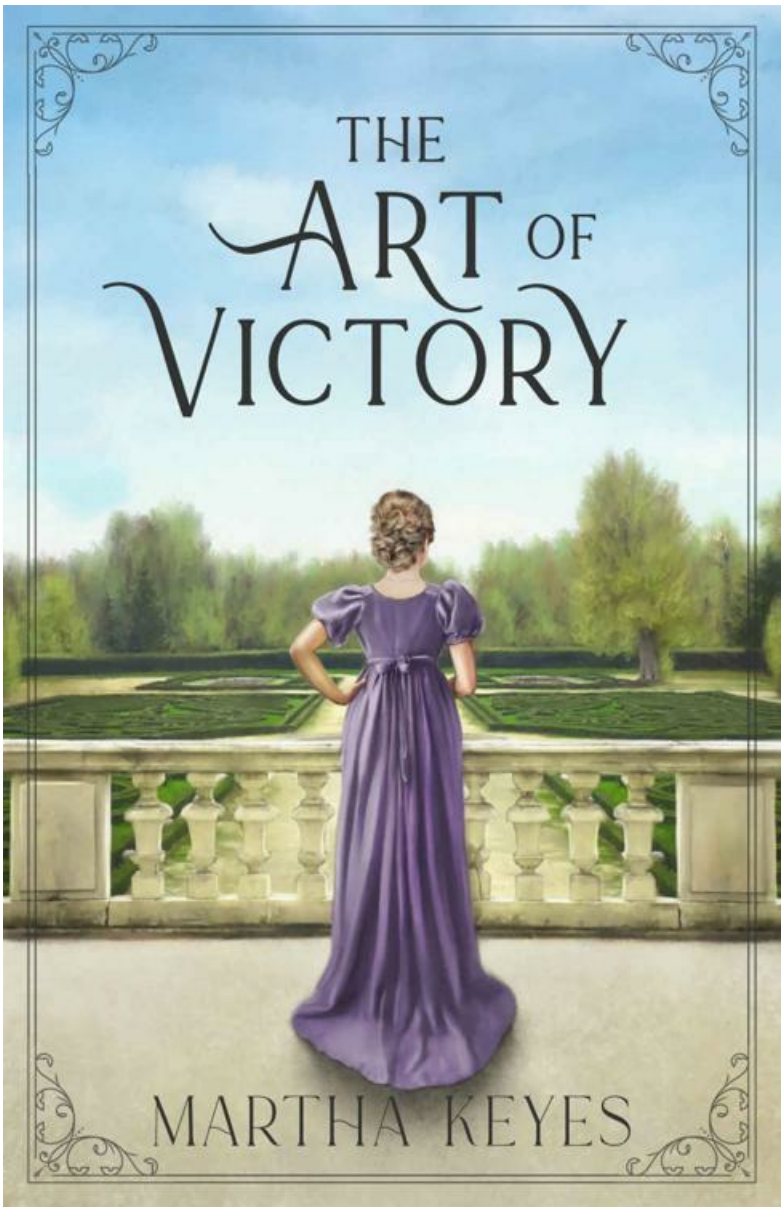
Soltó una risita y me miró de una forma que hizo que me flaquearan las rodillas y se me acelerara el corazón.

—Te quiero, Elena.

Y me besó con ganas.

Fin

Lee un fragmento de la historia de Diana en
The Art of Victory



Sonrió ligeramente.

—Se lo vuelvo a recordar, deje este asunto en mis manos.

—¿Aún cuando no me da ninguna razón para ello?

—No tengo la obligación de darle nada. Me reafirmo en lo que dije, señorita Donovan. Si insiste en seguir por este camino, no me deja otra opción más que considerarlo una provocación. Perderá esta batalla.

Esta vez me tocaba a mí sonreír.

—¿Conoce las enseñanzas de Sun Tzu, señor Russell? *Está en nuestras manos asegurarnos contra la derrota, pero la oportunidad para derrotar al enemigo nos la proporciona el propio enemigo* —Le miré fijamente—. Se lo aseguro, no le daré tal oportunidad.

Extendió las manos.

—Entonces hágalo lo mejor que pueda, pero cuando por fin se dé cuenta de que su causa está perdida, señorita Donovan, espero que recuerde este momento.

—Creo que recordaré este momento por otras razones.

—¿Y cuáles son?

Ladeé la cabeza.

—El momento en que me desafió.

Sus ojos se entrecerraron con gracia imperceptible.

—Casi hace que me arrepienta de tener que irme.

—Se familiarizará muy pronto con el arrepentimiento, señor Russell.

En un gesto inesperado, me cogió la mano, se inclinó y me besó castamente el guante. Manteniendo la reverencia, me miró a través de sus oscuras pestañas.

—Lo dudo mucho.

Únete a mi boletín de noticias para estar al tanto de nuevas publicaciones, ofertas y más.

Sobre la autora



Martha Keyes, ganadora del premio Whitney, nació, creció y se educó en Utah, un hogar que ama profundamente, pero del que también le encanta escaparse para viajar por el mundo. Se licenció en Estudios Franceses y obtuvo un máster en Salud Pública en la Universidad Brigham Young.

Su camino hasta convertirse en autora estuvo lleno de giros y vueltas, pero finalmente se ha asentado en algo que le encanta. Investigar, soñar despierta y picar entre horas se han convertido en trabajos a tiempo completo, y no podría estar más contenta. Cuando no está escribiendo, se dedica a perfeccionar su técnica fotográfica, a buscar ofertas de viajes y a pasar tiempo con su familia. Vive con su marido y sus dos hijos gemelos en Vineyard, Utah.